

MAXIMILIANO ORIOLI

# LOS PARTICIPANTES

UN REALITY SHOW NO TELEVISADO

(Y OTRAS HISTORIAS)

2 (SEGUNDO ESTADO)



1941

S.A.D.E.





Maximiliano Orioli

# Los participantes

Un reality show no televisado

(y otras historias)

2

(Segundo listado)

Orioli, Maximiliano

Los participantes : un reality show no televisado : y otras historias :  
2 : segundo listado / Maximiliano Orioli. - 1a ed. - Remedios de  
Escalada : 1941, 2022.

Memoria USB, PDF

ISBN 978-987-48440-3-3

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Cuentos. I. Título.  
CDD A863

Edición original (libro físico): Noviembre de 2015

Protegido por el Centro de Administración de Derechos Reprográficos  
de la Republica Argentina. ([www.cadra.org.ar](http://www.cadra.org.ar))

Contacto con el autor: [maximiliano\\_orioli@live.com.ar](mailto:maximiliano_orioli@live.com.ar)  
[www.maximilianoorioli.wordpress.com](http://www.maximilianoorioli.wordpress.com)  
[www.maximilianoorioli.wix.com/sade](http://www.maximilianoorioli.wix.com/sade)

Diseño de tapa: Beatriz Lacroix y 1941  
Corrección: María Florencia Taboada y Matías Orta  
Diseño de interiores: 1941

Maximiliano Orioli

# Los participantes

Un reality show no televisado

(y otras historias)

2

(Segundo listado)

1941

5



*Este libro está dedicado a los escritores comerciales que usan la literatura y el arte como un negocio, y a los escritores e intelectuales dogmáticos que solo reconocen a un transgresor cuando está muerto.*

*Maximiliano Orioli*





# El factótum de la compañía

(Basado en un fragmento de la versión original del extenso relato “Inanedrama”, escrito entre los años 2000 y 2002)

## Esc. 1 Int. Noche. Empresa.

*La historia comienza con un plano general del frente de un edificio. Un lento paneo nos lo va mostrando de diferentes ángulos. Es de noche y la avenida sobre la que está, no parece tener la movilización de los momentos picos del día. La cámara ingresa al interior del mismo y se detiene dentro de una amplia oficina. Allí está sentado de un lado del escritorio, GUSTAVO, un hombre de cincuenta y pico de años, tiene el pelo canoso, corto, y ojos marrones que parecen no inmutarse con nada. Viste traje y corbata. Dialoga con otro hombre de aproximadamente su edad, ubicado del otro lado del escritorio, también vestido de traje y corbata.*

GUSTAVO

O sea... es algo que no puedo resolver. No lo voy a poder resolver. Podré aprender a vivir con eso, pero... nada más.

HOMBRE

Pasaron muy pocos días. Tenés que manejarlo según tus tiempos.

GUSTAVO (*Sonriendo melancólico*)

No..., acá no hay tiempo que te ayude. Por culpa mía hay dos personas muertas.

*El hombre parece querer decir algo, pero no consigue las palabras.*

GUSTAVO

Siempre me tildaron de ser un jefe autoritario, ambicioso, y por ahí lo soy. Pero... yo quise hacer algo por la sociedad,

quise hacer algo para retribuir el éxito de esta empresa. Yo quise hacerlo..., y me salió mal.

HOMBRE

¿Te referís a haberle dado trabajo a Darío?

*GUSTAVO hace un gesto como si afirmara implícitamente.*

GUSTAVO

Me acuerdo como si hubiera sido ayer cuando vino a pedir trabajo. Me dijo que era un excluido por la sociedad y que nadie le daba trabajo porque era un ex convicto. Que nadie le perdonaba su pasado de salir de caño. Me dijo que éste lugar era el último en el que iba a intentar.

*Hay un silencio de unos segundos.*

GUSTAVO

No le pude contestar en el momento. Necesitaba contratar personal, pero le dije que me dejara analizarlo, y que cualquier cosa lo llamaba. Y lo analicé, eh, lo analicé de verdad, lo hablé con mi mujer incluso. Me tuvo unos días con la cabeza en eso. Y bueno... lo llamé, hablé con él, me dijo que hacía dos años que no salía de caño. Que no quería saber más nada con eso, que quería enderezarse y tener un trabajo digno..., y lo contraté.

*Hay otro silencio de unos segundos.*

HOMBRE

¿Qué sabés de la chica a la que asaltó?

## **Esc. 2 Int. Día. Local de ropa.**

*Nos ubicamos en la avenida Cabildo, a algunas cuadradas de Juramento. Un paneo nos va mostrando la inmensa cantidad de gente que va caminando, deteniéndose en vidrieras y entrando en los negocios.*

GUSTAVO (*En off*)

Me dijeron ese día los policías que era conocida de él, que trabajaba en un local de ropa, en la avenida Cabildo.

*El paneo se detiene en una joven observando detenidamente la vidriera de un local de ropa. Algunos segundos después, ingresa. Es atendida por una mujer de algunos años más. De fondo puede verse un reloj colgado que marca las seis menos diez. En ese momento, baja del segundo piso, TATIANA, una joven de veinticinco años, tiene el pelo largo y lacio rubio oscuro, aunque con algunas raíces que ya empiezan a verse más oscuras, ojos marrones que parecen mostrar un dejo de soberbia y de bronca al mismo tiempo, y un lunar en el costado izquierdo de la boca. Viste una remera, una campera liviana, un pantalón chupín y unas panchas. Pasa por al lado de la vendedora.*

TATIANA

Bueno, nos vemos el lunes, buen fin de semana.

VENDEDORA

Dale, nos vemos, buen fin de semana.

*De esa forma, TATIANA sale del local y se la ve caminar por la avenida.*

### **Esc. 3 Int. Día. Casa particular.**

*Nos ubicamos en el living de una casa particular, se abre la puerta y por allá ingresa TATIANA. Se la ve algo cansada. Cierra la puerta y se agacha para agarrar un sobre con una factura, deja las llaves y la factura sobre la mesa, se saca la campera, colgándola en una silla, luego se saca las panchas y se sienta relajadamente en el sofá.*

GUSTAVO (*En off*)

Una chica de veinticinco años. Seguramente preparándose para salir a la noche, porque esto pasó un viernes, y truncándosele los planes por la mitad.

*En ese preciso momento, tocan el timbre. TATIANA, sorprendida, se levanta y va a mirar por la mirilla. Se sorprende aún más y abre la puerta. Se trata de DARÍO, un joven un par de años mayor a ella. Tiene el pelo morocho, corto, y ojos marrones que muestran una buena voluntad casi cubierta por la bronca. Viste una remera, un jean y unas zapatillas.*

TATIANA

Darío ¿Cómo estás?

DARÍO

¿Cómo estás? Hacía bastante que no nos veíamos.

*Se saludan con un beso.*

TATIANA

Sí, me re sorprendió verte.

DARÍO

Sí, sabía que te ibas a sorprender. ¿Puedo pasar un minuto?

TATIANA

Sí, pasá.

*DARÍO ingresa. TATIANA cierra la puerta.*

TATIANA

Sentate.

DARÍO

Gracias.

*DARÍO se sienta en el sofá ubicado junto a donde estaba sentada ella, que se sienta en el lugar donde estaba.*

DARÍO

¿Cómo van tus cosas?

TATIANA

Bien, me agarraste justo, acabo de llegar del local.

DARÍO

Ah, ¿y cómo va eso?

TATIANA

Bien, por suerte, los viernes siempre son cansadores. La empresa ¿cómo va?

DARÍO

Bien, también bastante cansadora. Hablé con Juli el otro día.

No había hablado con ella desde que la echaron... Me estuvo contando algunas cosas, ¿qué es eso que estás haciendo de las firmas?

*TATIANA sonríe como si hubiera adivinado el motivo de la visita.*

TATIANA

Es algo que hablamos y que queremos hacer. Las dos sabemos que fue despedida injustamente, así que decidimos salir a buscar firmas en distintos barrios para llevarle a los dueños de la empresa, y que Gustavo Macar sea reemplazado del cargo.

DARÍO

¿Vos estás segura de que sea una buena idea?

TATIANA

Sí, estoy muy segura. ¿Vos no creés que fue despedida injustamente?

DARÍO

Sí, claro, pero no sé si es una buena idea.

TATIANA

¿Por qué no?

DARÍO

Porque... no va a cambiar nada. Juli podría conseguir trabajo en otra empresa sin problema.

TATIANA

No se trata de eso. A ella la despidieron por las constantes denuncias que hacía contra Macar, porque hacía todo mal.

Un día tuvo un pequeño error ella ¿y la despiden? Todos saben cuál fue el verdadero motivo. Lo dicen en la empresa,

no lo digo yo. Yo ni lo conozco al tipo, me gustaría  
conocerlo.

DARÍO

Pero vos estás metida en lo que querés hacer y no pensás en los demás. Hay quienes seguimos trabajando en esa empresa, a quienes se nos dio una oportunidad y necesitamos el trabajo. Yo no sé cómo puede quedar todo si hacés esto. Me puede llegar a complicar la vida.

TATIANA

No es mi intención complicarle la vida a nadie. Simplemente quiero que se haga justicia por una amiga que fue despedida injustamente.

DARÍO

Yo también te lo digo por vos. Es un tema complicado, no quiero que te pase nada. Hay gente pesada atrás de todo esto.

*TATIANA vuelve a sonreír irónicamente.*

TATIANA

Te agradezco, pero yo sé lo que hago.

DARÍO

Dale.

*TATIANA (Intentando volver a un tono amigable)*

No te ofrecí nada. ¿Querés algo?

DARÍO

Sí, ¿café tenés?

TATIANA

Dale, ahí te traigo.

*TATIANA se levanta y sale del comedor.*

HOMBRE (*En off*)

¿Por qué pensás que la fue a asaltar a ella?

GUSTAVO (*En off*)

Yo creo... que ella tenía cosas de valor en la casa, y como él tenía un vínculo con ella, lo sabía.

*DARÍO se queda unos segundos viendo, en estado de alerta, el lugar por donde salió TATIANA. Al ver que ella no regresa, se levanta y comienza a abrir los cajones del mueble que está junto a la pared, cerrándolos enseguida luego de dar un vistazo. Cada cierto tiempo vuelve a mirar el lugar de salida. Después de haber visto todos los cajones, se agacha y abre las pequeñas puertas ubicadas en la base del mueble, donde hay aún más cajones. Abre uno en el que hay dos mancuernas de tres kilos cada una. Más al fondo le parece ver la punta de un folio, mete la mano y saca el mismo viendo que su interior contiene varias hojas con montones de firmas en cada una. Realiza una ligera sonrisa de entusiasmo, pero es en ese preciso momento, en que TATIANA vuelve al comedor, sin el café, como dispuesta a preguntarle algo, y lo ve, por lo que no puede evitar un gesto de furia.*

TATIANA

¿Qué estás haciendo?

DARÍO

Quería ver las firmas nada más.

TATIANA

Sos un hijo de puta. (*Yendo hacia él*) Andate de acá ya mismo.

DARÍO

Dejame que te diga...

TATIANA

No me tenés que decir nada. ¿Quién te mandó? ¿Él? Te tomaste muy a pecho lo de ser un empleado obediente, me parece.

*DARÍO no puede evitar mirarla enojado.*

DARÍO

Tené cuidado con lo que decís.

TATIANA

Toda tu vida fuiste chorro, ahora te habrán dado trabajo pero en el fondo siempre vas a seguir siendo chorro.



*Tras ese comentario, a DARÍO pareció deformársele la cara por la bronca y le pegó a TATIANA un fuerte cachetazo que la hizo caer junto al mueble. Esta vez a TATIANA fue a quien se le deformó el rostro por la bronca, tomó una de las mancuernas del cajón, y se levantó golpeándolo con ésta en la sien. DARÍO se mantuvo de pie, pero tambaleando. Sin dejar pasar segundo, TATIANA repitió el mismo golpe y con el tercero lo hizo caer boca abajo al piso sin vida. En ese instante fue que TATIANA volvió en sí, dejó caer la mancuerna y se tomó la boca no pudiendo creer lo que había hecho.*

#### **Esc. 4 Int. Día. Casa particular.**

*Un auto se detiene a metros de la casa. De allí se baja GUSTAVO. Su rostro muestra confusión.*

HOMBRE (*En off*)

¿Y vos cómo supiste que la estaba asaltando a ella?

GUSTAVO (*En off*)

Porque por ahí cerca vive otro empleado de acá, un chico con el que tengo una confianza de años. Me llamó y me dijo que había visto entrar a Darío a una casa con un arma en la mano. Sentí que se me venía el mundo abajo, le pregunté enseguida dónde estaba, me pasó la dirección y fui inmediatamente. Cuando llegué, la puerta estaba entornada.

Ya te imaginarás que pensé lo peor. Me resigné y abrí.

*GUSTAVO se acerca despacio a la puerta y toca el timbre. Segundos después le abre TATIANA, tratando de controlar su desesperación.*

TATIANA

Me tiene que ayudar por favor, un ladrón entró a mi casa y me quiso atacar. Me tuve que defender.

*TATIANA entra la casa y GUSTAVO la sigue. Allí se detiene sorprendido al ver la escena que se le presenta.*

TATIANA

Ya llamé a la policía hace un rato, no sé que más hacer, por favor le pido.

GUSTAVO

Tranquila..., tranquila, ya está, nadie te va a hacer nada.

*TATIANA va hacia él y lo abraza.*

TATIANA

Fue horrible.

GUSTAVO

Tranquila, ya está, ya pasó, tranquila.

GUSTAVO (*En off*)

Cuando vi la escena no lo podía creer. Estaba Darío muerto en el piso y Tatiana también en el piso con un tiro en el estómago, pero todavía viva. Se movía, respiraba, y pensé que la podía salvar.

*En ese momento, GUSTAVO mete la mano en el bolsillo interno de su saco y retira una pistola, se la pone a TATIANA en la boca del estómago y, sin dejar pasar segundo, dispara.*

*TATIANA cae al piso boca arriba, todavía consciente pero con mucha dificultad para respirar. GUSTAVO vuelve a guardar la pistola y se agacha hacia ella, le pone un brazo detrás de su cabeza levantándosela un poco, con la mano libre le tapa la nariz y comienza a sacarle el aire por la boca. En la mitad del proceso, ingresa un joven y se detiene en la entrada. GUSTAVO detiene lo que está haciendo.*

GUSTAVO

Rápido, le dispararon en un asalto, llamé una ambulancia que se muere.

*El joven asiente desesperadamente y vuelve a salir.*

*GUSTAVO vuelve a mirar a TATIANA.*

GUSTAVO

Perdoname, preciosa.

*Y continúa lo que hacía. TATIANA usa todas sus fuerzas para defenderse, sus pies se mueven para todos lados, hasta que finalmente dejan de hacerlo.*

*GUSTAVO se le queda mirando y apoya suavemente su cabeza en el piso. El joven vuelve a ingresar.*

JOVEN

Ya están en camino.

*GUSTAVO se le queda mirando con expresión de profunda tristeza. El joven pone sus manos en la cabeza no pudiéndolo creer. Se da vuelta y sale caminando lentamente.*

GUSTAVO (*En off*)

Llegué tarde. Lo primero que atiné a hacer fue salir a agradecerle al empleado que me haya llamado, y nos quedamos ahí los dos a esperar a la policía.

*GUSTAVO vuelve a retirar la pistola, saca un pañuelo del bolsillo de su pantalón, la limpia con éste y la ubica debajo de una mano de DARÍO. Seguidamente, se dirige al cajón abierto del mueble. Toma el folio con las firmas, lo hace un cono y lo mete en el bolsillo interno de su saco. Cierra el cajón y sale del departamento. A partir de ahí, un lento paneo nos va mostrando todo el interior del living.*

GUSTAVO (*En off*)

No lo puedo resolver. Podré llegar a vivir con esto, pero... nada más. A vivir sabiendo que la idea de que a uno le vuelve todo aquello que da, es mentira. Que nada se puede

cambiar. Y que no importa que haya gente que quiera hacer el bien..., siempre va a ganar el mal.



# *Guión de réquiem*

*(Nuevo final alternativo)*

*El contenido del flyer decía lo siguiente:*

EL CONGRESO NACIONAL Y LA SOCIEDAD  
ARGENTINA DE ESCRITORES INVITA A LA  
PRESENTACIÓN DEL ÚLTIMO LIBRO DE  
RODOLFO HIROLI,  
EL ESCRITOR POLÍTICAMENTE INCORRECTO DE  
VERDAD.  
CONTARÁ CON LA PRESENCIA DE DISTINTOS  
ESCRITORES.

VIERNES 8 DE MAYO, 19 HS.  
BIBLIOTECA DEL CONGRESO NACIONAL  
ALSINA 834

*Se lo puede ver a Rodolfo en la esquina de una avenida no muy poblada, pero en la cual en ningún momento deja de pasar alguna persona. A cada uno de ellos, él le va entregando un flyer acompañado de la frase: “Hola ¿te puedo dejar un flyer?”. Algunas personas lo rechazan, pero en su mayoría lo agarran. Se puede ver en la solapa de su saco un pin de la Sociedad Argentina de Escritores.*

*A partir de acá se muestran distintas imágenes de Rodolfo realizando el trabajo, donde puede verse como la gran pila de flyers en su mano se va reduciendo notablemente, al tiempo que el cielo empieza a oscurecerse. Finalmente, se lo vuelve a mostrar a Rodolfo ya con pocos flyers. En un determinado momento, ve que*

*una gran cantidad de gente va a pasar por su lado, se prepara y le ofrece el flyer a la mujer que viene adelante pero ésta se lo rechaza sin hacer ningún tipo de gesto, y al realizar el mismo intento con la gente que venía atrás le pasa exactamente lo mismo. Cuando el tráfico de gente se normaliza, vuelve a intentar pero esa gente también rechaza el flyer. Parece haber entrado en una racha negativa. Después de unos segundos, pasa otra mujer que le rechaza, con lo cual Rodolfo ya no puede evitar una expresión de tristeza. Cuando gira la cabeza, ve que otra joven va a pasar, hace un esfuerzo por cambiar la expresión y se lo ofrece, pero la joven con una sonrisa de compasión y sin mirarlo, le niega con la cabeza. Rodolfo empieza mostrar bronca reprimida. Hace el esfuerzo para seguir repartiendo, alguna que otra persona agarra el flyer, pero ya lo mayoría lo rechaza. Saca su celular del bolsillo y mira la hora. Son las siete menos diez. Lo mantiene en su mano al tiempo que parece irse distraendo, lo cual se comprueba cuando deja de prestarle atención a la gente que sigue pasando. Se queda pensando en algo unos minutos mirando a la nada. Finalmente guarda el celular en su bolsillo y los flyers en el morral. Comienza a caminar lentamente para un lado, aún pareciendo pensar en algo, pero a los pocos segundos parece convencerse y continúa a paso más acelerado. Se lo ve realizar un trayecto determinado que lo termina llevando a la esquina de otra avenida, solo que ésta tiene un colegio a mitad de cuadra. Allí se detiene, se ven algunas personas paradas en distintos sectores de la cuadra hablando o esperando. Vuelve a abrir el morral y saca la pila de flyers que le había quedado. Continúa con su trabajo, aunque se lo nota un poco más alterado y, al mismo tiempo, con expresión de gran seguridad. No solo le da a la gente que pasa sino a la gente que sale del colegio, y en ese momento, los que agarran parecen ser*

más. En determinado momento se detiene un joven, a unos metros de él, que se apoya sobre la pared como esperando a alguien. Rodolfo lo mira de reojo con una expresión de no estar muy a gusto, pero trata de ignorarlo, aunque repite esta acción cada vez que alguien que pasa le rechaza el flyer. Y en una de esas repeticiones, el joven también lo mira. Rodolfo cambia su expresión de incomodidad por la expresión de seguridad que tenía. De esa forma, continúa su trabajo. El joven camina unos pasos y continúa esperando un poco más cerca de él. Van a pasar solo dos minutos de las siete de la tarde, cuando sale del colegio Clara y lo ve a Rodolfo. Ésta realiza una pequeña sonrisa por lo bajo sin dejar de caminar. Tras esto, Rodolfo se adelanta, toma un flyer y acercándose se lo ofrece, llegando a decir: “¿Hola, te puedo dejar un...?” pero Clara le pasa por un costado. Rodolfo se da vuelta desentendido y ve que se abraza con el joven que estaba al lado de él. Se dan un fuerte abrazo y un intenso beso en la boca. Rodolfo los mira con expresión de furia, y como si tratara de pensar a la vez en algo rápidamente. Luego atina a mirar para otro lado. En ese momento, Clara y el joven se toman de la mano y salen hacia el otro lado. Rodolfo, mostrando resignación, gira, y tratando de ignorar a la gente, se va para el lado opuesto.





## *Después del yoga*

**E**ra lunes, seis y cuarto de la tarde. María Laura, una mujer de treinta y cuatro años, vestida con ropa de gimnasia ajustada, y descalza, estaba sentada en el suelo de un salón de su casa, junto a su hija de tres años, Micaela. Podía notarse la angustia en sus ojos. Miró la hora en el reloj de una de las paredes y luego la miró a Micaela que la estaba mirando a ella. Aquí María Laura pareció tomar coraje, cambió su expresión de angustia por una enorme sonrisa. Se levantó, caminó hacia Micaela y le dijo:

- Bueno, es momento de empezar de nuevo.

Tras esto, caminó hasta un banco ubicado junto a otra pared, tomó los papeles que estaban encima y le dijo a Micaela:

- ¿Me acompañás a repartir flyers?

La historia nos lleva ahora tres meses atrás. Se la podía ver a María Laura vestida de una forma similar a la escena anterior, dando clases de yoga en un salón bastante más amplio y sofisticado. El lugar pertenecía a una importante Fundación para la cual ella trabajaba hacía algunos años. Varios de los alumnos que tenía habían arrancado desde los inicios de ella en la Fundación. Si bien algunos optaron en algún momento por dejar, siempre acabaron por volver. Una de las cosas que hacía a María Laura alguien tan elegida era la confianza que los alumnos tomaban con ella, al punto en

que se había hecho muy habitual que cuando, al final de la clase, ella se sentaba en una colchoneta a un costado del salón para hacer el informe, alguien se quedara hablando con ella, contándole cosas de su vida personal. Todos sentían que era como estar en terapia, dado que ella los escuchaba atentamente. En el último mes, esto se había dado en mayor nivel. La clase terminaba y alguien, incluso antes de volver a calzarse, terminaba de elongar frente a ella comenzando una charla y sentándose en otra colchoneta; algunos, con menos flexibilidad, sobre una pequeña pila de colchonetas, para poder apoyar un pie en el suelo o en algún banco de aeróbicos que siempre andaba por ahí. Estos fueron algunos de los registros. Empezando por Patricia, una arquitecta de poco más de cuarenta años.

- Yo siento que a veces el trabajo me está consumiendo... la vida ¿entendés? Voy de acá para allá, de allá para acá y no tengo un momento de respiro. Cuando paro y pienso en eso... es muy frustrante realmente. Yo escucho a mucha gente que dice: “¿Probaste vivir más tranquila? ¿Con más calma? ¿Probaste parar un segundo y decir: voy a disfrutar el momento?” Y yo cuando escucho eso, me contesto a mi misma y todo es no, no, no.

- Mm.

- A veces lo quiero hacer, pero cuando lo intento surge algo, me meto de lleno en eso y chau, ya me olvidé de vivir el momento. Cuando no es la empresa son los chicos, cuando no son los chicos, es otra cosa, siempre hay algo. Yo tengo que hacerlo para que no les falte nada, mi marido también trabaja como loco. El tiempo se pasa volando y de eso parece que... no soy consciente. Yo quiero disfrutar ahora, vivir ahora.

Rodolfo, un empleado administrativo de cuarenta y cinco años.

- Ahí fue cuando me dieron el diagnóstico y lo supe, dijeron que tenía un desorden obsesivo compulsivo. Me

sentí bien cuando me lo dijeron porque fue como... que el problema que tenía no lo tenía solo yo.

- Claro.

- Fue como entender de una vez todo lo que me pasaba, porque me sentía con setecientos problemas y ahí te das cuenta que todo está relacionado y que tiene un nombre.

- Ahora podías tratarlo.

- Exacto, ahora podía tratarlo. Lo hice durante mucho tiempo y en cierta forma me ayudó mucho, yo había llegado a un extremo jodido, donde el miedo y la obsesión por esa sensación de equilibrio habían pasado el límite de lo normal, para ser algo de la mente, eran rituales permanentes que hacía y no me daba cuenta.

- ¿Cómo rituales? No entiendo.

- Claro, era como... me pasaba que si iba caminando y mi brazo izquierdo rozaba con la pared, automáticamente sentía esa sensación de desequilibrio y me agarraba ese pánico de saber que no iba a poder seguir con mi vida hasta satisfacer el ritual y volver a sentirme en equilibrio; entonces lo que tenía que hacer era darme vuelta, volver y rozar el otro brazo, exactamente la misma parte del brazo, exactamente en el mismo sector de la pared.

- Mm...

- Lo mismo con cualquier parte del cuerpo. Llegaba un momento que no podía salir a la calle.

- ¿Pero te pasaba de no poder resolver ese ritual alguna vez?

- Sí, me pasó varias veces y eso es lo que me producía la depresión. La depresión del obsesivo compulsivo es engañosa, no es una depresión que te deja tirado, te mantiene activo.

- Pero con el tiempo pasaba y te olvidabas.

- Depende el caso, si era todo por la zona, sí; ahora mi mayor miedo era ir a un lugar lejos de vacaciones, por ejemplo, y tener que volverme sin haber satisfecho el ritual.

Eso me pasó y ahí caí en la peor depresión, que fue la que me llevó al tratamiento.

Liliana, una recepcionista de poco más de cincuenta años.

- A veces se lo digo, se lo planteo, que no hay romanticismo, mi marido se enoja, no se puede hablar con él. Cuántas veces le pedí que ambientáramos una cena romántica con velas. Que pusiéramos música, que... por ejemplo a mí me gusta Julio Iglesias, cuántas veces le dije que pusiéramos música, un ambiente romántico. Nunca fue romántico y yo se lo reproché toda la vida, lo quise cambiar siempre y nunca pude, nunca pude hacer que cambiara. Nunca tuve una cena romántica.

- ¿Y vos intentaste sorprenderlo cuando él llegara?

- No, si cuando le planteaba la idea no quería, él llegaba del trabajo, qué sé yo cómo lo puede tomar. Hubo veces que se me ocurrió, pero jamás me animé. Yo se lo empecé a reprochar más cuando mi hijo se casó y se fue, pero pareciera que eso no lo comprometió más con la pareja.

Graciela, una cajera de banco de cincuenta y cinco años.

- Es un taller de solos y solas. Yo la verdad que la paso bien, se aprende mucho, son muy ricas las charlas. Se ven diferentes puntos de vista sobre cada tema. A veces se tocan temas fuertes y se levantan discusiones... fuertes justamente ¿no?

- ¿Cuánto hace que estás yendo?

- Y... empecé a mediados del año pasado, se tomaron enero y febrero, y en marzo empezaron de vuelta. La chica que lo maneja, aparte, es muy carismática, Lara se llama, sabe llevar al grupo muy bien, lo calma cuando se vuelve complicado.

- ¿Y conociste a alguien?

- A fines del año pasado, llegué a entablar algo con alguien, pero al final no se dio. Nos llegamos a ver fuera del

taller un par de veces pero llegó un momento en que no parecía haber la química del principio.

- ¿Siguió yendo él al taller?

- Algunas veces más, este año se lo vio un par de veces.

No es de los que Lara llama Institucionalizados.

Roberto, un médico de poco menos de cincuenta años.

- El paciente es muy malagradecido. O no se da cuenta que si uno se mejora es porque empezó a seguir un tratamiento y que para mantenerse bien hay seguir haciéndolo el tratamiento.

- Seguro.

- Pero no, la gente una vez que ya está bien, desaparece. Y me pasó de pacientes que volvieron tiempo después porque el problema había vuelto. Y yo les comenté, si hubieran seguido el tratamiento en vez de dejarlo cuando se sintieron bien, el problema no hubiera vuelto.

- ¿Tenés muchos pacientes ahora?

- Ahora está un poco más calmada la cosa, por eso aproveché y empecé esto que lo quería empezar hacia bastante, y por una cuestión de tiempo nunca lo concretaba.

- Y sí, eso pasa.

- De hecho, en uno de los consultorios me pidieron si podían cambiar los horarios de atención algunos días, porque no sé qué cambio tenían que hacer, pero dijeron que me lo iban a confirmar la semana que viene.

- Está bien, cualquier cosa avisame.

- Sí, yo te aviso. Hace un año en realidad también se había dado esto de más calma en el trabajo, pero justo fue cuando me estaba divorciando.

- Mm, claro, y ahí se complicaba. Sí, es un tema...

- ¿Vos pasaste también por eso?

- Sí, yo me separé hace poco más de un año del padre de mi hija. No fue divorcio pero igual fue complicado.

- ¿Conservan buena relación?

- La verdad que no.

- Sí, me pasa lo mismo. Eso pareciera ser igual para todos.

Darío, un vendedor de poco menos de treinta años.

- Yo cuando estaba con ese laburo era cuando más tranquilidad tenía con la guita. Entonces como que no me importaba que tenía que lidiar con algunas personas indeseables. Mientras lo económico venía bien, lo otro cuando salía del laburo lo olvidaba, pero eso no significaba que el problema se había ido. Es como cuando hay un mundial, la gente se olvida de todo lo que está pasando en el país porque está el mundial, pero en realidad sigue todo igual, los problemas siguen ahí. Cuando termina el mundial o cuando queda eliminada Argentina, vuelve todo. A mí me pasaba lo mismo, cuando la empresa empezó a decaer, la inflación se empezó a sentir, y el vínculo con esta gente también.

- Claro, ¿era gente complicada?

- No sé, algunos se creían no sé qué, y nunca me gustó la gente así, los que se creen mejores que los otros.

Viviana, una empleada administrativa de poco menos de treinta años.

- A mí siempre me había gustado, pero... era como que le faltaba saber algunas cosas. Había mucho de lo que no se daba cuenta. Un día yo me moría por salir y por más que yo le daba señales, él no las agarraba, ese era el tema, no sabía agarrar las señales.

- ¿No te lo pidió siquiera?

- Sí, me lo pidió y yo le dije que no sabía, que tenía que ver, pero que no creía, y no me lo pidió más. Hoy por ahí no es tan así, pero cada tanto pasa ¿viste? Ahora estamos bastante bien. Aparte, la situación del país está bien. Hace unos meses sacamos el crédito en el banco para remodelar la casa, porque con los ahorros queremos viajar, hay algunos lugares que nos encantaría conocer.

Cada una de estas personas, pudo retomar sus conversaciones con María Laura algunas clases después. Esto fue lo que se registró:

Comenzando con Graciela, la cajera de banco.

- No sabés lo que fue la última reunión, hubo dos mujeres que casi se agarran.

- ¿Por qué? ¿Qué pasó?

- Y... una decía que en una relación una tiene que abrirle los ojos a la otra persona cuando hay algo que está haciendo mal. Y la otra decía que si cambiabas eso a cuando se conocieron era falsedad, entonces saltó la otra y se ofendió, le contestó mal, la otra le dijo que era una desubicada. Tuvo que aparecer Lara si no...

Roberto, el médico.

- La verdad que me distrae venir acá. Ya es un momento que me sirve de distracción.

- ¡Qué bueno eso!

- ¿A vos te pasa de necesitar también alguna distracción?

- Y sí, hay semanas y semanas, los problemas te afectan igual aunque hagas yoga. Eso lamentablemente no cambia.

- No, seguro. Me quedé pensando en lo que me contaste la semana pasada, sobre las relaciones con los ex, siempre son conflictivas, y me imagino en tu caso, teniendo un hijo.

- Sí, igual hace bastante que no hablamos. Ya cada uno está en la suya.

- ¿Él no se hace cargo?

- Al principio sí, ahora ya prácticamente está desaparecido.

- Mm.

- En su momento fue complicado, pero bueno...

- Y bueno, él se lo pierde, ¿o no?

Ella lo miró sonriendo, y él continuó:

- Y sí, él se lo pierde. Sos una mujer muy atractiva... en todo sentido.

- Bueno, muchas gracias.



- La verdad que me encantan las charlas así que tenemos.  
Esto también es una distracción.

Ella volvió a sonreír.

- ¿Te podría invitar a cenar algún fin de semana?

- No salgo con alumnos.

- Ah...

Se produjo un silencio incómodo que ella enseguida cortó preguntando:

- No me dijiste al final si te confirmaron lo del consultorio.

- Ah, al final todavía no lo pudieron concretar todavía. Porque dicen que si mueven algunas cosas se les complica por otro lado. Según me dijeron, tienen ocupado no sé cuántas horas a la semana.

Ella asentía con la cabeza.

- Igual tampoco me quisieron confirmar que no. Dicen que van a tratar de seguir acomodando para tener más disponibilidad de uso.

Liliana, la recepcionista.

- El otro día lo intenté cuando volvió del trabajo, no lo tomó mal.

- ¿Viste? ¿Qué te dije?

- Tampoco lo tomó bien, estuvo con una cara de aburrido toda la cena.

- ¿En serio?

- Sí, lo tomó como una cena normal más y de paso me daba el gusto a mí. Está bien, algo es algo. Pero bueno... es lo que hay. Venir acá me relaja dentro de todo.

- ¿Viste? De eso se trata.

- Claro, mientras tanto hay que llevarlo así. Algún día encontraré a mi príncipe azul.

Ambas se rieron del comentario.

Darío, el vendedor.

- Siempre había escuchado hablar del tema del yoga, pero sentía que era solo para personas tranquilas, que para

las personas nerviosas era mejor algún deporte más agresivo donde uno pudiera descargar energía.

- Para nada, no se trata de descargar sino de administrarla.

- Eso fue lo que me dijo una compañera del trabajo, que hace yoga hace unos años, y antes de empezar acá le fui a preguntar.

- Ah, mirá vos.

- Además le fui a preguntar porque me re gusta.

- Ah OK. – Dijo sonriendo - ¿Y hay algo?

- Con esta cara – Dijo el joven señalándosela.

Ella no pudo evitar reírse. Luego le dijo:

- ¿Y nunca quisiste decirle nada?

- Y no... Si me llega a dar bola... Está totalmente fuera de mi alcance. Me acuerdo que la primera vez que le quise hablar me pasó como en una publicidad de cerveza, que se dio vuelta y después no sabía qué decirle. – Continuó riéndose – Es la historia de mi vida. Por eso me encantan las publicidades de cerveza, me siento re identificado. Están hechas para... mí.

- Bueno, pero hace un tiempo vi otra publicidad de cerveza en que el chico que pensaba que una mina no le iba a dar bola, tomó coraje, la encaró y se la ganó.

- Sí, es cierto.

- Esas también están buenas porque hacen que el que no levanta, sienta que puede ser también un winner.

Rodolfo, el empleado administrativo.

- Una vez que ya estaba curado me pasaba de tener regresiones, más que nada cuando sentía que las cosas se iban normalizando. Yo siempre fui hipocondríaco y a veces eso se mezclaba con el tema de los rituales, sentía que si no satisfacía ese ritual, me iba agarrar alguna enfermedad terrible, por ejemplo, si me acordaba de eso, levantándome de una silla, tenía que volver a sentarme y levantarme evitando que mi mente pensara en eso.

- Mm.

- Había noches en que me levantaba de la silla para dormir porque tenía un sueño de locos y tenía que hacer tantas veces esto que cuando llegaba a la cama ya estaba con los ojos de par en par.

Patricia, la arquitecta.

- Es complicado, es muy difícil poder poner el freno en un momento y empezar a cambiar. Roma no se hizo en un día. Me di cuenta que poner un freno en el trabajo depende de mí. Porque yo soy la que me termino obsesionando y sin darme cuenta soy la que le da más importancia a todo de lo que realmente tiene. Pero bueno... no creas que lo dejé de intentar. Seguramente a vos también te debe pasar.

- A todos nos pasa, más en esta época. A mí cada vez se me está complicando más encontrar a alguien que se quede con la nena cuando vengo a trabajar. Ya no cayó para nada bien en la Fundación que llegara tarde varias veces, y en éste último mes se agarró un montón de cosas y no pude venir no sé cuántos días.

- ¿Pero vos decís que no les gusta eso?

- Y... mucho no. Hace un tiempo que ya no me miran bien, pero... ¿qué quieren que haga?

- Obvio.

Viviana, la empleada administrativa.

- La verdad que el crédito nos ayudó mucho. Fue todo un tema, al principio parecía que los tipos no querían saber nada. Se pusieron en burocráticos y la tuvimos que remar bastante. Pero yo no quise terminarla ahí, porque sabía que el crédito nos lo tenían que dar. Todos nuestros conocidos también pensaban eso. Y al final... tenía razón.

En ese momento, Viviana miró para el costado y vio a un hombre, más o menos de su edad que acababa de entrar al salón, por lo que le dijo a María Laura:

- Ahí vino. Nos vemos la próxima.

- Nos vemos.

Viviana se levantó y vio que el hombre miraba algunos afiches pegados donde se daban determinadas explicaciones sobre el yoga, y hacía una expresión exagerada de confusión, luego la miró a Viviana que lo veía sin poder evitar reírse, hasta que los dos se quedaron viendo, ignorando todo lo que había entre ellos, tanto a los compañeros que estaban en el suelo hablando, como al que estaba entre ellos sentado en un banco para hacer gimnasia, descansando con las piernas apoyadas en los rodillos.

Durante ese mes, dos personas que no habían tenido todavía alguna conversación con María Laura, lo empezaron a hacer. Una de ellas era Dalma, una veterinaria de poco menos de cuarenta años.

- Yo siempre cuando termino el primer turno, cuatro y media, le tiro ahí en la vereda comida a las palomas para que se acerquen. Nunca había tenido problema. Ahora hace un tiempo que pasa un boludo que les tira agua para poder pasar. El año pasado el mismo tipo ya me había pedido si podía no tapar toda la vereda, porque además yo estacionaba el auto subido a la vereda, yo le dije que iba a sacar el auto de ahí pero que no le iba a dejar de dar de comer a las palomas, que de última tratara de pasar en otro horario. Y ahora cuando pasa, les tira agua y me termina mojando toda la vereda, dejame de joder, si te molesta, cruzá la calle.

- ¿Pero él pasa todos los días por ahí?

- No, todos los días no. Tampoco pasa en el mismo horario, se ve que no tiene horario fijo, pero ¿viste? Y justo el otro día yo estaba en la puerta y le dije de todo, pero se hizo el boludo y siguió caminando. Te juro que me da una bronca...

- ¿Y volvió a pasar otra vez?

- Hace poco pasó de nuevo, estando yo en la puerta también, y volvió a hacer lo mismo. Ahí ya le dije: “Bah sí, matate y morite”.

El otro era Pablo, un vendedor de treinta y cinco años.

- En las últimas sesiones le fui agarrando más la mano.
- Te soltaste un poco más. Al principio se te notaba muy tenso. Vas a ver que a medida que te vayas relajando cada vez más, lo vas a ir sintiendo más.
- Sí, la verdad que sí, además ya noto la diferencia cuando vengo. Salgo de otra manera. Las últimas veces me hizo bastante bien.
- Obvio, esa es la idea de todo esto.
- No te digo que me hace olvidar de los problemas, pero ayuda bastante. Yo vengo de atravesar un momento difícil.
- ¿Qué pasó?
- Hace dos meses me separé de mi novia.
- Ah, y sí, siempre es complicado.
- Sí, la verdad que sí.
- ¿Hacía mucho que estaban?
- Un año y medio. Pero los últimos meses se habían vuelto complicado, empezaron a notarse las diferencias. Por lo general, discutíamos, pero terminábamos dejándolo de lado y arreglándonos.
- Claro.
- Pero después las discusiones se hicieron cada vez más fuertes. Cada vez más subidas de tono.
- Y ahí ya no pudieron dejarlo de lado más.
- En realidad sí, el tema es que yo un día..., no sé, estaba... estaba mal, estaba con muchos quilombos en el laburo. Tuvimos una discusión fuerte, ella me sacó... y yo, no sé qué me pasó, y le pegué. Le pegué un cachetazo.
- Ah, y... ahí... - Le dijo ella cambiando a una leve expresión de bronca.
- Y ahí ella, como que cambió.
- Y sí, vos podés estar mal, pueden discutir, pero no podés pegarle.
- No, sí, ya sé, hoy me quiero... cortar las bolas. Aparte, fue la primera vez. Jamás antes le había levantado la mano. Ese día no sé qué me pasó. Y bueno... ahí hubo como una

separación. Ella al principio no contestaba las llamadas ni respondía los mensajes. Yo le pedía por favor que me dejara hablar con ella, que me dejara decirle lo que le tenía que decir. Al final me dijo que sí, fui a la casa y... me quebré, le pedí que por favor me perdonara. Ella ahí me dijo que tenía que pensarlo. Para mí me iba a perdonar, pero todas las amigas le decían que no, que no volviera conmigo, y... le terminó haciendo caso a las amigas.

- Y, es como te digo, no le podés pegar. Ahora tenés que bancártela y aprender la lección.

- Sí, hoy me doy cuenta que sí. De esto voy a aprender porque perdí a la mujer que amaba. Eso a lo que tanto le tenía miedo, al final me terminó pasando.

- Vos pensabas que ella te podía dejar.

- Lo empecé a pensar el último tiempo cuando a ella le empezó a ir muy bien en su laburo.

- Mm.

- Era un tema cuando ella tenía algún logro groso en el laburo, y ahí lo pensaba, y por lo general las discusiones se daban ahí. Los hombres somos medio inseguros. Cuando la conocí era una chica re simple. Era alguien como yo, y pegamos onda. Pero después...

Para la primera clase del mes siguiente, María Laura debió hacer algo totalmente distinto al final. No fue a hacer el informe, sino que cuando todos estaban todavía en el suelo relajándose, ella se puso frente a todos y dijo las siguientes palabras:

- Disculpen. Antes que se vayan tengo que decirles algo importante. No quise decírselos al principio para que no los distrajera, pero hoy es el último día... que trabajo en esta Fundación.

Acá todos mostraron cara de sorpresa, algunos mirándose entre ellos.

- La Fundación tomó la decisión de rescindirme el contrato. Como muchos saben, yo tengo una hija de tres años, que se llama Micaela, y que es lo más importante de mi vida. Estos últimos meses habrán notado que llegué tarde algunos días y otros ni pude venir. Bueno, eso es porque ella, desde hace un tiempo, está un poquito delicada con un problemita de salud, y eso me ha generado muchas complicaciones, complicaciones que me impidieron realizar mi trabajo con normalidad y que no fueron aceptadas por la Fundación. Ese es el motivo por el que me rescindieron el contrato. No me estoy poniendo en el rol de víctima ni me estoy quejando de la Fundación. Lo que quiero decirles es que desde que me dieron la noticia, vengo preparando y remodelando mi casa para continuar dando ahí las clases, y les quería pedir a todos que me acompañen en esta nueva etapa, que sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Que todo va a ser igual, con la diferencia de que el lugar va a ser un poco más modesto, y que para poder sostenerme voy a tener que subirles un poco la cuota. De verdad les digo que busqué por todos los medios la forma de subir lo menos posible, pero me es imposible no hacerlo, dada la situación. Es una suba del treinta por ciento. Les pido que por favor me acompañen y que, como les dije, sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Sobre el banco están los flyers con la dirección. Si están de acuerdo, los espero a todos, como siempre, el lunes a las seis.

### *Final alternativo*

Para la primera clase del mes siguiente, María Laura debió hacer algo totalmente distinto al final. No fue a hacer el informe, sino que cuando todos estaban todavía en el

suelo relajándose, ella se puso frente a todos y dijo las siguientes palabras:

- Disculpen. Antes que se vayan tengo que decirles algo importante. No quise decírselos al principio para que no los distrajera, pero hoy es el último día... que trabajo en esta Fundación.

Acá todos mostraron cara de sorpresa, algunos mirándose entre ellos.

- La Fundación tomó la decisión de rescindir el contrato. Como muchos saben, yo tengo una hija de tres años, que se llama Micaela, y que es lo más importante de mi vida. Estos últimos meses habrán notado que llegué tarde algunos días y otros ni pude venir. Bueno, eso es porque ella, desde hace un tiempo, está un poquito delicada con un problemita de salud, y eso me ha generado muchas complicaciones, complicaciones que me impidieron realizar mi trabajo con normalidad y que no fueron aceptadas por la Fundación. Ese es el motivo por el que me rescindieron el contrato. No me estoy poniendo en el rol de víctima ni me estoy quejando de la Fundación. Lo que quiero decirles es que desde que me dieron la noticia, vengo preparando y remodelando mi casa para continuar dando ahí las clases, y les quería pedir a todos que me acompañen en esta nueva etapa, que sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Que todo va a ser igual, con la diferencia de que el lugar va a ser un poco más modesto, nada más, el costo de las clases va a seguir siendo el mismo, es un esfuerzo grande el que voy a tener que hacer, pero estoy dispuesta para que lo que cambie sea lo menos posible. Les pido que por favor me acompañen y que, como les dije, sigamos el camino que con muchos de ustedes ya empezamos hace años. Sobre el banco están los flyers con la dirección. Si están de acuerdo, los espero a todos, como siempre, el lunes a las seis.



Cuando María Laura dejó el salón, los integrantes de la clase se quedaron comentando, con el que tenían al lado, lo que había sucedido, al tiempo que terminaban de alargar. Apenas unos minutos después, ingresó otra mujer, más o menos de la edad de María Laura, que al igual que ella se puso frente a todos y dijo las siguientes palabras:

- Hola, disculpen, los molesto un segundo a todos, mi nombre es Loreley, soy una de las coordinadoras de la Fundación. Les quiero comentar que a partir de la semana que viene, va a empezar a funcionar una promoción para aquellos que vienen desde hace más de tres meses. Es una promoción en donde, justamente el próximo trimestre, cada mes va a tener un descuento del treinta por ciento. Todos aquellos que estén interesados tienen que ir al salón que está después del pasillo a dejar sus datos. La inscripción ya empezó hace unas horas. Lo que sí, hay un pequeño problema, y es que por algunas complicaciones económicas, la Fundación no puede cubrir todos los cursos de yoga, solamente puede cubrir a veinte personas en total, y esas veinte personas van a ser las primeras que se inscriban.

Al terminar de decir eso, trascurrieron tan solo dos segundos cuando todos los integrantes se pararon a toda velocidad y así empezaron a correr en dirección al salón que estaba después del pasillo. Automáticamente se desató un desorden no visto antes. Todos se chocaban entre sí e intentaban colarse para llegar primeros. La mayor tensión se desató cuando llegaron a la puerta para salir del salón, allí empezaron los empujones, los codazos, las agarradas y los insultos, hasta que finalmente todos pasaron del otro lado. En otra de las salidas del salón, otra de las coordinadoras se miraba a lo lejos con Loreley, ambas con una sonrisa de arrogancia.

## *Belle de nuit*

*(Basado en la crónica policial de Maximiliano Orioli escrita en el año 2003)*

**A**sí comenzó la historia. Una secuencia de cosas que eventualmente dejarían de ser tan solo partes en una fuerte cadena. Eran las once y media de la noche del sábado, y en aquel pub de Flores ya estaban casi todas las mesas ocupadas viendo el espectáculo musical. Era un grupo de tres mujeres, una de poco menos de treinta años, y dos de poco menos de cuarenta; y dos hombres de veintipico de años. Hacían una música que parecía haber atrapado a la audiencia, era una fusión de jazz con latino. Adelante, a la izquierda estaba una de las de menos de cuarenta años sentada tocando el teclado, en el medio estaba la otra de su edad sentada de frente al público, tocando las congas con estas entre las piernas y descalza, y a la derecha estaba la más joven tocando los palos de lluvia; atrás acompañaban los dos hombres con un bajo y una batería. Solo las dos mujeres más grandes hacían las voces, mayormente la del medio, pero las tres sonreían placenteramente mientras hacían la música, y por momentos se miraban entre ellas con pequeñas risas cómplices.

Fue mientras sonaba este grupo que Verónica entró en el pub y se sentó sola en unas de las pocas mesas vacías, pidió un trago y se quedó disfrutando del resto del espectáculo. Verónica era una mujer de poco más de cuarenta años, de cabello castaño oscuro, largo y ondulado, y ojos marrones. Cuando el espectáculo acabó, se hizo un intermedio para dar paso al siguiente artista. En ese momento, Verónica empezó a notar que otra mujer sentada sola la miraba por momentos, una mujer de aproximadamente su edad con una mirada algo penetrante. Verónica intentó seguir con su trago, sin dejar de cruzar la mirada con ella de ratos, hasta que en un momento lo comprobó. La mujer pareció notarlo, tomó su copa, se levantó, caminó hasta la mesa de Verónica y se sentó. Lo primero que le dijo fue:

- ¿Te gustó el espectáculo?

- Sí, - Respondió Verónica – me gusta esa fusión del jazz con lo latino. ¿A vos?

- También. No sé si el grupo que viene será así también.

- Ah, ni idea. Yo llegué cuando ya estaban. ¿Llegaste a escuchar quién venía después?

- No, yo también llegué cuando ya estaban.

- Ah.

- Marisa me llamo, ¿vos?

- Verónica.

Un pequeño silencio reinó entre ellas. Marisa le preguntó:

- ¿A qué te dedicás?

- Soy profesora de biología. ¿Vos?

- Asistente en un estudio contable.

- ¿Y ya habías venido acá alguna vez?

- No, primera vez. ¿Vos?

- También, es la primera vez.

Volvió a reinar un pequeño silencio. Esta vez continuó Verónica.

- Esperá que quiero mostrarte algo.

Sacó de su cartera la billetera y la abrió mostrándole una foto de dos chicos.

- ¿Quiénes son? – Preguntó Marisa.

- Nicolás y Damián. Nueve y siete años.

Marisa miraba sonriente la foto y preguntó:

- ¿Dónde están?

- Este fin de semana les toca estar con el padre.

Luego cerró la billetera y la volvió a guardar en la cartera mientras dijo:

- Y tengo otro más grande, de dieciocho, que salió con los amigos y hasta tarde no va a volver.

- Son chicos muy lindos.

- Sí.

Volvió a reinar un pequeño silencio. Nuevamente continuó Verónica preguntándole:

- ¿Querés que cambiemos de lugar?

Marisa asintió. Ambas se levantaron, dejaron la plata de sus tragos sobre la mesa, tomaron sus cosas y salieron del pub. Un rato después, se las vio llegar a una casa. Verónica abrió la puerta e hizo pasar a Marisa. Caminaron directamente a la habitación. Ambas dejaron sus carteras sobre una de las mesas de luz al costado de la cama de dos plazas. Luego se sacaron las camperas dejándolas al pie de la cama, pero solo Verónica se sentó en ésta, allí comenzó a sacarse las botas, las medias y el pantalón, y luego se subió completamente apoyando la espalda en la cabecera y mirando a Marisa como incentivándola en silencio a que diera la iniciativa. Marisa se acercó, se sentó en el costado de la cama mirando hacia ella y empezaron a besarse. Cuando Verónica le quiso sacar el buzo, Marisa la detuvo bruscamente, y al ver que Verónica la miró sorprendida, le dijo:

- ¿Me esperás que tengo que ir al baño?

- Sí, la primera puerta del pasillo, a la izquierda.

- Gracias, ya vengo.

Marisa se levantó y fue a donde le indicaron. Verónica se acomodó en la cama. Sin embargo, la espera se iba a hacer larga. Pasaron largos minutos y Verónica empezaba a sorprenderse. Finalmente se levantó, caminó hasta la puerta del baño y le preguntó:

- ¿Estás bien?
- Sí, sí, ya salgo.
- OK.

En el momento en que Verónica dijo eso y se dio vuelta para volver a la habitación, la puerta del baño se abrió bruscamente y de allí salió Marisa con una expresión de furia extrema. Verónica volvió a darse vuelta, pero para entonces ya tenía a Marisa encima agarrándola de la ropa y llevándola a la habitación donde la hizo caer al suelo, allí sacó un cuchillo de su bolsillo trasero y se lo clavó a Verónica repetidas veces a lo largo del torso.

Aproximadamente a las tres de la mañana, llegaron a la casa Dolores y Alfredo. Los oficiales que ya estaban en la casa los hicieron pasar a la habitación. Allí estaba el cuerpo sin vida de Verónica. Yacía boca arriba solo con una remera y la ropa interior. Estas prendas tenían manchas de sangre casi en su totalidad, mientras que las manchas que había en el suelo llegaban incluso a sectores alejados al cuerpo. Los ojos estaban abiertos. Una de sus piernas estaba flexionada de costado y la otra estirada, y en uno de los antebrazos, del lado interno estaba escrito con sangre la palabra: “Lesbiana”. Vieron toda la escena cómo había quedado, su cartera sobre la mesa de luz, su campera a los pies de la cama, y sus botas, sus medias y su pantalón en el piso al costado de la misma. Dolores llegó a ver que había algo dentro de uno de los bolsillos del pantalón, se agachó y sacó la billetera. Al abrirla vio que tenía la foto de los chicos, algo de plata, su documento, conociendo así que se trataba de Verónica Daniela Mateo, de cuarenta y tres años, y con éste una tarjeta de un pub del barrio de Flores llamado: “Belle de nuit”. Para

entonces, uno de los oficiales ingresó a la habitación y les avisó que el hijo mayor de la víctima había llegado. Ambos salieron a recibirlo. Alfredo le preguntó si estaba listo y el joven asintió con dificultad, pero con firmeza. Ingresó a la habitación y vio el cuerpo de su madre. Cerró los ojos y regresó al comedor para responder las preguntas que tuvieran que hacerle. De las mismas, Dolores y Alfredo supieron que el joven era el mayor de tres hijos varones, que sus hermanos tenían nueve y siete años, y que se encontraban pasando el fin de semana con el padre, mientras que él iba alternando esos fines de semana con ellos. Que sus padres se habían divorciado hacía un año. En lo que hacía a él, estaba con unos amigos en un boliche cuando le dieron la noticia, que se había ido poco después de las once de la noche y que su madre le había dicho que iba a quedarse en casa, que ella no era de salir, y que lo había hecho muy pocas veces en el último año.

Dolores y Alfredo se fueron a sus casas a dormir y continuaron con el tema el día lunes. Sabían que se había tratado de un crimen xenófobo por la inscripción en el brazo de la víctima. Además, les llamaba la atención el dato de que no fuera una persona de salir mucho, sumado a que cuando lo hacía lo hacía sola. Esto hacía resaltar la tarjeta de aquel pub de Flores que tenía en su billetera. Por lo que en la semana, acudieron al mismo. Cuando llegaron, se encontraba ensayando en el escenario el mismo grupo de jazz latino que había tocado la noche del crimen. Dolores y Alfredo se quedaron escuchándolas hasta que una moza se les acercó. Dolores hizo la formal presentación y la moza fue a buscar al dueño del bar. Éste apareció unos minutos después, se trataba de un hombre de unos cincuenta años. Luego de hacer nuevamente la presentación formal, Dolores le mostró una foto de Verónica y le preguntó:

- ¿Conoce a esta mujer?

El hombre vio la foto con expresión de duda.

- La verdad que no la tengo.
- ¿Podría preguntarles a las mozas?
- Sí.

El hombre le dijo algo a la moza que estaba acomodando unas cosas cerca de él, ésta salió y volvió a los pocos segundos con dos mujeres más. Dolores les dijo:

- Chicas, necesito que me digan si en algún momento atendieron a esta mujer.

Las tres chicas tenían la misma expresión de duda que el dueño. Después de mirar detenidamente un rato, una de ellas dijo:

- Me suena la cara, me suena haberla atendido en algún momento.

- ¿El sábado pasado? – Preguntó Alfredo.

- ¿Estuvo acá el sábado pasado?

- Creemos que sí y que se fue de acá con otra mujer – Respondió Dolores.

- Si se fue de acá con otra mujer, pudo haber sido con Marisa – Intervino el dueño.

- ¿Quién es Marisa?

- Es una mujer que viene todos los sábados prácticamente. Siempre viene sola y se queda a ver un rato los grupos que tocan, y alguna que otra vez se la vio sentada en la mesa de otra mujer sola con la que después se terminó yendo.

- Pero cuando volvía, volvía ella sola.

- Por lo que hemos visto, sí. Ahora desde que toca este grupo – Dijo señalando con la cabeza el grupo ensayando en el escenario – se la vio más seguido. Le debe gustar alguna, aunque igual la que toca el teclado está casada con un tipo y después la que toca las congas y la que toca los palos de lluvia son pareja, así que...

Dolores pareció quedarse pensando y finalmente les dijo:

- Les agradecemos a los cuatro.

Durante el resto de la semana, no parecieron notarse novedades que vinieran de Dolores y Alfredo. El sábado a la noche, se la volvió a ver a Marisa sentada sola en una de las mesas del pub. Para cuando llegó el turno del grupo de jazz latino, una joven de treinta y pico de años ingresó también al pub, se sentó sola en otra de las mesas vacías y pidió un trago. Durante el espectáculo, esta joven empezó a notar que Marisa la miraba de a ratos. La joven continuó con su trago y no parecía querer corresponderla. Luego de un rato y de alguna insistencia por parte de Marisa, la joven empezó a mostrar interés. Cuando quedó implícitamente comprobado, Marisa tomó su copa, caminó hasta su mesa y se sentó. Lo primero que le dijo fue:

- ¿Te gusta el espectáculo?

- Sí, - Respondió la joven – qué sé yo. Vengo a escuchar algo distinto. ¿A vos te gusta?

- Sí. Yo también vengo a escuchar algo distinto a lo habitual. No sé qué tipo de música harán los próximos.

- Yo tampoco. Espero que también algo distinto.

- Sí, yo también espero. Marisa me llamo ¿vos?

- Analía.

Un pequeño silencio reinó entre ellas. Marisa le preguntó:

- ¿A qué te dedicás?

- Soy empleada administrativa. ¿Vos?

- Asistente en un estudio contable.

Volvió a reinar un pequeño silencio. Analía continuó:

- ¿Ya conocías este lugar o es la primera vez como yo?

- Es la primera vez.

- Ah, estamos iguales.

- ¿Vivís sola?

- Vivo con mi mamá. ¿Vos?

- Con mi hermano. Y decime... ¿Tu mamá es un problema a la hora de llevar gente?

- Sí. – Dijo riéndose - ¿Tu hermano?



- También.
- Es un problema estar en nuestra situación.
- Ya lo creo.
- Bueno, yo por lo pronto tengo que pasar al baño. Cualquier cosa voy a estar ahí.

Analía se levantó mirándola de forma seductora y subió las escaleras que conducían al baño. Algunos minutos después, ingresó allí Marisa. Se detuvo del otro lado de la puerta. No había nadie. Sacó un cuchillo del bolsillo trasero de su pantalón, y con éste oculto debajo de su otra mano, comenzó a caminar lentamente viendo por debajo de las puertas de cada cubículo. Todos estaban vacíos. Excepto el último en donde llegaban a verse las botas que tenía puesta Analía. Volvió a detenerse, tomó fuerza con el brazo que tenía el cuchillo y golpeó la puerta del cubículo. Se escuchó que de adentro sacaban la traba, y en el momento en que se escuchó la puerta abrirse, se abrió violentamente la puerta del baño, escuchándose el grito enojado de Dolores diciendo:

- Tirá el arma, policía.

Cuando la puerta se terminó de abrir se la vio a ella y a Alfredo apuntándole cada uno con un arma. Marisa asustada, dejó caer el cuchillo al suelo y levantó las manos. En ese momento, la puerta del cubículo se terminó de abrir y salió Analía mirándola con una sonrisa de satisfacción que luego encontró con Dolores y Alfredo.

## Prólogo completo de “El estado de disipación”

**L**a escena transcurre en un salón ubicado dentro de un Centro Cultural. El suelo está casi lleno de cartulinas con distintos contenidos una al lado de la otra. En la pared izquierda, viéndose desde la entrada, hay una salida hacia otros salones, y a un costado de ésta, hay una pequeña mesa con una silla de cada lado. Parado junto a ésta hay un joven de poco más de veinte años, con una remera de mangas cortas, un jean con la botamanga doblada hacia fuera y descalzo, pegando lo que parece ser un recorte de diario en una cartulina con un contenido diferente. Una vez hecho esto, la toma y camina hasta uno de los huecos libres del suelo, tratando de no pisar ninguna cartulina. Luego de eso, vuelve a la mesa acomodando restos de papeles. En ese momento ingresa Hugo, un joven un par de años mayor, que se detiene antes de las cartulinas. Enseguida se reconocen mutuamente y se saludan desde donde están. De esa forma, comienzan una charla en la que se ponen al tanto de sus cosas. Sin embargo, en un momento, el joven le pregunta:

- ¿Vos estuviste hablando estos días del tema Maia con los que se encargan del caso?

- Estos días... sí, el otro día uno de los que vive cerca de mi casa le estuvo preguntando a varios, nos preguntó sobre el último contacto que habíamos tenido.

- Sí, y vos tenés la costumbre de dar datos que no son.

El joven lo mira algo sorprendido.

- ¿Por qué?

- A ese chico que viste hablando con Maia, ¿vos lo viste enojado y que la estaba apurando?

- Sí.

- ¿Estás seguro de eso?

- Sí, por eso fui a ver qué pasaba y ahí el tipo se calmó. Gabriel estaba conmigo y es testigo.

- No estaban peleando, Maia es amigo de ese chico. No es la primera vez que hacés esto, ya lo hiciste antes.

- No di un dato que no fue, por ahí lo exageré un poco.

- Exagerando las cosas podés entorpecer la investigación. Tenés que contar las cosas tal cual fueron para que no se genere ninguna confusión.

- Yo las conté tal cual fueron, lo que hice fue darle un punto de vista diferente... nada más.

- Está bien, entonces no hay problema. Hablé con el tipo que decís y me dijo que hoy lo iba a ir a ver a Gabriel. Es uno de los vecinos con los que le falta hablar.

- ¿Hoy? ¿En qué momento?

- No me dijo, así que puede ser en cualquiera.

El joven no puede evitar mostrar una fuerte preocupación, y sin dejar pasar segundo, deja lo que está haciendo y sale corriendo por la otra puerta del salón. Hugo sonríe. Dos segundos después se acerca a la entrada una joven de su edad que se detiene golpeando la puerta. Ésta le pregunta:

- Disculpame, soy una de las encargadas de la investigación del tema Maia, me dijeron que acá había gente que podía darnos alguna información.

- Sí, ¿cómo estás?

Se saludan con un beso.

- Disculpá el desorden, están trabajando con las cartulinas para pegar en las escuelas.

- No hay problema.

Ambos se sientan a cada lado de la mesa y comienzan la charla.

En el interior del comedor del departamento de Luciana, una joven de veinticuatro años, se los veía hablando a ella y a Horacio, otro joven un año mayor. Parecía una conversación tranquila, luego pareció subir un poco de tono. En determinado momento, ella dijo:

- Lo dejé pasar mucho tiempo, nunca te dije nada, pero no es la primera vez que complicás la investigación diciendo cosas que no son.

- Yo no compliqué absolutamente nada. Nadie puede averiguar nada ahí y necesitan alguien a quien echarle la culpa.

- No, ayer me dijo Hugo que está habiendo un montón de gente que está declarando cosas que no son.

- Eso es problema de esa gente.

- Vos dijiste que el tipo que viste con el rasguño en la cara venía de la casa de Maia, y no es así. Es un tipo del barrio, yo lo conozco y no tiene absolutamente nada que ver.

- Desde donde yo estaba parecía que venía de la casa de Maia. Aparte, mientras caminaba giraba la cabeza hacia tras.

- ¿Y eso qué significa?

- Bueno, no sé, Luciana. Si no les gustó cómo declaré, que no me vengan a preguntar más.

- ¿Pero a vos no te parece mal lo que hiciste?

- Yo tengo la conciencia tranquila, yo no dije nada que no haya sido. Así que por más que digas lo que digas, no me vas a hacer sentir mal.

- No sé qué es lo que querés demostrar.

- No quiero demostrar nada.

- Sí, pareciera que inventando cosas que no son y haciendo parecer más graves las cosas, eso te va a hacer más interesante.

- No, no es así.

- No sé, es como que siempre estás tratando de inventar cosas que llamen la atención para sentirte mejor con vos mismo, porque si no inventás, no lo podés hacer.

- Eso lo decís vos. Ya te lo dije. No dije nada que no haya sido.

- ¿Sí? Y si no dijiste nada que no haya sido ¿por qué cuando te llamaron de nuevo, el día que iba a estar el tipo, no quisiste ir?

Horacio la miró sorprendido.

- ¿Quién te dijo eso?

- ¿Es verdad o no?

- ¿Quién te lo dijo?

- No importa quién me lo dijo. ¿Te das cuenta? No podés sostener lo que decís.

- Sí, puedo sostener lo que digo.

- No, está claro que no podés.

- ¿Y me lo venís a decir vos? – Saltó levantando aún más el tono Horacio – Que no podés declarar si no tenés a tus amigas al lado.

- Yo puedo declarar perfectamente sin mis amigas al lado.

- Si es como en todo lo demás, seguro no podés hacerlo sin que antes te digan qué decir.

- Bueno, tenés razón – Intentó concluir ella con tono de cansada.

- Seguro que tengo razón, no tenés personalidad. Siempre hacés lo que te dicen los demás. Ellas te usan como quieren y no te dan más bola, y después cuando te necesitan salís corriendo a donde estén.

- No tenés ni idea de lo que estás diciendo.

- ¿Cuántas veces no podemos vernos porque ellas necesitan algo? Y después si vos las necesitás a ellas y no están, “¿ay qué habrá pasado?”, “¿por qué no me contestan?” – Dijo esto último en un tono burlón - ¿Y me venís a decir eso? Al menos a mí nadie me usa para lo que necesitan. Es increíble. No pueden conseguir nada en concreto y se la agarran conmigo.

- Nadie se la agarra con vos, hacete cargo si necesitás inventar cosas para sentirte mejor con vos mismo.

- Yo no me tengo que hacer cargo de nada. Vos hacete cargo de ser una inútil que no puede averiguar lo que quiere.

Ante esto, Luciana no pudo evitar mostrarse dolida, pero enseguida retomó su postura de enojada diciendo:

- Listo, quedate tranquilo.

- Yo estoy tranquilo. Soy el único boludo que no te hace lo que te hacen los demás y soy el que termina pagando siempre.

- ¿Y viste vos qué injusto que es todo?

- Seguro, me comí el garrón de mi vida con vos.

- Bueno, perfecto, no pierdas un segundo más. Yo soy la que te jode la vida.

- No, a mí nadie me jode nada. Cuando alguien lo quiere hacer desaparezco.

- Bárbaro.

Horacio, tras esto, se retiró del departamento.

Un par de semana después, el caso de la desaparición de Maía seguía sin resolverse. Romina, una de las jóvenes que había organizado la campaña para encontrarla, sentía que las últimas veces que se había reunido con sus amigas había sido por el caso o por algún cumpleaños, y hacía tiempo no se reunía con ellas como solían hacer normalmente. Por lo que en la siguiente situación, en el interior del comedor de la casa de Romina, parecía vivirse un momento de distensión con respecto a la búsqueda. Estaban reunidas ella con Luciana,

Ana Laura y Silvina, otras dos amigas del grupo. Todas sentadas en diferentes sillones. Luciana era la que se veía más preocupada por problemas personales. Inevitablemente la charla se fue volcando hacia ella, y esto comentó:

- Me vino a pedir perdón.

- Y obvio. – Respondió Romina – Ahora se debe querer matar con lo que dijo.

- No sé qué le pasó, te juro que no sé qué le pasó. Siempre fue un chico re dulce.

- Esos son los peores.

- Totalmente. – Intervino Ana Laura – Son los que nunca terminás de conocer.

- Cuando menos te lo esperás te salen con un martes trece como éste.

Se produjo un silencio que acabó cuando Luciana retomó diciendo:

- Yo no sé qué hacer todavía.

- ¿Me estás hablando en serio?

- Sí, o sea está re mal por lo que pasó y me vino a pedir perdón.

- Pero eso no es porque se siente mal con lo que hizo. Es porque sabe que se mandó la cagada de su vida, y ahora que te está por perder, se da cuenta de lo que tenía y de como no lo valoró.

- Siempre pasa eso – Intervino Silvina.

- Se notaba que el tipo estaba cómodo con vos, y cuando esa comodidad está en peligro les empieza a agarrar el pánico – Volvió a comentar Ana Laura.

- Es difícil volver, dijo muchas cosas hirientes – Comentó Luciana.

- Ese es el tema. – Retomó Romina – Uno puede estar muy nervioso, pero no puede decir cualquier cosa.

- Pero también es difícil terminar para mí, hace un año y medio que estamos y hubo muchos momentos lindos.

- Sí, bueno... en toda relación hay momentos lindos y feos. El tema es cuando pasan estas cosas. Si vos seguís con él, va a creer que puede decirte cualquier cosa y vos no lo vas a poder dejar. Y ahí ya está, olvidate.

- ¿Cuándo fue que te llamó la última vez? – Volvió a intervenir Silvina.

- Hace dos días me llamó y me mandó el último mensaje, yo hace una semana le había dicho que me iba a comunicar.

- ¿Y qué te pone?

- Que por qué no le contesto, que tenemos que hablar, que no está bien.

- Fijate, en serio te digo, si sabe que te lo puede hacer, te lo va a hacer siempre – Insistió Romina.

- Ya aquella vez, habiéndote dejado sola el día ese del cumpleaños... – Agregó Ana Laura.

- Ya te das cuenta cómo es.

- No, pero ese día estaba con quilombos de laburo también.

Las tres la miraron como si fuera una ingenua. Luciana se mostraba sin saber qué pensar.

La siguiente situación ocurrió tres días después cuando Luciana le contestó aquel mensaje de texto, diciéndole que el viernes a la tarde pasaría por su casa a hablar con él. Llegado ese momento, dentro del amplio comedor de su casa se lo podía ver a Horacio. Estaba sentado en el medio del largo sofá viendo su celular en un estado alto de ansiedad y preocupación, vistiendo solo una remera y un pantalón corto. Por momentos dejaba de mirar el celular y se apoyaba en el respaldo tratando de relajarse, pero a los pocos segundos volvía a estar como antes. Algunos minutos después, sonó el timbre. Horacio miró la puerta sorprendido y esperanzado, se levantó, dejó el celular sobre un mueble junto a la pared, y con expresión seria, fue a abrir. Se trataba de Luciana que comenzó diciendo:

- Hola.



- Hola.
- ¿Puedo pasar?
- Sí.

Luciana pasó, Horacio cerró la puerta y se acercó a ella. El silencio reinaba, Horacio esperaba con expresión seria. Luciana parecía insegura, por lo que atinó a decir:

- ¿Cómo estás?
- Bien. ¿Vos?

- Bien, con bastante laburo esta semana. Se juntaron muchas cosas y quería decirte que fue por eso que no te pude llamar como te había dicho. Esta época del año es siempre así.

- Sí, totalmente.

El silencio volvió a reinar hasta que Horacio dijo:

- Te extraño mucho.

Tras esto, ella lo miró con tristeza en los ojos y empezó a mover la cabeza como negando. La expresión seria de Horacio enseguida cambió al percibir lo que ella trataba de decir.

- ¿Qué me querés decir?

Ella continuó negando profundizando la expresión de tristeza. Los ojos de Horacio empezaron a llenarse de lágrimas, y atinó a decir:

- No, por favor.

La mirada insegura de ella cambió por una de mucha firmeza. Él se le acercó para agarrarla pero ella se alejó diciendo:

- No, Horacio, no.
- ¿Qué me querés decir?

Ella no contestó. Horacio se agarró la cabeza exclamando entre el miedo y el llanto inminente:

- Ay no.

Ella se quedó mirando hacia otro lado, él empezó a caminar lentamente y sin rumbo por el lugar, y ella lo miraba disimuladamente. Después de unos segundos, él se le volvió

a acercarse poniéndole las manos en los brazos y le dijo entre llanto:

- Escuchame un segundo nada más, un segundo.

Ella no dijo nada.

- Yo te amo y no me quiero separar de vos.

Se produjo otro silencio.

- Por favor me tenés que creer.

- Yo te creo. Pero no podemos seguir después de lo que pasó. Ya no hay vuelta atrás.

- ¿Por qué no?

- Porque no, Horacio. Dijiste cosas muy horribles.

- Estaba nervioso. No quise decir lo que dije. No sé qué me pasó.

- Y bueno... cuando uno está nervioso siempre hay que tranquilizarse primero.

- Ya lo sé. No sé porque dije todo eso, no lo pienso para nada. Ahora me quiero matar. Por favor perdoname.

Ella no dijo nada.

- Me tenés que creer.

- Yo te creo.

- Entonces ¿por qué no podemos seguir juntos?

- Porque no se puede, Horacio. Hay cosas que no tienen vuelta atrás.

Horacio se volvió a agarrar la cabeza ya sin poder evitar el llanto desconsolado. Se sentó en el sofá inclinado hacia delante. A los pocos segundos volvió a levantarse.

- Por favor perdóname. Lo vamos a solucionar, por favor te pido que me perdones.

- No tengo nada que perdonarte. No fue culpa de nadie.

- Pero yo te amo, no quiero que lo nuestro se termine.

- Ya no se puede, Horacio.

- ¿Qué vamos a hacer con todo lo que queríamos hacer? ¿Y con las cosas que hacíamos? Yo no quiero que dejemos esos momentos nuestros. Los quiero volver a vivir. Cuando

estábamos sentados y me despeinabas, y me volvías a peinar haciéndome caricias.

Ella hizo una ligera sonrisa.

- ¿Vos no extrañas esos momentos?

Ella asintió con la cabeza.

- ¿Entonces por qué no podemos estar juntos?

Ella no contestó. Horacio volvió a sentarse en el sofá inclinado hacia delante. A los pocos segundos volvió a levantarse y caminó hacia ella queriéndole poner de nuevo las manos en sus brazos, pero ella otra vez se alejó.

- Por favor, perdoname.

Ella tampoco contestó. Él volvió a caminar lentamente y sin rumbo por el lugar. Luego volvió a detenerse frente a ella, donde atinó a decirle en medio del llanto:

- Por favor, no me dejes.

- Yo no lo busqué esto.

- Lo podemos solucionar. Estoy seguro. Me tenés que creer.

Se produjo otro silencio.

- Por favor te lo pido.

Ella volvió a negar con la cabeza, fue al sofá y tomó su cartera.

- Por favor, Luciana.

- Me tengo que ir.

- No – Exclamó Horacio desconsoladamente.

Luego se sentó de nuevo en el sofá inclinado hacia delante y con las manos en la cabeza. Ella se le quedó mirando desde atrás pero ya no con expresión de firmeza, sino que parecía en silencio y con ternura en la mirada... despedirse.

## Último paso

La primera parte de esta historia transcurre en el Centro de la Ciudad de Buenos Aires, más precisamente dentro de un colectivo de la línea cuarenta y cinco, servicio común. El modelo interior que tenía dicha unidad era el que dispone de unos pocos asientos en la parte de adelante, tan solo uno detrás de la puerta, y otros cuatro separados de a dos, enfrentando al resto de los pasajeros. Los dos que estaban del lado del conductor daban al sector de discapacitados, y los dos del lado opuesto daban a otros dos asientos enfrentados y ubicados justo antes de la otra puerta. De allí para atrás, subiendo un escalón, estaban las cuatro filas de asientos separadas de a dos por el pasillo central. Para la situación próxima a contar, la unidad se hallaba algo llena, los asientos de atrás estaban ocupados y había algunas personas paradas en el pasillo. Los asientos de adelante también estaban ocupados, había algunas personas paradas en el sector de discapacitados, y dos personas que estaban paradas de espaldas a dicho sector, junto a los asientos del lado opuesto. Esas dos personas eran Diana, una mujer de unos treinta años, y Víctor, un hombre medianamente de la misma edad. Vestían ropa informal y dialogaban sobre sus respectivos ámbitos laborales. Ambos trabajaban como administrativos, él en una compañía de cable, ella en una de muebles. Se habían conocido gracias a que una de las

sucursales de la compañía de cable, a la que él debía ir en ciertas ocasiones, se encontraba a una cuadra de distancia de la compañía de muebles, y cuando esa ocasión llegaba, solían cruzarse en el colectivo. La situación se fue repitiendo hasta que ambos empezaron a notarlo y un día él se acercó a hablarle. Desde entonces no han dejado de hacerlo en cada viaje que se cruzan. Sin embargo, el viaje era largo, y por momentos, cada uno mandaba mensajes con su celular. En uno de esos momentos, se subió al colectivo otra mujer de más o menos la misma edad de ambos, llamada Jorgelina, que se ubicó del otro lado de Víctor, reconociéndolo al instante. Éste, al verla, también lo hizo y se saludaron con un beso. Diana notó esto con cierta sorpresa y curiosidad. Jorgelina le dijo a Víctor:

- Qué bárbaro, nos estamos encontrando re seguido.
- Sí, totalmente, estos días más que nunca.

Ante esto, Jorgelina comenzó a hacerle unas preguntas de cortesía sobre su trabajo. Diana miraba de reojo no sintiéndose nada a gusto con la sonrisa con la que Jorgelina miraba a Víctor. En una de las respuestas que él dio, Diana intervino en voz más alta de lo habitual, recordándole a Víctor un dato que él había olvidado. Aquí Jorgelina miró a Diana con cierta sorpresa y Diana le respondió con una mirada casi desafiante. Jorgelina intentó entonces alargar la charla con él buscándole más detalles a lo hablado previamente. Diana la miraba seria. Poco después cambió esa expresión por una de confusión, ya que empezó a sentir un olor que no le resultaba agradable. Agudizó su olfato, dio vuelta la cabeza y vio que el pasajero sentado casi a espaldas de ella, un joven un par de años menos, estaba con una pierna en forma de escuadra encima de la otra y con el pie que daba hacia ella descalzo, mientras que tenía la zapatilla en la mano intentando arreglar la lengüeta. Diana ya se sentía fastidiada, pero trató de seguir metida en la charla. En una de las paradas siguientes, subió una mujer embarazada seguida

de otra mujer que pidió un asiento para ella, el joven que arreglaba la lengüeta de su zapatilla vio que iba a ser quien debía levantarse, por lo que con desgano se la volvió a poner, se calzó la mochila y se paró ubicándose entre la gente del sector de discapacitados. Gradualmente, ese sector se fue vaciando un poco. En un determinado momento, una pareja que estaba sentada en los primeros dos asientos de la parte de atrás, y del lado de la puerta, se levantó y se preparó para bajar; mientras esperaban la parada, Jorgelina apresurada se fue a sentar allí del lado de la ventanilla sin sacar la vista de Víctor, que mandaba un mensaje por el celular, esperando para hacerle la seña de que fuera a sentarse junto a ella. En ese instante, Diana se dio vuelta, le tocó el hombro al joven de la lengüeta, y le señaló el lugar libre junto a Jorgelina. El joven volvió a calzarse la mochila y fue directo al lugar. Jorgelina sin poder evitar la sorpresa, pareció no llegar a reaccionar. Solo atinó a mirar con odio a Diana mientras el joven se sentaba al lado suyo. Aquí Diana le sonrió plácidamente. Fue entonces en que Víctor dejó de usar su celular y continuaron con la charla.

De ahí en adelante se dio la parte más extensa del viaje, no solo por la longitud del recorrido sino por el tráfico cotidiano de las zonas siguientes. Aunque el viaje más largo lo tuvo Jorgelina, que veía de a poco vaciarse el colectivo, pareciendo que los últimos en bajarse serían Víctor, Diana y el joven sentado al lado suyo. Fue tan solo algunas paradas antes del final del recorrido que Víctor y Diana se prepararon para bajar. Mientras esperaban la parada, ambos saludaron a Jorgelina que devolvió el saludo tratando de disimular lo más que pudo su bronca. La expresión de Jorgelina no pudo evitar nuevamente la sonrisa placentera de Diana mientras bajaban. A partir de allí, Diana y Víctor siempre recordaron ese viaje, ya que los encuentros siguientes no fueron casuales, sino arreglados en esos otros

encuentros informales que empezaron a darse los fines de semana.

## Fuerza de choque (Un caso de violencia de género)

**F**inalmente había llegado el viernes. En la semana, Silvina, una joven de veintisiete años que trabajaba en una compañía de luz, le había comentado a su compañera Pamela, que para el viernes luego del trabajo, había organizado un encuentro en su casa con un amigo de ella llamado Juan José, y le preguntó si quería ir, ya que éste iba a traer unos compañeros de la empresa de telefonía celular donde trabajaba. Pamela aceptó. Llegado el momento, había cinco personas, Silvina, Pamela, Juan José, Horacio y Gastón. Todos tenían entre veintisiete y veintiocho años y estaban con la ropa todavía del trabajo. Se llegó a armar un ambiente bastante ameno donde más o menos se iban conociendo con charlas informales. En un determinado momento, Gastón comentó:

- Hoy estaba todo más lento en la calle. ¿Estaba cortado en algún lado?

- No, que yo sepa... - Respondió Silvina.

- No, pero era viernes, y los viernes pasa siempre lo mismo – Intervino Horacio.

- ¿Ah, los viernes a la tarde pasa siempre eso? – Volvió a preguntar Gastón mostrando interés.



- Claro, porque al quilombo que hay todos los días, le tenés que sumar a los que se van de viaje. Mucha gente está viajando los fines de semana, y el caos que se genera no se puede explicar.

- Está terrible el Centro de Buenos Aires – Comentó Silvina.

- Obvio, y cada vez va a ser peor – Continuó Juan José.

- Y sí, nadie parecería querer hacerse cargo. Es problema de los que van a venir – Agregó Pamela.

- Tal cual, mientras el problema sea más o menos controlable, no van a hacer nada porque saben que la explosión va a ser siempre en el gobierno que viene.

- Bueno, pero algo se hizo con los arreglos estos de hace dos meses – Volvió a comentar Silvina.

- No sirve para nada eso, ya te lo estoy diciendo. No sirve nada. No solo no sirve sino que empeoraron las cosas. – Respondió Horacio subiendo cada vez más el énfasis.

- ¿Por qué las empeoraron?

Horacio la miró un segundo sorprendido, y le contestó con un tono más alto:

- Porque es una desprolijidad total. A ver... yo te hago una pregunta, ¿a vos te parece bien que los autos particulares tengamos que andar en los mismos carriles que los camiones, los colectivos o las combis?

- No, bueno pero...

- Hicieron las separaciones esas y ahora está más desprolijo que antes, ¿de qué me estás hablando? ¿En serio ves que lo que hicieron fue un arreglo?

- No, bueno, ¿qué sé yo? Yo tampoco ando mucho por el Centro.

- Sí, la verdad que no arreglaron nada – Comentó Pamela.

- No arreglaron nada y lo dejaron todavía peor. – Continuó Horacio – Es cualquier cosa. Te meten el verso de

que están trabajando por la ciudad, que va a ser todo más fácil y cada vez es peor.

- Y el tema es que también se complica mucho cuando hay alguna manifestación – Acotó Gastón.

- Eso no tiene nada que ver. Ya es un quilombo cuando no hay ninguna. Acá es un problema de que son ineptos. A ver decime, ¿por qué los autos particulares tenemos que andar con el tránsito pesado?

Gastón asintió con la cabeza, con un gesto de aceptación que también mostraba un dejo de miedo.

- Decime qué es lo que van a hacer cuando la ciudad colapse, porque la cantidad de autos va creciendo. Cada vez va a haber más autos. Va a llegar un momento que no va a dar más. A ver, decime ¿a vos te parece que con lo que hicieron van a evitar que colapse la ciudad?

- No, por eso estoy de acuerdo con...

- Es para hacerte ver que están haciendo algo. Entonces vos lo ves y decís: “Bueno, se están encargando”, pero no es nada más que para eso.

- Sí, por esto que decían de que el quilombo se lo va a comer el gobierno que venga – Trató de comentar rápido Gastón sin poder evitar tragar saliva al terminar.

- Ni es por eso, no les interesa nada. Que se arreglen, si explota todo a la mierda, que explote – Respondió Horacio ya con más calma.

Ante esto, se produjo un silencio de unos segundos.

- Sí, es un tema complicado – Volvió a acotar Silvina.

- Hay que evitarlo el Centro todo lo que se pueda – Acotó irónicamente Pamela.

Todos intentaron acordar tratando de reducir la tensión que se había generado en el ambiente.

La siguiente escena transcurre algunos viernes después a la noche, en el living de una casa. El mismo se encontraba vacío hasta que se la vio entrar a Pamela terminando de arreglarse para salir. Venía caminando con un vestido puesto

y descalza, con los zapatos en la mano, directo al sofá. En ese instante apareció Yamila, una mujer un par de años mayor que ella, que se detuvo cerca de la entrada y le preguntó:

- ¿Vas a salir?

- Sí – Respondió Pamela apoyándose en el respaldo relajada, sosteniendo los zapatos.

- ¿Y? ¿Al final que pasó con el lío ese que se terminó armando en la empresa?

- Nada. Ya te había dicho que fue todo un malentendido.

- Ah, ¿fue un malentendido al final?

- Sí.

- ¿Llegaste a escuchar los rumores que se corren en la empresa?

- No sé, siempre se están corriendo rumores. Si los vas a escuchar todos...

- Es verdad, pero éste me parece que es algo más.

- ¿Cuál?

- El que me contó Silvina, dice que le dijo Juan José que ese lío no era la primera vez que pasaba, que este tipo ya había tenido varios encontronazos con gente que tiempo después se terminó yendo de la empresa. Parecería que los que no le caen bien, a la larga se terminan yendo.

- Sí, llegué a escuchar algo. Son rumores y el último resultó siendo un malentendido. La verdad que no me parece algo tan importante.

- ¿No?

Pamela la miró con expresión de enojo.

- No, ¿por qué me preguntás?

- Por nada, quiero que estés alerta. No quiero que resultes afectada por involucrarte con alguien que tiene estos conflictos con gente del trabajo.

Aquí realizó una sonrisa que implicaba entender a qué apuntaba Yamila.

- No te lo digo por nada, sos mi hermana, y no quiero que te veas afectada por nada.

- Bueno, te agradezco pero me puedo cuidar sola.

A Yamila no le agradó mucho ese comentario y le contestó:

- No sé eso, ya te pasó de elegir hombres que siempre están metidos en algún conflicto.

- ¿Y qué? – Preguntó enojada levantándose del sillón y haciéndole frente - ¿Tengo que elegir como vos? ¿A alguien como tu ex? ¿El que te tenía de mal humor siempre porque era el único de su trabajo que no podía progresar económicamente?

Se produjo un silencio de unos segundos que Pamela interrumpió diciendo:

- No te metas más en mi vida.

Tras decir esto, salió del comedor.

Una hora después se la vio a Pamela caminar por una de las calles del Centro. Se detuvo en un edificio que tenía una entrada bastante amplia con una columna en el medio, y se quedó en un costado resguardada esperando por alguien. Minutos después llegó Horacio, también arreglado, se saludaron con un beso en la boca, y ella le preguntó:

- ¿Y? ¿Cómo anduvo todo?

- Como siempre, para esta época del mes se junta la mayor parte del laburo.

- Sí, tal cual.

- Encima me designaron el trabajo de completar las planillas de la empresa de acá a cinco meses que es cuando hacen el balance final.

- Uh, no me digas, todo trabajo extra.

- Y sí, pero bien, dentro de todo. ¿Vos?

- También. Esperando las vacaciones.

Ambos se rieron.

- Falta un poco todavía, pero bueno...

- ¿Vamos?

- Dale.

Ambos se fueron para el lado contrario por el que habían llegado.

### **Cinco meses después.**

Pamela se encontraba en su casa acomodando unas carpetas en los estantes de una de las paredes del comedor. Se la veía bastante fastidiada, ya que parecía querer volver a llenar los estantes y terminar de una vez. En el medio de la tarea, ingresó a la casa Yamila. Ésta saludó con un “hola”, y Pamela le contestó con el mismo saludo pero sin mirar hacia ella. Mientras dejaba la cartera en el sofá, la recién llegada preguntó:

- ¿Te dieron las carpetas nuevas?

- Sí, pero me volví loca buscando las más viejas porque me pidieron unos expedientes del año del pedo y tuve que revolver todo.

- ¿Estás bien?

- Sí – Contestó Pamela sin sacar la vista de las carpetas.

- A ver... girá la cabeza.

Pamela, resignada y sin ganas de disimular, giró la cabeza hacia ella y se le notó la mejilla hinchada y rojiza. Yamila puso cierta expresión de furia.

- Otra vez.

- Es una historia larga, Yamila, y no tengo ganas ahora.

- Nunca tenés ganas. – Respondió levantando el tono – Ya se empezó a hacer repetitivo. Ya está, sabe que te lo puede hacer y ahora lo va a hacer siempre.

- ¿Y qué puedo hacer? No sé. No puedo hacer nada.

- Podés hacer muchas cosas.

- No, ya está, hacé de cuenta que no me viste.

- No puedo hacer de cuenta que no te vi, Pamela. Y vos no podés hacer de cuenta que no pasa nada.

- Es que... no sé, no sé qué hacer te juro... Me da miedo ir a hacer la denuncia. Ya hay antecedentes de que los tipos no te dan ni cinco de bola.

Yamila se quedó pensando y luego dijo con un tono más tranquilo:

- Hay algo que podés hacer.

- No, no hay nada.

- ¿Me dejás hablar?

- No, no te dejes hablar. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te metas más en mi vida? Basta.

Tras decir esto, salió del comedor.

La siguiente escena transcurrió en el interior de una casa. Pamela ingresó abriendo y cerrando la puerta suavemente. Caminó a paso lento por el estrecho pasillo y así llegó al comedor. Se detuvo en la entrada al ver a Horacio sentado en el sofá, de espaldas a ella, viendo la televisión con los pies en la pequeña mesa de madera. Dejó la cartera en un mueble y caminó, manteniendo el paso, hacia el costado del sofá donde vio que Horacio estaba dormido. Estaba solamente con una remera y un pantalón corto. Pamela lo miró tratando de comprobar qué tan dormido estaba. Luego vio que el control remoto estaba sobre la mesa, caminó hasta allí, por el lado opuesto a él, puso su mano sobre el aparato, volvió a mirar a Horacio, y lo deslizó hasta tirarlo al suelo. Luego comenzó a actuar naturalmente. Éste hizo un ruido seco y agudo que despertó a Horacio. Pamela se agachó para agarrarlo diciendo:

- Uh, disculpá, quise pasar y lo tiré, no te quería despertar.

Horacio trató de despertarse definitivamente y dijo:

- Está bien. ¿Cómo estuvo allá?

- Bien, como siempre... nada nuevo. ¿Vos?

- Bien también. Te había dicho que hoy salía más temprano para poder hacer el coso este.

Pamela hizo un gesto de recordar algo.

- Ay, me olvidé las planillas.

Horacio se reincorporó en el sofá bajando los pies, y dijo:

- ¿Me estás jodiendo?

- No, te juro que no. Estuve a mil todo el día, se me volvió a pasar por completo.

- Pero ya se te había pasado el otro día. ¿Cómo se te volvió a pasar hoy?

- Y... se me pasó ¿cómo querés que se me pase? Se me pasó.

En ese momento, Horacio se puso de pie enojado y diciendo en un tono mucho más alto:

- ¿Pero vos me estás hablando en serio? Te dije que necesitaba hoy sí o sí esas planillas, me hicieron salir más temprano hoy para dedicarme de lleno y las termine porque mañana empiezan el balance.

- Ya te dije que se me pasó. – Respondió ella también enojada e igualando el tono de él – Estuve tapadísima todo el día.

- ¿Y ya está? “Se me pasó, jodete”. ¿Eso me querés decir? ¿Me tengo que joder?

- Si eran tan importante hubieras ido vos. Vos tuviste una semana más liviana que la mía. No importa que el lugar esté cerca de donde estoy yo. Hubieras pasado en alguno de los ratos libres que tenías.

- No pasé porque me dijiste que ibas a pasar vos. ¿Para qué voy a ir yo si vos tenés la sucursal a una cuadra?

- Yo nunca te dije que iba a pasar yo. Te dije que iba a tratar de pasar pero que no sabía si iba a tener tiempo. Te dije que iba a tener una semana muy complicada, ¿te acordás que te lo dije?

- No lo puedo creer. ¿Por qué no me dijiste que no querías traérmelo?

- Se me pasó te dije, no es que no quería traértelo. Escuchame cuando te hablo alguna vez.

- Bueno, andá a buscarlo.

- ¿Vos te volviste loco? Yo no me voy a volver a Avellaneda. Andá vos.

- Yo no puedo ir, si me ven ahí van a saber que todavía no las empecé a hacer y me matan.

- Y bueno, querido, hubieras pensado en eso antes. Si no lo hiciste no me podés echar la culpa a mí.

Tras decir esto, Pamela se dirigió a la cocina. Horacio se quedó enojado unos segundos sin poder calmarse y la siguió. Allí le preguntó:

- ¿Qué me estás diciendo? ¿Qué mi trabajo lo hago mal?

- No, yo no digo nada. Sos vos el que me decís que cada vez te pasan menos trabajos.

- Hija de mil puta, y tenías que hacer esto para joderme más.

- Se me pasó, Horacio, ¿no entendés? ¿No te entra en ese cerebro diminuto que tenés?

- Se te pasó y por eso me terminaste jodiendo.

- Vos solito te terminaste jodiendo. Si hicieras las cosas bien, no tendrías este tipo de problemas.

- Mirá, callate la boca y traeme las planillas.

- No te voy a traer nada, Horacio. Si las querés andá vos.

Tras este último comentario, Horacio se cegó por la bronca y le pegó un fuerte cachetazo a Pamela que casi la hizo caer. Llegó a sostenerse del respaldo de una silla. Horacio enseguida se le acercó agarrándola violentamente del brazo y le dijo:

- ¿Vos te pensás que estoy jodiendo, la concha de tu madre? Volvete a Avellaneda y traeme esa planilla porque no te va a quedar un hueso sano.

Pamela intentaba zafarse por el fuerte dolor que le generaba pero no podía, y dijo:

- Está bien, está bien. Me voy una escapada.

Horacio la soltó y se quedó viéndola para ver si cumplía lo que había dicho. Pamela salió de la cocina, tomó



nuevamente su cartera y volvió a salir de la casa. Un tiempo después, llegó con las planillas, y Horacio, sin dejar pasar instante, comenzó a trabajar en ellas, lo que le tomó hasta altas horas de la noche.

La mañana siguiente, con las planillas terminadas, Horacio se presentó en la empresa y fue a la oficina de su jefe a llevárselas. Éste era un hombre de poco menos de cuarenta años que las recibió y que cortésmente le pidió que se sentara, que debía hablar con él. Horacio intrigado procedió a hacerlo. Fue entonces que el hombre empezó a decirle:

- Mirá Horacio,... como vos ya debés saber, porque ya hace algunos años que estás acá, éste es un lugar de trabajo de gente... de mentalidad abierta, de gente dispuesta a adaptarse a los tiempos que corren.

- Sí, claro.

- Hay algo en particular por lo cual esta empresa se ha destacado. Ese algo es la constante lucha por la igualdad de género, por los derechos de las mujeres, y ha sido una de las más adelantadas del país en esa materia. Fue una de las primeras en donde la igualdad entre hombres y mujeres se dio en todos los aspectos, sin excepción, salarios, oportunidades, etcétera. Y uno de los aspectos fundamentales de esa lucha es el tema de la violencia de género.

Horacio asintió naturalmente.

- Nosotros hemos recibido ayer la visita de una mujer de nombre Pamela, tu pareja, con el fin de pedirnos ayuda. Ayuda que obviamente accedimos a darle. Nosotros ya hemos hecho el análisis correspondiente y creemos que nuestro deber, como defensores de la lucha por los derechos de las mujeres en este país, es rescindirte el contrato con este lugar de trabajo. Desde este momento, dejás de ser empleado de esta empresa. No solo eso, sino que afuera ya están los oficiales correspondientes que van a llevar a cabo

tu detención, para que posteriormente puedas ser sometido a la condena que la justicia disponga. Lamento tener que plantearte la situación de esta manera, pero te vuelvo a repetir que hemos sido de los más adelantados en esta materia, y como tales no podemos hacer menos que mostrarle a todo el país un castigo ejemplar.

Esa tarde, se las vio a Pamela y a Yamila, sentadas en una de las mesas de afuera de un bar, tomando una bebida. La primera dijo:

- Ya está, se terminó.

- Así es. Fue porque hiciste algo y no te quedaste de brazos cruzados aceptándolo.

- En realidad porque me diste la valentía para hacerla.

- Yo no te di nada. La valentía siempre estuvo en vos.

Simplemente te hice ver que a los violentos hay que denunciarlos.

Pamela asintió. Yanina le sonrió y le preguntó:

- ¿Estás bien?

Pamela le sonrió también.

- Sí. Gracias de nuevo.

- Brindemos por una condena ejemplar.

Ambas juntaron sus respectivos vasos.



## *El hada perspicaz*

**E**l micro con destino a Rosario acababa de salir. Carla, una joven de veintiséis años, iba sentada en uno de los primeros asientos del piso de abajo. Miraba su celular con cierta expresión de aburrimiento. Había entrado a su Facebook y leía los últimos comentarios que había dejado su último post, en el cual avisaba a sus contactos de su viaje a Rosario la primera semana de vacaciones de invierno, y en donde, haciendo honor a su profesión de fotógrafa, prometía fotos del viaje. Luego de leerlos, cerró la sesión. Su expresión de aburrimiento se mantenía. Comenzó a ver el paisaje de la ruta y se sintió atraída por la zona que pasaban, ya que empezaban a verse algunos puestos de venta. Guardó su celular, sacó de la mochila la cámara y tomó algunas fotos de estos puestos. Cuando estos pasaron, comenzó a mirar a su alrededor los pasajeros que había. El micro en el que viajaba ofrecía el servicio semi-cama. Fueron dos pasajeros en particular los que llamaron su atención. Una pareja de ancianos. Los dos tenían más de ochenta años, ella estaba con la cabeza apoyada en el hombro de él y él tenía su brazo por sobre sus hombros. La imagen la enterneció de gran forma. Se fijó si había algún asiento libre más atrás, en la fila individual donde estaba, que estuviera más cerca y pudiera darle una mejor perspectiva. Para fortuna de ella, había uno. Se levantó y se sentó en el mismo. Se puso de costado, y

sosteniendo la cámara de una forma disimulada, gatilló. El ruido que la cámara hacía era muy bajo y nadie lo notó. Carla miró el visor donde aparecía la foto, y con un gesto de alegría, se levantó y volvió a su asiento. Sentía que estaba en uno de esos momentos de producción intensa y que no debía detenerse, por lo que volvió a levantarse y subió al piso de arriba. Casi llegando a éste, intentó ver disimuladamente el panorama, el cual era un tanto más diferente. No se veía a nadie. Parecía hallarse totalmente vacío. Terminó de subir al piso y lentamente dio unos pasos más. Allí empezó a escuchar un ruido que venía sin dudas de muy cerca. Intensificó la audición, era como una respiración que se iba agitando gradualmente. Dio unos pasos más, y en el segundo asiento de la fila doble, vio que la cortina del lado del pasillo estaba corrida. En ese momento, por debajo de ésta, empezaron a asomarse dos pies descalzos de alguien que parecía estar sentado con la espalda apoyada contra la ventana, al mismo tiempo que salían por arriba del apoyabrazos, ya que por debajo de éste llegaba a verse el costado de una pierna de quien estaba en el asiento del acompañante. Cuando la respiración parecía agitarse más, los pies se estiraban hacia atrás. Carla, no pudo evitar una pequeña risa silenciosa por la sorpresa. Vio que no había nadie alrededor, y sin hacer ruido, caminó hasta estar al costado de los asientos, preparó su cámara y gatilló. Se quedó un segundo inmóvil para ver si el ruido había sido escuchado, pero al ver que no, vio la foto en el visor, ahí vio que la cortina se traslucía mucho más de lo que parecía y que además tenía pequeños sectores descocidos que hacían que se trasluciera más, por lo que pudo ver entre esos agujeros la cara del joven apoyado en la ventana, el cual estaba sonriendo producto del placer, con una expresión bastante graciosa. Carla nuevamente no pudo evitar una pequeña risa, y enseguida continuó caminando de manera silenciosa. Aunque ya parecía que no iba a encontrar a nadie más,

decidió caminar de todas formas hasta los últimos asientos, vio la fila individual y cuando dio vuelta la cabeza para ver la doble, sintió un flash sobre su cara. Se trataba de un joven un par de años mayor que también estaba con una cámara en la mano. Carla lo miró sorprendida. El joven le dijo:

- Disculpame, soy fotógrafo, te vi cuando bajé hace rato al baño y... no quería bajarme del micro sin sacarte una foto. Espero no te moleste.

Carla mantenía la expresión de sorpresa, pero no pudo disimular su gusto por lo que acababan de decirle, y respondió:

- No, todo bien.

- Soy David – Continuó él ofreciéndole la mano.

- Carla – Respondió dándole la suya.

- Veo que vos también sos fotógrafa.

- Sí.

- ¿Estás de viaje por trabajo o por vacaciones?

- No, por vacaciones, voy a visitar unos familiares en Rosario. ¿Vos?

- No, yo voy por una reunión de trabajo. Soy actor de teatro infantil y unos productores me llamaron para una propuesta.

- Ah, mirá que bien.

- Igual el domingo ya tengo que volver, porque hace unos días estrenamos una obra en Capital, en un teatro de San Telmo. Me encantaría que pudieras venir. Va a durar todas las vacaciones.

Tras esto, el rostro de Carla no pudo evitar finalmente la sonrisa.

Era la última función de la temporada. Sandra, una mujer de veintiocho años, de contextura esbelta, caminaba relajada por el jardín de su casa. Estaba con un vestido blanco algo suelto que llegaba por arriba de las rodillas, y descalza. Tenía además una margarita en el cabello ubicada detrás de su sien

derecha. Caminó hasta una hamaca que había, se sentó y comenzó a hamacarse un poco con expresión como si estuviera pensando en algo o alguien que le agradaba. Un rato después, se levantó y caminó hasta una silla de plástico que tenía en el asiento un celular. Lo tomó y escribió este mensaje:

¿CÓMO TE PREPARÁS PARA LA ÚLTIMA FUNCIÓN?  
¿VAS A LLEVAR EL SACO ESE BEIGE QUE TE  
QUEDA TAN BIEN? BESITOS, SANDRA.

La obra comenzaba a las siete de la tarde. Carla llegó unos minutos antes. Para entonces, la gente ya ocupaba poco más de la mitad de la sala. Caminó por el pasillo de un costado buscando un buen lugar, y se sentó en una de las filas del medio. En los minutos restantes, la sala se fue llenando más. Una gran cantidad de nenes acompañados de sus padres ya que era el último viernes de vacaciones de invierno. La obra trataba de un hada que usaba su varita mágica para conceder deseos, y al mismo tiempo cargaba un arco y flechas mágicas que hacían que la gente perdiera las malas intenciones. Finalmente llegó la hora, las luces se apagaron y el telón se abrió. Apareció el hada, interpretada por Sandra. Estaba con un vestido color turquesa con una pollera hasta arriba de sus rodillas, y descalza. De su espalda salían las alas, y como cargando una mochila, con una tira cruzando su torso, llevaba el arco, las flechas y la varita mágica. Durante la obra, el hada iba ayudando a diferentes chicos concediéndoles sus deseos. Una vez que estos se lo contaban, el hada giraba la cabeza al público con una sonrisa cómplice, sacaba su varita mágica, la hacía girar unos segundos con la punta hacia arriba, juntaba los pies, levantaba los talones, inclinaba su torso hacia abajo y suavemente tocaba la cabeza del nene con la punta de la varita. A todo esto, se escuchaba el sonido de un arpa.

Después que hacía eso, aparecía un adulto que se enteraba del deseo que tenía y quería evitar que se cumpliera porque decían que los nenes alegres alteraban el orden y la tranquilidad de la sociedad. El adulto intentaba convencer al nene de que era totalmente imposible que su deseo se cumpliera y que lo más conveniente era que se olvidara de éste. En esos momentos el hada aparecía caminando en puntas de pie por un costado del escenario a espaldas del adulto, se acercaba a él, sacaba su varita mágica, la hacía girar unos segundos pero esta vez con la punta hacia abajo, y hacía el mismo procedimiento, solo que en ese caso el adulto quedaba absolutamente inmobilizado, era entonces que el nene se escapaba, y el hada repetía su acción previa. El adulto, que acababa de volver en sí, buscaba desentendido al nene. El hada, sin hacerse ver, intentaba seguir siempre a sus espaldas, y en un momento, guardaba la varita, sacaba el arco y una flecha, apoyaba un pie adelante, levantaba el talón, y levantaba hacia atrás la otra pierna casi en posición de escuadra, cargaba la flecha, apuntaba y se la tiraba para que se clavara en su espalda. Estas eran de utilidad con una pequeña sopapa en la punta. El adulto, aún más desentendido, se sacaba la flecha, pero ya parecía estar poseído por la creencia de que eran un absurdo sus ideas sobre los nenes, por lo que avergonzando acababa yéndose. En la escena final, aparecía un hombre triste y preocupado, interpretado por David, que se había puesto un saco gris. El hada lo veía y se le acercaba para preguntarle qué le pasaba, él le contaba su tristeza por las ideas que el pueblo tenía sobre la alegría de los nenes, pero el hada le contaba su trabajo, y al término de un breve diálogo, éste se enamoraba de ella. Luego de la escena final, el hada y el hombre llamaban a dos personas del público, un nene y un adulto para hacer un caso de forma improvisada, con la única condición de mantener las reglas de aquel universo de la obra. Sandra buscó entre el público y llamó a una nena de



unos siete, ocho años, de las primeras filas. David buscó entre el público y la llamó a Carla. Ambas subieron al escenario. Sandra le preguntó el nombre a la nena, y David hizo lo propio con Carla, quien no pudo evitar tentarse un poco, ya que por la forma en que se miraban, quedaba muy claro que ambos ya se conocían. Sandra notó esto y no pudo evitar mirarla con cierto repudio. Enseguida, empezó su diálogo con la nena, y cuando le preguntó su deseo, ésta contestó que quería poder usar la varita mágica. Esto causó una reacción de risas en el público e hizo que Sandra no pudiera evitar sorprenderse, lo que indicaba ser la primera vez que pasaba eso. Sin embargo, debió dársela realizando el procedimiento previo para cumplir su deseo. Cuando fue el turno de hablar de Carla, ésta se puso en un personaje algo sobreactuado y dijo que eran ciertas las ideas que el pueblo tenía sobre la alegría de los nenes, y que el único hombre que estaba triste por eso, debía irse del pueblo, que ella estaba dispuesta a llevárselo con ella para que nada en el pueblo cambiara. Ante esto, Sandra miró a la nena, haciéndole la seña de que debía inmovilizarla, pero la nena se negó a hacerlo. Esto volvió a provocar la risa del público. Sandra, que volvió a sorprenderse, sacó su arco y una flecha, y la miró a Carla de forma desafiante. La nena vio esto y enseguida hizo girar la varita con la punta hacia abajo. Sandra la vio de reojo, aún más sorprendida que antes, y se apuró en prepararse para lanzarle la flecha a Carla, pero en el momento que tomaba fuerza, la nena la tocó a ella con la punta de la varita en la cabeza, volviéndose a desatar las risas del público. Enseguida la nena les dijo a Carla y a David que se apuraran y se fueran. Estos dos se tomaron de la mano, bajaron del escenario y se perdieron entre el público. La nena se acercó al borde del escenario mientras Sandra, inmovilizada, la seguía solo con la mirada. Fue en ese momento que empezaron a llover los aplausos, aplausos que duraron más tiempo que cualquiera de las funciones

anteriores, la nena hacía reverencias hacia los distintos lados del público. Increíblemente se había dado un cierre de temporada en el clímax más alto. La nena finalmente bajó del escenario llevándose la varita y volviendo con sus padres, momento en que el telón se cerró y las luces se prendieron.

La semana siguiente, Carla posteó en Facebook las fotos de su viaje a Rosario. En los comentarios empezaron a haber algunas preguntas sobre quién le había sacado esa foto en el micro, la cual parecía haberla agarrado de sorpresa. Ella solo dijo que fue lo más lindo del viaje y que fue lo que hizo que su vida en Buenos Aires ya no fuera igual a como era antes de viajar.



# Si así no lo hiciere

(que Dios y la Patria me lo demanden)

(O El festín de la gente común)

Apenas dos minutos habían pasado de las seis de la tarde. El “Pago Fácil” de la Avenida principal de la localidad de Caseros ya estaba con la persiana baja, y en la misma, estaba el cartel pegado indicando que el horario de atención era de diez a dieciocho horas, solo faltaba colocar la puerta del medio. Adentro, aún detrás de una de las ventanillas más cercanas a la entrada, estaba Nuria, una joven de veintiséis años, dialogando con una compañera de algunos años más. Se la escuchaba decir:

- A mí cuando me dieron la noticia me pareció bárbaro. Para mí se tendría que haber intentado hace tiempo.

- Sí, qué sé yo. Tampoco es tan simple. Una cosa es trabajar por el barrio, y otra ya es estar metido en ámbitos que no sabés con quién te podés encontrar.

- Es que ese tiene que ser el desafío de los que están ahí. Porque para poder realmente cambiar las cosas hay que meterse en esos ámbitos. Si te quedás trabajando dentro del barrio, las cosas van a seguir siempre igual.

En ese momento, ingresó un joven de la edad de Nuria, con una factura en la mano, y se detuvo a unos metros de la ventanilla. Nuria dio vuelta la cabeza hacia él como no pudiendo entender. El joven levantó la factura y dijo:

- Disculpame, ¿se puede?

- Estamos cerrados.

- Ah, no, porque estaba todavía la puerta abier...

- Estamos cerrados. Hay un cartel afuera, con letras rojas bien grandes, que dice que estamos hasta las seis.

El joven asintió mostrando una expresión de bronca y fastidio, y se retiró por donde entró. Ante esto, Nuria continuó diciéndole a su compañera:

- Además la noticia tampoco me sorprendió, porque el momento es ideal. Hace un año hay una Intendente que finalmente piensa en la gente y que mal que mal te tira algunos centros.

- No, eso seguro. Pero no siempre fue así, yo me crié pensando que la política es mafia.

- Por eso tenés que volver, para que veas que no todo es así.

- Está bien. La verdad que me terminaste convenciendo.

- ¿Vamos entonces?

- Dale, vamos.

Ambas caminaron hasta el fondo y pasaron del otro lado de las ventanillas. Nuria agarró la puerta de la persiana, y cuando las dos pasaron del lado de afuera, la colocó.

Tiempo después, se las veía a las dos en un salón, junto a varias personas más, sentadas en sillas que formaban una ronda. Se veía a todo el grupo conversar. Nuria se había puesto una ropa más cómoda y estaba sentada de forma muy relajada, incluso con los pies fuera de las sandalias. En determinado momento, una mujer de treinta y pico de años preguntó:

- Disculpen, ¿ustedes saben de qué es el evento que vienen anunciando desde la semana pasada? Me dijeron que va a haber algo importante pero no me terminaron de decir.

- Todavía no está confirmado, pero parece que a uno de nuestros militantes lo van a tomar en la Municipalidad, en representación del movimiento – Respondió otra mujer unos años mayor.

- ¡No me digas! ¿A quién?

- A Juan Diego.

- ¿En serio? – Exclamó gratamente sorprendida - ¡Qué bueno!

- Sí, finalmente.

- Es el momento indicado, con la nueva Intendenta.

- Es lo que vengo diciendo yo – Intervino Nuria.

- ¿Y él ya lo sabe?

- No. – Respondió sonriendo – Se va a enterar ahora. Además, le va a hacer re bien al barrio porque es un líder nato. Tiene la personalidad de líder. Hay un montón de gente que lo sigue y lo escucha.

- Sí, totalmente, es la persona justa.

- Pero como que no quieren decir mucho del contenido del evento porque todavía tiene que bajar la confirmación, aunque en realidad dicen que ya está.

- Qué buena noticia, realmente.

- No podía no pasar. – Intervino un hombre de treinta y pico – Era obvio que en algún momento iban a empezar a notarnos.

- Hay que decir también que ha habido en el movimiento algunas voces de desacuerdo, pero es una minoría muy chiquita – Agregó otro hombre unos años menos.

- Si, se sabía eso, pero bueno... al que no le gusta... – Agregó Nuria.

- Esas son cosas que pasan siempre – Comentó la mujer de treinta y pico.

- Yo creo que hoy por hoy – Intervino una mujer de sesenta – tenemos que dejar esa discusión de lado y aprovechar que alguien del movimiento está ahí para...

- Claro, si no le estamos haciendo el juego a la oposición – Interrumpió Nuria.

- Disculpame, estoy hablando – Le dijo firmemente la mujer.

- Sí, pero por eso decía que es cierto lo que...

- Disculpame, estoy hablando – Volvió a decir firmemente la mujer.

Nuria finalmente asintió con la cabeza.

- Tenemos que aprovechar que alguien del movimiento va a estar ahí para que las cosas que nosotros buscamos finalmente lleguen. Es una oportunidad para aprovechar. – Continuó explicando la mujer. En ese momento, Nuria levantó una pierna extendida con el pie inclinado hacia atrás como estirándola. La mujer continuó: - Podemos estar de acuerdo o no si es la persona ideal, habrá gente que lo piensa y gente que no, pero lo importante es que lo que se resuelva entre nosotros va a tener un representante allá, y si dejamos pasar eso, por diferencias sin importancia, nos vamos a perder de una oportunidad que no sabemos cuándo se va a volver a dar.

Todos se manifestaron a favor de lo que la mujer dijo. El hombre de treinta y pico agregó:

- Dijeron que la confirmación va a bajar este sábado. Yo ya hablé con Lucas para hacer la reunión ya con la confirmación en la casa de él, que hoy no pudo venir por temas de laburo.

Todos nuevamente se manifestaron a favor.

Precisamente, ese sábado a la tarde, en el amplio living de su casa, se encontraba Lucas, un joven de veintipico de años, sentado de forma muy relajada en un sillón individual, con los pies descalzos en una especie de puff enfrente de él. A un costado, se encontraba Nuria sentada en un sofá largo,

ubicado de forma perpendicular al individual, apoyada sobre el brazo del lado de Lucas. Ambos dialogaban mientras miraban la televisión ubicada enfrente del sillón individual. Lucas tenía el control e iba haciendo zapping. Nuria decía:

- O sea, vos lo ves al tipo que pasa, mira para donde estamos y pone cara de indignado. Te juro que no lo soporto.

- Nadie en el barrio lo soporta, el tipo no se saluda con nadie, no participa de ninguna reunión de vecinos. Yo tampoco me lo banco. Nadie sabe nada de él aparte, solamente que es cineasta el tipo.

- Sí, me habían comentado que estaba tratando con la Municipalidad el tema de volver a poner en uso el auditorio.

- Sí, creo que sí. Es raro ¿viste? Porque no saludás, no participás. O sea ¿quién te creés que sos?

- No, totalmente.

De esa forma pasaron unos minutos en silencio. Lucas continuó con el zapping y se detuvo en un partido de tenis. Después de ver un tiempo, dijo:

- Ese relator dijeron el otro día que viene de trabajar no sé cuántos años en Centroamérica, pensás debe tener otro acento ¿viste? ¿Qué sé yo? El acento caribeño, pero vos lo escuchás hablar, le escuchás el acento, y es un argento cualquiera.

Nuria se rió del comentario, y luego dijo:

- Sí, la verdad que sí. ¿Quién es, Federer el que juega?

- Sí.

Nuria acercó la vista a la pantalla y trató de hacer foco en un sector de la misma.

- No me digas que va a ganar de nuevo.

- Y sí, va a ganar. La vida es eso que te pasa mientras ves ganar a Federer.

Aquí Nuria dejó salir la carcajada. Después de unos segundos, su celular emitió un sonido. Ella lo sacó de su bolsillo y se puso a leerlo. Mientras lo hacía, dijo:



- Ya vienen para acá, se demoraron. Pero parece que tienen buenas noticias.

- ¿En serio? Buenísimo. Entonces ahora llamo al laburo. Nuria volvió a guardar el celular y le preguntó:

- ¿Pudiste arreglar?

- Yo le dije al tipo, si voy a estos actos al otro día soy mejor vendiendo.

- ¿Ah sí?

- Claro, estoy con la cabeza más liberada cuando entra un cliente, puedo hacer la venta pensando solamente en eso...

- ¿Y qué te dijo?

- Que estaba bien.

- Qué grande.

- Además al acto éste voy seguro. Si es para apoyar una decisión de la Intendente, voy seguro.

- Sí, yo también.

- Es una líder tremenda. O sea, tenemos que apoyarla porque está cambiando las cosas en serio. Y eso es lo que muchos no se bancan.

- Obvio, es una líder que tiene re claro cómo lidiar con todos los que quieren ponerle palos en la rueda.

- Le ponen palos en la rueda porque le tienen envidia. Pero no pueden hacer nada, ella es la Intendente de todos, no de algunos, es la Intendente de todos.

- Totalmente. Estamos en un momento que hay que aprovechar. Se siente que hay aire de cambio.

Días después, no muy lejos de aquella zona, se los veía caminar lentamente a la fiscal Laura con su asistente Daniel. Se acercaban cada vez más a aquel lugar, el que rompía con la tranquilidad del resto del barrio, ya que estaba rodeado por varios transeúntes y algunos policías. Cuando estuvieron ahí, uno de los policías se dio vuelta y los reconoció, por lo que les dijo:

- Estuve hablando con algunos vecinos, me pasaron algunos datos de lo que pasó.

- ¿El chico era de acá del barrio? – Preguntó Laura.

- Sí, todos lo conocían. Marcos Arcuri, veinticuatro años. Esa fue la forma de saber quién era porque no tiene billetera ni documento.

Laura y su asistente pasaron por un fino espacio del tumulto y vieron la escena con el cuerpo de la víctima. Estaba sentado sin vida sobre una roca, vestía una remera y un bermudas, tenía la espalda apoyada en una pared y los pies apoyados en la vereda. Varios hematomas le cubrían el rostro al igual que algo de sangre seca. Sus ojos se hallaban abiertos y su boca parecía estar diciendo la letra “i”.

- Los golpes fueron la causa de muerte – Exclamó Daniel.

- Sin duda – Respondió Laura.

Tras decir eso, volvieron a acercarse al policía, y Laura le preguntó:

- ¿Qué es lo que te pudieron llegar a decir?

- Hay versiones y versiones. Algunos hablan de que se resistió a un robo, otros dicen que tuvo una pelea con otro tipo de acá del barrio. Alguien que vive en esta cuadra.

- ¿Están por acá las personas con las que hablaste?

- Sí, vengan conmigo.

El policía se dirigió a la gente solicitada, yendo hacia el otro lado del grupo de transeúntes. Laura y Daniel lo siguieron. La primera persona encontrada fue una mujer de mediana edad. Tras la formal presentación, la mujer contó:

- Mire, yo vivo en la otra cuadra. En un momento empecé a escuchar la voz de alguien muy enojado que insultaba a otro, que le decía: “hijo de puta, la de tu hermana”, no sé cuántas cosas. Yo me asomé por la ventana a ver qué estaba pasando pero... desde mi casa no llegaba a ver nada, sin embargo, en un momento los gritos pararon y

vi que pasó corriendo alguien a toda velocidad que se metió por las calles de adentro.

- ¿Llegó a reconocer quién era?

- Y... si les digo les miento.

- Bueno, le agradecemos.

- No, lamento no poder ayudarlos más.

Tras esto, el oficial le dijo a Laura:

- Allá hay otro.

Volvió a dirigirse a la persona solicitada, seguido por la fiscal y su asistente. Éste se trataba de un hombre de treinta y pico de años. Laura volvió a repetir el procedimiento, y el hombre contó:

- Sí, yo venía a ver a un amigo mío que trabaja acá a la vuelta en el lavadero de autos. Venía por la vereda de enfrente. Más o menos a esta altura veo que un tipo joven que estaba con una chica empieza a seguir a otro, yo ni le presté atención. Hasta que escucho que se empiezan a gritar, giro la cabeza y se estaban agarrando a piñas. Yo ya estaba por la esquina, le iba a avisar a mi amigo, a ver si los conocía.

- ¿Vos nunca los habías visto? – Preguntó Daniel.

- No, es que yo no soy de acá. Y bueno... cuando volví con él, uno de los tipos ya estaba ahí sentado y el tipo que lo había seguido ya no estaba, tampoco la chica que estaba con él. Pero desde donde lo vimos parecía que estaba vivo, tenía los ojos abiertos. Fue... fue muy extraño.

- ¿La chica lo había seguido también? – Volvió a preguntar Laura.

- No, estaba sentada ahí en la otra roca, y en la pelea se paró cómo no sabiendo qué hacer.

- Te agradecemos.

- No, de nada.

Luego de esto, Laura se alejó un poco del tumulto con Daniel y el oficial, y le preguntó al segundo:

- ¿Quiénes son los que te hablaron de la teoría del robo?

El oficial empezó a buscar, y cuando encontró lo solicitado, dijo:

- Vengan.

Se trataba de una mujer de cuarenta y pico, y de Lucas. Tras el procedimiento habitual, el segundo dijo:

- Yo estoy convencido de que se resistió a un robo. Todo indica que pasó eso. Además, éste es un barrio muy tranquilo, acá nunca pasa nada. Obviamente hay algunos casos de inseguridad como en todos lados, y esta vuelta le tocó a este tipo. Pero es un barrio donde nunca hay peleas por nada, los vecinos son muy tranquilos todos. Yo, la verdad, si me preguntás, te digo que le quisieron robar, se resistió, y el chorro en un ataque de furia, reaccionó directamente golpeándolo, porque tal vez ni quería matarlo, simplemente se le fue la mano.

- ¿Usted? – Le preguntó Laura a la mujer.

- Yo coincido, no llegué a escuchar nada, pero cuando llegué y me contaron la situación, me imaginé que se había resistido a un robo, porque todo lleva a eso, le faltaban muchas cosas, le habían robado las zapatillas, no tenía el celular, no tenía la billetera ni el documento. Si el chico no era un NN, vivía acá en la otra cuadra. Era un chico bastante raro, pero...

- ¿En qué sentido raro?

- Y... no era muy sociable que digamos, nunca saludaba a nadie. – Intervino Lucas – Siempre caminaba serio, como metido en lo suyo. Nunca participaba de las charlas que había entre vecinos. Acá nos conocemos todos, y todos nos saludamos cuando nos vemos, él no, él no tenía vínculo con nadie.

- Les agradecemos a los dos – Dijo Laura.

- No, por favor – Respondieron ambos.

Los tres volvieron a alejarse del tumulto, y el oficial dijo buscando nuevamente:

- Y hay una chica más que me habló de robo...

Cuando finalmente la encontró, volvió a pedir que lo acompañaran. La testigo final se trataba de Nuria. Tras el habitual proceso, está contó:

- Sin duda fue un robo. Le robaron varias pertenencias. No llegué a escuchar nada en el momento que pasó, pero... todo lleva a eso.

- Nos dijeron que era un vecino no muy sociable.

- Sí. La verdad... yo no lo soportaba. Nunca saludaba a nadie. Por ahí pasabas todos los días delante de él y nada. O pasaba por una reunión de vecinos que acá es habitual, se reúnen y charlan, él pasaba por al lado y nada. Era así, pasaba con esa cara que... si llegaba a levantarte la mirada cuando lo cruzabas, la verdad que te daba miedito. Pero bueno, a mí lo que más me jodía, porque yo milito en un movimiento por el barrio que apoya la gestión de la Intendencia Zirelli, y a veces cortábamos una calle para hacer algún acto político, venía gente con bombos, y a él lo vi pasar una o dos veces, y miraba con desprecio, después seguía caminando y movía la cabeza como si todo eso lo indignara. O sea, como verán, no me lo bancaba ni un poquito. Aunque tengo que admitir, que hace unos años, cuando todavía no estaba Zirelli, me contaron que él fue quien había llevado la idea a la Municipalidad de reabrir el viejo auditorio, para poder darle diferentes usos. No entiendo como una idea tan buena pudo haber salido de... eso – Dijo señalando hacia donde estaba el cuerpo de Marcos.

Para cuando Laura y Daniel finalmente se fueron retirando, la primera le comentó al oficial.

- Es obvio que el asesino es del barrio. ¿Nadie más de toda esta gente vio algo?

- Nadie, les preguntas, te dicen que escucharon a dos tipos pelearse pero nada más. Hay muchos que dirán la verdad, otros directamente no deben querer entrometerse.

Con el paso de los días, el caso fue quedando atrás como un caso más de inseguridad. Sin embargo, Laura sacaba el tema cada vez que podía en las conversaciones con Daniel, las heridas en el cuerpo de Marcos habían sido producidas por golpes de puño y no había ninguna que indicara provenir de la culata de un arma de fuego. No era frecuente, en los casos que ella había trabajado, que un ladrón reaccionara así ante la resistencia de su víctima.

Pasadas dos semanas del hecho, Laura decidió poner una idea en práctica. Sin avisarle a nadie y sin dar ninguna pista de ello, volvió al barrio en cuestión, más o menos a la hora en que termina la jornada laboral, y ya no con su ropa formal de trabajo sino con una menos sobria. Allí, comenzó a acercarse a aquellos pequeños grupos de vecinos que se habían reunido a hablar, haciéndose pasar por una vecina de un barrio cercano que tenía curiosidad por saber que había pasado realmente con Marcos. En el primero de los grupos, no pareció sacar datos distintos a los conseguidos previamente. Todos afirmaban la teoría del robo. Sin embargo, en el segundo grupo, parecía haber personas con informaciones distintas. Una mujer de cincuenta años dijo:

- Hay muchas versiones del tema, se dice que se peleó muy fuerte con uno de los chicos de acá, que el otro no lo quiso matar, pero fue tan fuerte la paliza que lo terminó matando.

- A mí me llegaron a decir que el otro lo atacó porque Marcos lo habría insultado – Intervino una mujer unos años menor.

- Sí, el tema es por qué lo insultó.

- Eso es lo que no se sabe.

- Bueno a mí me llegaron a dar una versión. – Agregó un hombre de esa edad – Me la dio un tipo que aparentemente vio algo.

- Ah sí, a vos te dieron una pero es fulera esa.

- ¿Qué te dijeron? – Preguntó Laura.

- Que Marcos iba caminando y que el otro lo paró a decirle algo, como que Marcos se enojó y empezaron a discutir, Marcos se fue y el otro lo siguió para pegarle.

- Y se pasó de mambo porque lo terminó matando – Agregó la mujer de cincuenta.

- Entonces ahí lo quisieron hacer pasar como un caso de robo y le robaron todas las pertenencias – Agregó otra mujer de cuarenta años.

- Pero eso también es raro, - Contestó el hombre – porque Marcos no tenía de esas zapatillas llamativas que por lo general buscan los chorros, y ese día el que lo vio dijo que tenía mocasines. Los chorros por lo general no buscan eso.

- Además el celular que tenía no era de los más modernos, eso se lo había llegado a ver yo también, era uno básico para llamar y mandar mensajes.

Laura decidió repetir el procedimiento al día siguiente, conservándolo en secreto. En otro de los grupos a los que se acercó parecían tener también informaciones distintas. Una mujer de sesenta años dijo:

- Mucha gente piensa que no se trató de un robo sino de una pelea que terminó mal.

- ¿Fue algo que empezó con un insulto? – Intentó acelerar las cosas Laura.

- Sí, en principio sí.

- Bueno, acá en el barrio hay una versión que se hizo muy fuerte en los últimos días – Intervino una mujer de cuarenta y pico.

- ¿Cómo sería?

- Dicen que Marcos iba caminando, – Respondió un hombre de sesenta – y como iba tan serio, el chico éste como que le quiso hacer una broma. Cuando Marcos estaba por pasar, él se cruzó y habría empezado a caminar lento delante de él, dándole la espalda, como si estuviera caminando tranquilo sin darse cuenta que le estaba tapando el camino al otro. Al final el tipo se empezó a cagar de la

risa, Marcos se enojó y se iba a ir, pero cuando vio que la chica se reía también, lo volvió a mirar al tipo y lo insultó. Entonces se cree que ahí empezó el conflicto.

- Y lo que se dice es que Marcos aparentemente le habría dicho: “¡Qué negro de mierda que sos!” – Volvió a comentar la mujer de cuarenta y pico.

- Sí, parecería – Acotó otro hombre unos años menor.

- Y bueno, dicen que el tipo se sacó, lo empezó a seguir y se le tiró encima – Continuó el hombre de sesenta.

- ¿Y alguien sabe quién era el que vivía en la casa donde quedó apoyado el cuerpo de Marcos? – Preguntó ahora Laura.

- Vivía la chica ésta, Dana, una chica de veinte años más o menos, el otro era uno de los que la visitaba – Explicó la mujer de cuarenta y pico.

- A Juan Diego se lo había visto mucho visitarla – Acotó el otro hombre.

- Entre otros.

- ¿Quién es Juan Diego? – Volvió a preguntar Laura.

- Un chico que milita políticamente en el movimiento barrial, y que hace un mes más o menos fue tomado por la Municipalidad, en representación de su movimiento. Es muy amigo de esa chica, yo creo que hay algo más que una amistad, pero bueno...

Cerca de la noche, Laura se retiró del barrio bastante conforme. Al otro día, compartió la noticia con su asistente, y para continuar descifrando qué era lo que podía haber pasado, ingresó en Internet desde su notebook y se metió en la página de la Municipalidad de Tres de Febrero, allí encontró el nombre de Juan Diego García, por lo que ingresó a la red social Facebook y buscó su perfil. En cuanto a la información, decía que militaba en el movimiento barrial de la localidad de Caseros y que trabajaba en la Municipalidad del Partido. Lo último que había posteado era un video de YouTube, de una banda, hacía quince días. Ese



video fue comentado mayormente por Dana Serenni y por Nuria Cechi. Haciendo click en el link de la primera, vio que su última actividad había sido compartir aquel último posteo de Juan Diego hacía quince días. Acto seguido, hizo click en el link de la segunda. Ésta había posteado hacía tan solo una semana, una foto de primer plano de la Intendente Zirelli sonriendo, y figuraba que les había gustado a treinta y cuatro personas. Tras esto, se puso a leer los comentarios. Esto era lo que decían:

Adolfo Galarza

Se ríe porque se caga en el pueblo yéndose de vacaciones a Europa. Mientras que los lameculos que tocan el bombo la idolatran, qué manga de estúpidos.  
(a dos personas les gusta esto)

Estefanía Rivas

Hola Nuri.  
(a cuatro personas les gusta esto)

Nuria Cechi

Chau Galarza... bloqueado.

Adolfo Galarza ha sido bloqueado.

Rody infinito

Antes me caía bien, ahora me genera sensaciones negativas.  
Che, no lo discrimen a Galarza.  
(a dos personas les gusta esto)

Rody infinito

Se fue un poco al carajo pero bueh... Galarza tiene pocas pulgas.  
(a dos personas les gusta esto)

Damián Alessio

Se autobloqueó solo. Hubiera debatido en lugar de agredir.  
(a cuatro personas les gusta esto)

Nuria Cechi

Ay, Tefi, sin querer borré uno de tus comentarios, jaja.  
(a tres personas les gusta esto)

Rody infinito

Galarza no debate. Se hincha las pelotas y manda a todos a la mierda. Galarza está indignado.

Estefanía Rivas

Jajajaja dictadora, esperá que me pongo los ruleros y sigo con la agresión. (carita sonriente)  
(a tres personas les gusta esto)

Nuria Cechi

(carita sonriente)  
(a dos personas le gusta esto)

Juan Cuevas

Subir esa foto es una provocación nacida del odio.

Nuria Cechi

Chau Juan Cuevas.  
(a tres personas les gusta esto)

Juan Cuevas ha sido bloqueado.

Nuria Cechi

¿Quién sigue?  
(a tres personas les gusta esto)

Nuria Cechi

(carita sonriente)  
(a dos personas les gusta esto)

Lucas Carrasco  
Mama mía, qué nenes tenías de amigos.

Nuria Cechi  
¿Viste Lucas? Está bueno esto, voy a subir una de los  
militantes en el acto del otro día ahora.  
(a cuatro personas les gusta esto)

Nuria Cechi  
Y sigo bloqueando a forros.  
(a cinco personas les gusta esto)

Lucas Carrasco  
Provoque Nuria, provoque a la gilada.  
(a tres personas les gusta esto)

Nuria Cechi  
Feliz cumple, Intendenta.  
(a dos personas les gusta esto)

Emiliano López  
A la gilada ni cabida, ¿no Nuri?  
(a dos personas les gusta esto)

Nuria Cechi  
Claro que no, Emi. (carita sonriente)

Nuria Cechi  
Que quede claro algo. Acá se banca a muerte el proyecto de  
la Intendenta Zirelli. Estamos muy contentos con la  
incorporación de Juan Diego en la Municipalidad, y lo  
vamos a apoyar siempre. La prioridad siempre tiene que ser

el bienestar del pueblo, por sobre cualquier otra cosa. Y cada vez que las cosas se pongan en la balanza, siempre se va a terminar haciendo lo que es mejor para el pueblo.  
(a cinco personas les gusta esto)

## Final alternativo

Marcos iba caminando, algo serio y concentrado, por una de las tranquilas calles de la localidad de Caseros. En una de las cuadras por la que iba, más o menos por la mitad, había un chico y una chica, ambos de un par de años menos que él. Estaban sentados sobre una plataforma apoyada contra la pared de una casa particular, hablando y riéndose. El chico, al escuchar a lo lejos que alguien venía, giró la cabeza, y cuando vio que se trataba de Marcos, pareció reconocerlo, aunque sin hacer ningún tipo de gesto. Cuando Marcos estaba tan solo a unos metros, el chico se levantó de la plataforma y continuó su dialogo con la chica a mitad de la vereda; y cuando Marcos se disponía a pasar por ahí, el chico se puso de espaldas a él, tapándole el camino mientras caminaba muy lentamente. Marcos lo miró con algo de bronca y trató de pasar por un costado, pero un árbol grueso que había junto al cordón le impedía el paso, no le quedaba otra opción que detener la marcha y tratar de pasarlo por el otro lado, lo cual le resultó difícil porque cuando quiso hacerlo, el chico también dobló hacia ese costado bailando un ritmo de cumbia, sin evitar una sonrisa cínica. Ante esto, Marcos, aún con más bronca, caminó más rápido por ese costado para pasarlo de una vez, lo cual finalmente logró. Sin embargo, en el instante siguiente escuchó la risa de la chica que estaba sentada. Marcos enlenteció notablemente su paso, giró la cabeza, y luego de ver a la chica reírse, lo miró al

chico que seguía con la misma expresión, y en un momento impulsivo, le dijo:

- Qué negro de mierda que sos.

Luego de esto, continuó caminando. Pero tan solo algunos metros más adelante, empezó a escuchar pasos acelerados que a medida que se acercaban empezaban todavía a tomar más velocidad. Marcos volvió a darse vuelta cuando ya lo tenía al chico atrás de él con una pistola en la mano y una expresión de furia alarmante. Éste le dijo:

- Quedate ahí, la cocha de tu madre porque te mato.

- Pará, calmate – Le dijo Marcos con un fuerte temor.

Esto último hizo crecer la furia del chico que a los gritos le dijo:

- Qué calmate, la concha de tu madre, decí otra vez lo que dijiste antes.

- Pará, por favor – Le pidió Marcos ahora en un estado de pánico.

- Dame la billetera.

Marcos obedeció.

- Sacate la campera, dame todo, dame el celular.

Marcos continuó haciendo todo lo que el joven le pedía.

- Y las zapatillas.

Finalmente, Marcos le entregó las zapatillas, y el joven le dijo:

- Hijo de mil puta, repetime lo que dijiste.

- Por favor te pido.

- Ponete de rodillas.

Marcos se quedó paralizado un segundo.

- Ponete de rodillas, la concha de tu madre.

Marcos se puso de rodillas, y el joven se puso detrás de él apuntándole a la nuca.

- No, por favor – Exclamó Marcos ya con lágrimas en los ojos y sin parar de temblar.

- Pedí perdón. Pedí perdón por lo que dijiste.

- Perdón.

- Pedilo bien, la concha de tu madre.  
- Perdón, por favor perdóname – Dijo Marcos desplegando gritos desgarradores.  
- ¿Qué te pensás que sos?  
- Nada, por favor no me mates.  
- ¿Qué te pensás que sos para venir a decirme eso?  
- Nada, en serio te digo, no sé qué me pasó.  
- ¿No sabés qué te pasó? ¿Qué me estás jodiendo?  
- No, no te estoy jodiendo.  
- Sí, me estás jodiendo.  
- No, no te estoy jodiendo, por favor no me mates.  
- ¿Te pensás que podés venir y decirme negro de mierda?  
¿Qué te pensás que sos?

- Nadie, no soy nadie, soy un pobre boludo, por favor te lo pido. Soy un boludo, soy un boludo. Soy un boludo – Repitió Marcos con un grado de lamentación desconsolada.

Se produjo un silencio de unos segundos. Marcos giró apenas la cabeza, pero enseguida el joven continuó sus gritos:

- No me mirés, la re concha de tu madre. ¿Qué te pensás que sos? No me mires.  
- No te miro, por favor.  
- ¿Qué te pensás que sos?  
- No sé qué me pasó. Te juro que no sé. Perdoname, te suplico que me perdones.  
- ¿Estás arrepentido?  
- Sí, estoy arrepentido, te juro que estoy arrepentido, por favor perdoname. Perdoname por favor.  
- ¿Estás arrepentido?  
- Sí, te juro que sí.  
- Muy bien – Dijo el joven con una sorpresiva calma.

Luego de esto, bajó apenas el arma, le volvió a apuntar a la nuca y le disparó. Marcos cayó sin vida quedando apoyado en la pared, con la cabeza de costado y los ojos abiertos. El joven volvió a mirar para todos lados, se guardó el arma y

salió corriendo hacia donde estaba la chica, con quien terminó desapareciendo del lugar.

Poco menos de una hora después, se los veía caminar lentamente por allí a la fiscal Laura con su asistente Daniel. Se acercaban cada vez más a aquel lugar, el que rompía con la tranquilidad del resto del barrio, ya que estaba rodeado por varios transeúntes y algunos policías. Entre los primeros, se los podía ver a Lucas y a Nuria dialogando con un hombre y una mujer de unos años más; y entre los segundos, uno se dio vuelta reconociendo a los recién llegados, por lo que les dijo:

- Estuve hablando con algunos vecinos, me pasaron algunos datos de lo que pasó.

- ¿El chico era de acá del barrio? – Preguntó Laura.

- Sí, todos lo conocían. Marcos Arcuri, veinticuatro años. Esa fue la forma de saber quién era porque no tiene billetera ni documento.

Laura y su asistente pasaron por un fino espacio del tumulto y vieron la escena con el cuerpo de la víctima, tal cual la había dejado el joven. Tras esto, volvieron a acercarse al policía, y Laura le preguntó:

- ¿Qué es lo que te pudieron llegar a decir?

- Hay versiones y versiones. Algunos hablan de que se resistió a un robo, otros dicen que tuvo una pelea con otro tipo de acá del barrio. Alguien que vive en esta cuadra.

- ¿Están por acá las personas con las que hablaste?

- Sí, vengan conmigo.

El policía se dirigió a la gente solicitada, yendo hacia el otro lado del grupo de transeúntes. Laura y Daniel lo siguieron. La primera persona encontrada fue una mujer de mediana edad. Tras la formal presentación, la mujer contó:

- Mire, yo vivo en la otra cuadra. En un momento empecé a escuchar la voz de alguien muy enojado que insultaba a otro, que le decía: “hijo de puta, la de tu hermana”, no sé cuántas cosas. Yo me asomé por la ventana

a ver qué estaba pasando pero... desde mi casa no llegaba a ver nada, era un insulto tras otro. Sin embargo, en un momento los gritos pararon, se escuchó el disparo y vi que pasó corriendo alguien a toda velocidad que se metió por las calles de adentro.

- ¿Llegó a reconocer quién era?
- Y... si les digo les miento.
- Bueno, le agradecemos.
- No, lamento no poder ayudarlos más.

Tras esto, el oficial le dijo a Laura:

- Allá hay otro.

Volvió a dirigirse a la persona solicitada, seguido por la fiscal y su asistente. Éste se trataba de un hombre de treinta y pico de años. Laura volvió a repetir el procedimiento, y el hombre contó:

- Sí, yo venía a ver a un amigo mío que trabaja acá a la vuelta en el lavadero de autos. Venía por la vereda de enfrente. Más o menos a esta altura veo que un tipo joven que estaba con una chica empieza a seguir a otro, yo ni le presté atención. Hasta que escucho que se empiezan a gritar, giro la cabeza y como que estaban discutiendo mal. Yo ya estaba por la esquina, le iba a avisar a mi amigo, a ver si los conocía.

- ¿Vos nunca los habías visto? – Preguntó Daniel.

- No, es que yo no soy de acá. Y bueno... cuando volví con él, ya había terminado todo.

- ¿La chica lo había seguido también? – Volvió a preguntar Laura.

- No, estaba sentada ahí en la otra roca, y en la pelea se paró cómo no sabiendo qué hacer.

- Te agradecemos.
- No, de nada.

Luego de esto, Laura se alejó un poco del tumulto con Daniel y el oficial, y le preguntó al segundo:

- ¿Quiénes son los que te hablaron de la teoría del robo?



El oficial empezó a buscar, y cuando encontró lo solicitado, dijo:

- Vengan.

Se trataba de una mujer de cuarenta y pico, y de Lucas. Tras el procedimiento habitual, el segundo dijo:

- Yo estoy convencido de que se resistió a un robo. Todo indica que pasó eso. Además, éste es un barrio muy tranquilo, acá nunca pasa nada. Obviamente hay algunos casos de inseguridad como en todos lados, y esta vuelta le tocó a este tipo. Pero es un barrio donde nunca hay peleas por nada, los vecinos son muy tranquilos todos. Yo, la verdad, si me preguntás, te digo que le quisieron robar, se resistió, y lo mataron.

- ¿Usted? – Le preguntó Laura a la mujer.

- Yo coincido, no llegué a escuchar nada, pero cuando llegué y me contaron la situación, me imaginé que se había resistido a un robo, porque todo lleva a eso, le faltaban muchas cosas, le habían robado las zapatillas, no tenía el celular, no tenía la billetera ni el documento. Si el chico no era un NN, vivía acá en la otra cuadra. Era un chico bastante raro, pero...

- ¿En qué sentido raro?

- Y... no era muy sociable que digamos, nunca saludaba a nadie. – Intervino Lucas – Siempre caminaba serio, como metido en lo suyo. Nunca participaba de las charlas que había entre vecinos. Acá nos conocemos todos, y todos nos saludamos cuando nos vemos, él no, él no tenía vínculo con nadie.

- Les agradecemos a los dos – Dijo Laura.

- No, por favor – Respondieron ambos.

Los tres volvieron a alejarse del tumulto, y el oficial dijo buscando nuevamente:

- Y hay una chica más que me habló de robo...

Cuando finalmente la encontró, volvió a pedir que lo acompañaran. La testigo final se trataba de Nuria. Tras el habitual proceso, está contó:

- Sin duda fue un robo. Le robaron varias pertenencias. No llegué a escuchar nada en el momento que pasó, pero... todo lleva a eso.

- Nos dijeron que era un vecino no muy sociable.

- Sí. La verdad... yo no lo soportaba. Nunca saludaba a nadie. Por ahí pasabas todos los días delante de él y nada. O pasaba por una reunión de vecinos que acá es habitual, se reúnen y charlan, él pasaba por al lado y nada. Era así, pasaba con esa cara que... si llegaba a levantarte la mirada cuando lo cruzabas, la verdad que te daba miedito. Pero bueno, a mí lo que más me jodía, porque yo milito en un movimiento por el barrio que apoya la gestión de la Intendencia Zirelli, y a veces cortábamos una calle para hacer algún acto político, venía gente con bombos, y a él lo vi pasar una o dos veces, y miraba con desprecio, después seguía caminando y movía la cabeza como si todo eso lo indignara. O sea, como verán, no me lo bancaba ni un poquito. Aunque tengo que admitir, que hace unos años, cuando todavía no estaba Zirelli, me contaron que él fue quien había llevado la idea a la Municipalidad de reabrir el viejo auditorio, para poder darle diferentes usos. No entiendo como una idea tan buena pudo haber salido de... eso – Dijo señalando hacia donde estaba el cuerpo de Marcos.

Para cuando Laura y Daniel finalmente se fueron retirando, la primera le comentó al oficial.

- Es obvio que el asesino es del barrio. ¿Nadie más de toda esta gente vio algo?

- Nadie, les preguntas, te dicen que escucharon a dos tipos pelearse pero nada más. Hay muchos que dirán la verdad, otros directamente no deben querer entrometerse.

Estando ya distanciados del tumulto, se les acercaron un hombre y una mujer, precisamente el hombre y la mujer que dialogaban con Nuria y con Lucas cuando ellos llegaron al lugar. El primero les dijo:

- Hola, disculpen. Nos dijeron que usted es la fiscal.

- Sí.

- Qué tal, nosotros somos de la Municipalidad. Estuvimos hablando con algunos vecinos y nos pudieron orientar. Queríamos decirles que sabemos de quien se pudo haber tratado esto. Hay un par de personas que están tratando de ser identificadas, que tienen antecedentes y viven en la villa que está acá a cuatro cuadras. Creemos que se trató de una de esas personas. Los vecinos con los que hablamos dijeron que hay testigos que lo vieron entrar a la villa. Ya estamos arreglando con la policía municipal para confirmarlo. Ustedes no tienen de qué preocuparse.

Laura asintió, dándoles a entender que ya no se preocuparía por el caso. Sin embargo, cuando llegó a la fiscalía, buscó en su notebook la página web de la Municipalidad de Tres de Febrero. Allí vio entre los anuncios más recientes, la incorporación de uno de los militantes del movimiento barrial de Caseros, una agrupación política que apoyaba la gestión de la actual Intendente, y que entre sus miembros estaba una de las testigos con las que habían hablado. Acto seguido, entró en el Facebook de ese miembro. Lo último que Nuria había postado era un video con un fragmento del último discurso de la Intendente Zirelli, donde hablaba del oportunismo político de la oposición ante hechos de desgracia. Esto era lo que decían los comentarios:

Estefanía Rivas

Muy buen video.

(a cuatro personas les gusta esto)

Emiliano López

Muy bueno, lo recuerdo perfecto. Les sacó la careta a varios.  
(a cinco personas les gusta esto)

Nuria Cechi

Totalmente, Emi. Fue inolvidable.  
(a cuatro personas les gusta esto)

Rody infinito

Alto video.  
(a tres personas les gusta esto)

Malena González

Este proyecto se banca a muerte.  
(a cinco personas les gusta esto)

Hugo Dalmarini

Pero yo hay algo que no entiendo. ¿Cuántas veces este gobierno usó las desgracias de los municipios manejados por la oposición para sacar rédito político? ¿Ya se olvidaron? No puedo entender la hipocresía de los que critican algo y después cuando la situación es al revés hacen exactamente lo mismo. Este gobierno fue el que empezó con este tipo de maniobras. Ellos son los que impusieron las reglas del juego y cuando esas reglas se les vienen en contra, se quejan.

Lucrecia Lemedi

Buenísimo el videooooooooo.  
(a tres personas les gusta esto)

Lucas Carrasco

¡Qué grande la Intendental! Definitivamente lo mejor que nos pudo pasar. Es la única que puede luchar contra todos los buitres que quieren hacer mierda el país a costa del pueblo.

(a cuatro personas les gusta esto)

Nuria Cechi

Que quede claro algo. Acá se banca a muerte el proyecto de la Intendenta Zirelli. Estamos muy contentos con la incorporación de Juan Diego en la Municipalidad, y lo vamos a apoyar siempre. Es una cuestión de estrategia. Por supuesto que faltan muchísimas cosas por hacerse, y ya habrá tiempo de hacerlas, pero en éste momento es donde se ve realmente quien banca el proyecto y quien le hace el juego a la oposición.

(a seis personas les gusta esto)

## Extra:

### Adaptación a narrativa de “Arquitectura” Una pequeña introducción a “La campaña Lombardini”

**N**os ubicamos en el comedor de una casa particular. Se podía ver una escena en donde dos jóvenes, una mujer y un varón, mantenían una tranquila charla. Ella, de nombre Viviana, iba caminando lentamente por la sala; y él, de nombre Rodrigo, estaba sentado relajadamente en el sillón. Viviana tenía veinte años, era medianamente alta y esbelta, de cabello castaño oscuro ondulado, apenas pasando sus hombros, y ojos marrones. Rodrigo tenía un año más, era medianamente alto y de contextura normal, de cabello castaño claro más o menos largo, no muy peinado, y ojos marrones. Ambos eran personas que dejaban ver una gran confianza en sí mismos. Vestían informalmente, Viviana estaba con remera, jean y zapatillas, y Rodrigo con remera y bermudas. Podía vérselos, además, bastante bronceados como si hubieran regresado hacía poco de vacaciones. En determinado momento de la charla, ella dijo:

- Creo que fue ése el boliche que cerraron el año pasado.

- Seguro que sí, no estaba bueno, no sé por qué a vos te gustaba tanto.

- Fue donde empecé a ir con mis amigas, nos encantaba.

¿Vos no tenías un boliche que te gustara?

- Ya te dije, creo que nunca debo haber ido al mismo lugar dos fines de semana corridos.

- No sé qué pensar de eso.

- Bueno ¿y a dónde te gustaría ir?

- A mí me gustaría ir a Olivos.

- ¿A Olivos? – Preguntó Rodrigo sin mucho entusiasmo.

- Sí, ¿qué tiene?

- Siempre querés ir a esos boliches que son un embole.

- Ah bueno... está bien, elegí vos.

- Hace un montón que quiero conocer el que pusieron hace unos meses, Colet, y no vamos nunca.

- Ya me hablaron mis amigas de ése y dicen que no está bueno. Que pasan música horrible.

- No importa, hace un montón que quiero ir. Lo quiero conocer.

- Estás empecinado con ese boliche y ahora no te lo podés sacar de la cabeza.

- No, cuando vayamos ya me voy a quedar tranquilo.

Viviana respiró profundo e intentó confirmar desanimada:

- No hay forma de hacerte cambiar de opinión.

- No, soy terco.

- ¿Y por qué tenés que ser tan terco?

Rodrigo se levantó y caminó lentamente hacia ella, con aire creído, y al estar enfrente, le dijo:

- Porque sí.

Viviana no lo miraba con mucho agrado, pero él la tomó de la cintura y comenzó a besarla. Finalmente ella respondió al beso.

Esa misma noche, dentro de un boliche amplio y bastante habitado, se la podía ver a Viviana hablando con Camila, otra joven de aproximadamente su misma edad. En un momento, la primera comentó:

- La verdad que nunca me interesó venir a este boliche. Vine porque Rodrigo estaba obsesionado. Hace no sé cuánto que quería venir.

- A mí, te soy sincera, mucho tampoco. Yo ya lo conocía y no me había parecido gran cosa. En realidad, no tenía muchas ganas de salir hoy, vine a acompañar a Andrés, un amigo que hoy tuvo un día complicado.

- ¿Qué le pasó?

- Y... se están decidiendo muchas cosas en la organización con las tesis nuevas... y él está peleando por eso. Necesita más gente que lo ayude.

- ¿En serio?

- Sí, es un tema.

Mientras tanto, en otro sector del boliche, se lo podía ver a Rodrigo hablando con quien parecía ser un amigo de él. Cada uno sostenía un vaso lleno de alguna bebida alcohólica. Por ese sector, había un joven de la edad de ambos que iba caminando solo y que parecía, por sus movimientos, estar con algunas copas de más. Estando a un metro de los dos, trastabilló y empujó de atrás al otro joven, haciendo que éste volcara el contenido de su vaso en el jean de Rodrigo, justo debajo la cintura. El joven les pidió disculpas y enseguida se hizo a un costado. Rodrigo, enojado y tratando de pensar rápido, miró para distintos lados a ver si veía a Viviana, y al no verla, le dijo a su amigo que iría al baño a limpiarse. Salió rápidamente hacia allí y su amigo se retiró para otro lado. Por su parte, Viviana y Camila iban caminando justo en dirección al lugar donde había ocurrido esto, ya que allí se había quedado Rodrigo al encontrar a su amigo. Sin embargo, cuando llegaron al lugar, estaba solo el joven que había producido el accidente. Camila lo reconoció. Era un joven medianamente alto, de contextura normal, cabello castaño oscuro, corto, y ojos café. Enseguida Camila le dijo:

- Andrés, ella es Viviana, una amiga.



Andrés, que ahora se veía como una persona completamente sobria, saludó con un beso a Viviana y le dijo:

- ¿Querés que te traiga algo?

- No, no, está bien.

- Le estaba contando que hoy tuviste un día complicado y necesitabas esta distracción – Le comentó Camila.

- La verdad que sí.

A partir de ese momento comenzaron una charla los tres bastante extensa. Pasado un rato, Camila les mostró su vaso vacío y se retiró dejándolos solos, donde la charla continuó otro rato ya con una soltura mutua y varias risas de por medio.

La situación siguiente se iba a dar algunos días después en otro amplio departamento, tanto en el comedor como en la cocina, de casi el mismo tamaño y separados por una arcada. En la última se la podía ver a Viviana cocinando sobre la mesada y a Rodrigo caminando mientras hablaba por el teléfono inalámbrico. Ambos estaban con remeras de verano, pantalones cortos y descalzos. A Rodrigo se lo escuchaba decir:

- No importa lo que te haya dicho ese tipo, es obvio que te va a decir eso. Cada uno vende su mercadería... No, por eso, no podés tener en cuenta lo que te diga él porque está tratando de venderte algo... Y sí,... y es lo que te estoy diciendo.

En ese momento, Viviana metió algunas de las fuentes con comida dentro de la heladera y continuó preparando el resto, mientras Rodrigo continuaba diciendo:

- Por eso te digo, no cambies de un día para el otro los planes por lo que te dice ese tipo. En ese lugar que te digo nos deben mercadería todavía,... y no, pero que no se hagan los boludos.

Mientras decía esto último, iba ingresando de a poco en el comedor.

- No es la primera vez que hacen este tipo de cosas, seguimos trabajando con ellos porque dentro de todo en el rubro son los que mejor mercadería tienen.

Para entonces, sonó el timbre. Viviana dejó lo que hacía y abrió la puerta. Se trataba de Andrés que sostenía unas botellas. Viviana se mostró contenta de verlo. Se saludaron con un beso y él le dijo que venía a traer las bebidas. Viviana lo hizo pasar y cerró la puerta, se dirigieron a la cocina. En el camino, Andrés saludó con un gesto a Rodrigo y viceversa. En la cocina, Andrés colocó las botellas en la heladera y Viviana continuó preparando las fuentes. Andrés le preguntó:

- ¿Vos? ¿Cómo va?

- Bien, terminando de preparar esto.

De fondo se escuchaba la voz de Rodrigo desde el comedor diciendo:

- Lamentablemente sí, son los que mejor mercadería tienen, nosotros quisimos cambiar varias veces y terminamos volviendo con ellos, porque a fin de cuentas... Y sí.

Andrés se puso a un costado de Viviana y le dijo con mímica:

- Tenía ganas de verte.

Viviana sonrió, y Andrés le preguntó:

- ¿Vos?

Viviana respondió con mímica:

- Ya te dije que no podemos.

- Sí que podemos, no puedo aceptar un no.

Andrés le puso su mano en la cintura. Viviana giró la cabeza mirando disimuladamente hacia el comedor, viendo que Rodrigo estaba de espaldas a ellos, y le dijo a Andrés:

- No, acá no.

- Sí, tiene que ser acá.

- Te pido por favor.

Andrés vio que Rodrigo se dio vuelta, por lo que sacó la mano de la cintura de Viviana. Rodrigo fue caminando de a poco hacia la cocina e ingresó, agarró un vaso de agua sobre la mesada. Andrés le hizo un gesto de saludo a lo que Rodrigo respondió de la misma manera. Tras esto, volvió a ir de a poco hacia el comedor, mientras decía:

- Bueno, lo que estás diciendo fue lo mismo que le dije yo a este tipo. Que sigamos trabajando con ellos no quiere decir que hay que dejarlos solos, hay que insistirles porque si no se duermen.

Andrés volvió a poner su mano en la cintura de Viviana, que le dijo:

- No, basta, basta.
- No voy a aguantar hasta la noche sin un beso.
- No, en serio Andrés, acá no, basta.
- Un beso... solamente.

Viviana volvió a girar la cabeza mirando disimuladamente al comedor, viendo que Rodrigo estaba de espaldas, y le dio un beso corto en la boca a Andrés. Mientras Rodrigo decía:

- Por eso hasta ahora viene más o menos tranquila la cosa, porque a veces le estamos encima. Y bueno, justamente hay que estarles encima a ellos, no escuchando lo que te dice este otro tipo. Listo... quedamos así.

Andrés le preguntó a Viviana:

- ¿A la noche nos vamos a ver?
- Sí – Respondió ella sonriendo.
- ¿Sí? ¿En serio?

- Sí, en serio – Respondió ahora ya sin poder evitar reírse.

- Mirá que a la noche voy a insistirte mucho más. No vas a poder esconderte en ningún lado.

Viviana continuó riéndose en silencio hasta que escuchó el ruido del inalámbrico, poniéndose seria miró hacia el comedor y vio que Rodrigo había terminado de hablar e iba

hacia la cocina. Viviana puso una fuente más dentro de la heladera. Rodrigo, al entrar, le preguntó a Andrés:

- ¿Cómo va? ¿Todo tranquilo?

- Todo tranquilo, pasé a dejar las bebidas.

- Ah buenísimo, ¿nos vemos esta noche entonces?

- Nos vemos esta noche, sí. Me voy a ir yendo así termino algunas cosas que me quedaron. Chau Vivi, nos vemos.

- Chau, nos vemos.

Rodrigo lo acompañó a la puerta y le abrió. Luego de eso, volvió a la cocina donde Viviana le preguntó:

- ¿El negocio? ¿Todo bien?

- Cada vez más complicado, hay que estar buscando ideas a cada rato.

- Y sí.

- Voy a terminar algunas cosas antes de la noche.

Tras decir esto, se retiró al comedor.

Algunas horas después, aproximadamente a las nueve de la noche, en el mismo lugar, se lo podía ver en el comedor a Rodrigo y a Andrés, junto a Rubén y a Natalia, otros amigos de su edad. La puerta de entrada se encontraba abierta. En la cocina, estaba Viviana con Camila, dejando listas algunas fuentes. Cuando terminaron, cada una llevó una fuente al comedor y se quedaron charlando con el resto. Allí algunos estaban sentados, otros parados, estaban con ropa informal de verano y descalzos, a excepción de Rubén y Camila. Esta última comentó:

- Falta muy poco para el cumpleaños de Julieta.

- Sí, vos sabés que yo me acostumbré a la idea de que era otra fecha. – Respondió Natalia – Nosotras nos conocimos en un curso que hicimos, y nos habíamos pasado la lista de cumpleaños entre todos.

- No me digas que le pifiaron... - Adelantó Rodrigo.

- Tal cual, había algunos mal anotados, el de Julieta era uno.

- No, no te lo puedo creer – Exclamó Rubén.

- Sí, encima cuando se dieron cuenta había pasado bastante tiempo.

- ¿Quién la hizo esa lista?

Todos se rieron del comentario. En ese momento, Viviana y Andrés cruzaron miradas cómplices. Camila, disimuladamente los vio y sonrió. Rodrigo vio disimuladamente a Camila y, por tal, les prestó más atención a Viviana y a Andrés pudiendo ver lo mismo. Ante esto, se quedó sin hacer nada pero claramente su rostro tomó una expresión de furia reprimida. La sutil situación ya no le escapaba a nadie de los presentes. Mientras tanto, Natalia continuaba diciendo:

- No sé, nunca saltaron los responsables.

- ¿Qué es, en quince días, no? El verdadero cumpleaños – Preguntó Rubén.

Camila y Natalia le respondieron riéndose que sí. Viviana volvió a la cocina y Andrés agregó:

- No hay que decir nada entonces, ya debe estar por llegar Julieta.

- Sí, viene demorada – Respondió Camila.

- No le va a quedar bebida como siga así la cosa.

Andrés tomó la botella y vertió el poco contenido que quedaba, en su vaso. Luego dijo:

- Esperá que voy a buscar otra.

Fue hacia la cocina. Viviana sonrió al verlo entrar. Andrés tomó otra botella de cerveza de la heladera y se le acercó diciendo:

- Mirá que te había dicho que a la noche iba a insistirte más.

- No, en serio, basta – Le dijo ella sin poder evitar reírse.

- No tardes mucho en volver.

Tras decir esto le dio un beso rápido en la boca. En el comedor, Rodrigo se paró y comenzó a caminar a la cocina viendo a Andrés salir con la botella en la mano. Se cruzaron

sin decirse nada. Rodrigo entró en la cocina preguntándole a Viviana:

- ¿Y? ¿Todo bien?

- Todo bien, sí, me faltaba llevar esto.

Viviana tomó la fuente y comenzó a salir, pero Rodrigo se puso frente a ella tapándole el camino, acto seguido le puso las manos en la cintura e intentó darle un beso. Viviana movió la cabeza diciéndole:

- Ahora no, Rodrigo. Tengo que llevar esto. Estoy en otra.

Rodrigo se hizo a un costado y Viviana terminó de salir. Él se quedó mirando la pared con las manos en los costados de su cintura y la misma expresión de furia reprimida de antes. Unos segundos después, ingresó Natalia a la cocina intentando abrir un cajón de la mesada, mirando a Rodrigo desde atrás disimuladamente. Cuando lo abrió, Rodrigo escuchó el ruido y se dio vuelta.

- Faltaban un par de cubiertos – Le dijo Natalia.

- Ah.

- ¿Te llevo para vos?

- No, no, yo todavía no voy a comer.

- OK.

Natalia agarró un par de cubiertos, cerró el cajón y volvió a retirarse. Rodrigo se quedó unos segundos más como estaba, hasta que abrió la heladera, vio su interior y acto seguido entró enojado al comedor diciendo:

- ¿Qué pasó que no tocaron las bebidas que traje yo?

Todos se sorprendieron y el lugar quedó en silencio. Viviana lo rompió diciendo:

- No, preferimos tomar éstas ahora y dejar esas para otro momento.

- ¿Por qué? Yo las compré para esta noche. ¿Por qué no me dijeron que no las iban a tomar? No las hubiera comprado.

- Bueno, qué sé yo, no sabíamos.

- ¿No sabían? Listo, no hay problema. – Continuó enojado – Yo fui y compré varias cosas para hoy, nadie las tocó. Tomen las otras bebidas tranquilos, yo me voy.

Rodrigo fue hasta la otra sala, agarró sus zapatillas, se las puso y salió. Las miradas del grupo se encontraron disimuladamente y con expresión de sorpresa. Mientras cruzaba la puerta de entrada, justo ingresaba Julieta, otra chica de la edad de todos, con un pote de helado en la mano. Rodrigo salió enojado sin decir nada. Julieta sorprendida lo miró, giró la cabeza sin entender lo que pasaba y luego volvió a mirar al grupo que le hizo un gesto de que no pasaba nada. Julieta exclamó:

- Ah bueno... Traje el helado, chicos.

Viviana se levantó y lo llevó al freezer.

La situación siguiente ocurrió quince días después en una especie de salón de fiestas con varias mesas. La gente vestía de manera casual y había colgado un cartel con la inscripción:

## FELIZ CUMPLE JULIETA

En una de las mesas estaban sentadas Viviana y Camila junto a otras personas. En una más alejada, estaba sentado Rodrigo junto a otras personas. Algunas mesas estaban casi vacías y había gente que estaba parada en grupos dialogando, también había alguna que se iba retirando. En un momento, Viviana se levantó de su mesa junto a más gente con la que se quedó hablando unos minutos. Posteriormente, esa gente se retiró, Viviana se puso la campera, y en ese momento Rodrigo se le acercó diciéndole:

- Hola.

- Hola.

- No me atendiste al final el otro día.

- No estuve en mi casa al final, después te iba a llamar pero estaba muy cansada.

- ¿Y cómo estás? ¿Todo bien?

- Sí, todo bien, ¿vos?

- Bien, todo bien por suerte.

Se produjo un silencio de unos segundos que Rodrigo rompió diciendo:

- Yo quería hablar con vos el otro día para saber cómo estabas.

- Ah...

- ¿Te puedo llamar otros días?

- ¿Para qué me vas a llamar?

- Para hablar con vos...

- Pero... Rodrigo, ya está, nosotros ya terminamos... no hay vuelta atrás.

- No, ya sé, eso ya lo sé, pero no quisiera ahora de golpe perder el contacto con vos.

- ¿Y pero para qué vas a pasar por eso?

- Y a mí me hace bien seguir hablando con vos. Aunque sea cada tanto ¿no puedo llamarte?

- Yo no te voy a cortar si me llamás, pero no entiendo el por qué...

- Porque me encantaría que aunque sea, sigamos siendo amigos.

- No Rodrigo...

- A mí me haría muy bien, yo ya sé que terminamos y lo acepto, pero por favor Vivi, no me prives de tu amistad.

Al decir esto último, puso su mano en el hombro de ella. Viviana la agarró y la sacó sutilmente, diciendo:

- Bueno. Está bien.

- Lo que te quería decir también el otro día es que cualquier cosa que necesites, podés contar conmigo.

- Bueno, OK.

- Yo voy a estar siempre.

Desde la mesa donde estaba, Camila charlaba con las personas que quedaban, y cuando terminó pudo ver la situación en la que se hallaba Viviana y la expresión de su



rostro. Por lo que se levantó y se acercó a ambos, diciéndole a ella:

- Bueno Vivi ¿vamos yendo?

- OK, vamos. – Respondió ella, luego le dijo a Rodrigo: - Bueno, me tengo que ir... Chau.

- Chau.

Las dos salieron del salón y se dirigieron a la recepción donde había varias personas, entre ellas Julieta. En la pared opuesta a la entrada, había colgado otro cartel con la inscripción:

## LA ORGANIZACIÓN YA TIENE SUS NUEVAS TESIS FUNCIONANDO

Julieta la miró a Viviana y le señaló la puerta ubicada junto al cartel, diciéndole:

- Te está esperando en el otro salón.

Viviana miró a Camila y ambas se sonrieron, luego la primera se dirigió a aquella puerta. Cuando la abrió, Andrés estaba en el medio del mismo viendo hacia la entrada. Ella entró y cerró la puerta, comenzaron a caminar hacia el otro y se abrazaron, se dieron el beso más largo de su vida y se quedaron mirando perdidos en el otro juntando frente con frente.

## Adaptación a narrativa de “Arquitectura II” Un pequeño epílogo a “La campaña Lombardini”

La situación transcurría en el salón principal de un pequeño pero imponente edificio. Allí había cinco jóvenes, de aproximadamente veinte años, dialogando sentados en derredor de una mesa. Dos de ellos eran Andrés y Norberto, que estaban ubicados frente a frente. El primero era el que le hablaba al resto diciéndoles:

- Los encuentros que se hagan estos días en la logia van a tener mucha importancia, va a influir en la continuidad, y todos tenemos que aportar nuestra ayuda en lo que podamos. Es un momento donde los compañeros tienen que estar unidos, y no hay que cortarse solo.

Esto último lo dijo mirando a Norberto, que le contestó:

- Y ya lo sabía eso, por eso presenté los afiches estos, no termino de entender por qué esta gente se hace la boluda y no me contesta los llamados.

- Porque no te quieren decir que no.

- O sea que vos decís que no les interesan los afiches.

- Obvio que no, boludo, son cualquier cosa.

El joven ubicado junto a Andrés no pudo evitar reírse. Norberto, sin disimular su asombro, quiso continuar la charla.

- ¿Me estás hablando en serio?

- Son cualquier cosa, ninguna logia puede tomar en serio eso. Disculpame que te lo diga así, pero alguien te lo tiene que decir.

- Ah, y vos la tenés re clara.

- Más clara que vos no tengas duda, boludo.

Los tres jóvenes restantes de la mesa se rieron cómplices de Andrés. Norberto, ya alterado, insistía en continuar la charla:

- ¿Y los trabajos que hacés vos? ¿Vos los viste bien?

- No sé, a mí me responden siempre.

- Si te responden es porque no tienen identificador de llamadas. Es la única forma de que te respondan.

Otro de los jóvenes realizó un gesto de descalificación al comentario. Andrés contraatacó:

- No te tenés que enojar, capo, te estoy tratando de ayudar. Hacé cosas como la gente y te van a contestar las llamadas.

- Obvio – Intervino uno de los jóvenes.

- No, pero no te estoy pidiendo consejos, chabón – Aclaró Norberto.

- Bueno, yo te los doy porque después el que llora porque no le dan bola sos vos – Explicó Andrés.

- No, yo no lloro, yo simplemente te dije que me parecía raro lo que hacen.

- Y bueno, él te está explicando por qué – Intervino otro de los jóvenes.

- No lo dije para que me explicara por qué. – Le explicó Norberto – No tiene que ver con los trabajos que cada uno hace. Si al que maneja no le gusta mi cara, no los va a tener en cuenta.

- Y vos también con la cara que tenés, ¿qué querés? – Comentó Andrés.

Los tres jóvenes dejaron salir la carcajada, Norberto contestó enseguida:

- Ah, porque vos sos Brad Pitt, por lo menos yo no traigo todo el tiempo remeras con boludeces estampadas.

- No, pero con la ropa que traés vos, menos bola te van a dar – Intervino el joven anterior.

- ¿Vos qué mierda te metés? – Le contestó furioso Norberto.

- Me meto todo lo que quiero.

- Si la ropa tuviera algo que ver, con la remera que traje el otro día, lo hubieran echado de acá para toda la vida.

Los tres jóvenes realizaron un gesto de descalificación y de desentendimiento. Andrés intentó finalizar la charla diciendo:

- No te preocupes, capo, igual no te rindas. Dale para adelante, quien te dice algún día te llaman para que traigas el café.

Los tres jóvenes volvieron a sacar la carcajada. Norberto se levantó diciendo:

- Listo, capo. Lo voy a tener en cuenta.

- Dale.

Tras esto, Norberto se retiró.

La situación nos traslada a algunos días después a uno de los departamentos de un PH, ubicado en un barrio tranquilo y con poca gente. Se trataba de una tarde calurosa y bastante despejada. En el comedor del departamento estaban sentados en distintos sillones Andrés, Viviana, Camila y Hugo, otro joven de más o menos la misma edad. Se los veía a los cuatro dialogar. En un determinado momento de la charla, Viviana dijo:

- Es increíble, terminó habiendo más gente de la que creíamos haciendo la reforma.

- Para mí siempre fueron más de los que se pensaban, si no nunca hubieran generado lo que generaron – Agregó Hugo.

- Sí, bueno, igual no les sirvió de mucho, lo importante es que en Mar del Plata se dé lo que te comentaron – Le dijo Camila a Andrés, que le contestó:

- Sí, se va a dar. No tengas dudas. No sé cómo pero los voy a terminar de convencer de que soy la persona que buscan.

- ¿Qué te dijeron del encuentro la última vez que hablaste?

- Que ya estaba todo listo, que tenían que organizarse para poner la fecha y que me comunicara mañana. Pero ¿sabés qué?, voy a intentar llamarlos ahora a ver si los encuentro.

Andrés sacó su celular del bolsillo, se levantó y salió del comedor. Tras esto, Camila la miró a Viviana y le preguntó:

- ¿Vos qué decís? ¿Se va a dar?

- Obvio, hace tiempo que lo están queriendo llamar.

- Además le va a hacer re bien a la logia porque es un líder nato. Tiene la personalidad de líder. Hay un montón de gente que lo sigue y lo escucha.

- Totalmente. Y siempre caen bien parados, si los otros están en duda, siempre termina pasando algo que los hace terminar de decidir.

En ese momento, Hugo se levantó del sillón y salió caminando tranquilamente del comedor pero por la otra puerta. Camila continuó diciendo:

- Y además, con lo que se viene de vivir con la reforma, ya sería muy raro que no se diera.

Viviana hizo un gesto de complicidad y ambas se quedaron esperando sin disimular la ansiedad. A los pocos segundos, ingresó nuevamente Andrés diciendo:

- Bueno, prepárense porque este fin de semana nos vamos a Mar del Plata.

- ¡Qué bueno! – Exclamó contenta Camila.

Viviana sonrió entusiasmada. Andrés se sentó y empezó a contarles la charla telefónica que había tenido. Minutos

después, cuando les acabó de contar, Camila salió del comedor por la puerta que había salido Hugo, caminó por un estrecho pasillo, subió unas escaleras e ingresó a una especie de terraza. Allí lo vio a Hugo sentado de espaldas a ella, mirando hacia una ventana. Se había sacado las zapatillas y estaba con un pie arriba de otra silla. Camila se acercó hasta él y se quedó viéndolo. Hugo la vio y trató de sonreírle, aunque la sonrisa dejó relucir cierto desgano. Camila agarró otra silla libre que había, la ubicó frente a él y se sentó. Unos segundos después le dijo:

- Hacía mucho que no venía a esta terraza, está más arreglada.

- Sí, la estuve arreglando, me gusta venir acá. ¿Ya le confirmaron a Andrés?

- Sí, me imagino que venís.

- Sí. Los tenía que llamar a Andrés y a Viviana mañana después de que hablaran, pero como ya lo saben hoy...

- Vino bien, te salvaste de volver a interrumpirlos cuando estuvieran teniendo sexo – Le dijo irónicamente.

Hugo no pudo evitar reírse, pero enseguida le reprochó:

- Eso pasó una sola vez.

Y se levantó acercándose a la ventana. Camila se levantó también y se le quedó viendo unos segundos con cierta ternura. Después le dijo:

- No creas que no me enteré de cómo interviniste para encontrar a los que estaban con la reforma.

- Nah... traté de ayudar, nada más.

Camila se le acercó hasta estar al lado de él. Se puso en punta de pie, flexionó una pierna, le puso una mano en el costado de la cabeza acercándosela hacia ella y le dio un suave beso en la mejilla. Se notaba un gran esfuerzo en Hugo de no demostrar nada, aunque el pie opuesto a donde estaba ella empezó a levantarse lentamente con excepción del talón. Luego del beso, Hugo pareció sorprendido, la miró y le preguntó:

- ¿Y eso? ¿Por qué fue?

- Te lo merecés.

Acto seguido, salió de la terraza.

La semana siguiente, todos estaban en Mar de Plata. La reunión que habían conseguido era a un costado de la Avenida Peralta Ramos, en el bar que tiene la terraza del Torreón del Monje. Era otra tarde calurosa con muy pocas nubes en el cielo, y las playas parecían estar casi llenas. Los cuatro estaban en la primera fila de un tumulto de gente armado en determinado sector del bar viendo el espectáculo ofrecido. Se trataba de un joven vestido con ropa de calle y descalzo haciendo un baile callejero donde se movía con gran destreza sobre sus brazos. Todo esto era al ritmo de la canción “Titanium” del DJ David Guetta. Todos miraban interesados y aplaudiendo. Viviana daba algunos gritos manifestando su gusto por el espectáculo y al mismo tiempo para que se mantuviera el ambiente. Minutos después, el espectáculo terminó, el joven se despidió aplaudido y la gente de a poco volvió a sus mesas correspondientes. Una vez que esto sucedió, podía verse que el bar también estaba casi lleno. La gente dialogaba tomando algo. Andrés, Viviana, Camila y Hugo estaban en una de las mesas casi llegando a la baranda de uno de los costados. Junto a la mesa de ellos había otra donde estaban sentados los tres jóvenes que acompañaban a Andrés y a Norberto al principio del relato. Todos vestían informalmente. Para entonces, Viviana le preguntó a Andrés:

- ¿Estás seguro que van a venir?

- Sí, el tipo me dijo que iban a estar en este bar. – Le respondió, luego miró hacia la barra y le dijo: - Ahí están. Son los dos que están en la punta de la barra. Estate preparada que cualquier cosa te llamo.

- Dale.

Andrés se levantó y se acercó a la barra. Viviana se levantó también, agarró su cartera, la apoyó sobre la mesa y se puso a buscar algo en ella. Por su parte, en otra de las mesas que también estaba llegando a la baranda de otro de los costados, había dos jóvenes sentados dialogando, también con ropa informal pero usando las modernas Crocs. Uno de ellos miró para el lado de Viviana y le dijo algo en voz baja al amigo. Se levantó y se acercó a la mesa. Cuando estuvo al lado de ella, el joven le dijo:

- Hola ¿te puedo invitar con algo?

Viviana lo vio y volvió su mirada a la cartera causándole gracia que manifestó con una sonrisa burlona. Luego volvió a levantar la mirada hacia él, diciéndole:

- No, te agradezco pero...

Viviana continuó con su búsqueda. El joven se quedó viéndola, notándosele un rasgo de bronca, e insistió:

- ¿Segura? Te invito algo y charlamos un rato.

Viviana volvió a dejar lo que hacía pero ahora con una expresión seria, diciéndole:

- ¿Qué parte no entendés, flaco? Tomátela.

- No, te entendí, solamente te preguntaba si estabas segura...

- Sí, estoy segura.

- Porque es una invitación para charlar un rato, no me parece que sea algo...

Viviana no pudo evitar ahora la expresión de fastidio. En ese momento se acercó Andrés y le puso la mano en el hombro al joven, diciéndole:

- Capo, te está diciendo que no.

El joven lo alejó un poco poniéndole la mano en el pecho, al tiempo que le dijo:

- No me jodas, capo, estoy hablando con ella.

Andrés volvió a acercarse, volvió a ponerle la mano en el hombro, ahora menos amablemente, e insistió:

- Ella te dijo que no.



El joven enojado volvió a empujar a Andrés ahora con mucha violencia, al tiempo que le dijo:

- ¿A vos qué mierda te importa lo que me dijo?

Tras esto, el joven se le abalanzó para seguir empujándolo, Andrés lo esquivó y lo agarró por atrás de los pelos, golpeándole la cabeza contra la mesa. Con eso, la gente de ese sector empezó a ver qué era lo que estaba pasando. Muchos se sorprendieron sin poder dejar de ver. El joven le tiró violentamente un golpe de puño, Andrés lo detuvo y le torció el brazo haciéndole poner una rodilla en el suelo. Acto seguido, le propinó dos golpes de puño y volvió a golpearle la cabeza en la mesa varias veces, lo cual dejó al joven aturdido y mareado. Esto sorprendió aún más a los espectadores, una joven parada a unos metros le preguntó asombrada a su amiga que estaba al lado de ella:

- ¿Viste eso, boluda?

Andrés volvió a poner al joven de pie, de espaldas a él, y lo llevó a patadas hasta cerca de la baranda, en donde lo volvió a poner de frente y le dio un fuerte empujón que lo hizo caer boca arriba dentro del alto tacho de basura saliéndoseles las Crocs. Allí quedó semiinconsciente. Todos siguieron mirando sorprendidos. Mientras, Andrés volvió a la mesa y le dijo a Viviana:

- Los del grupo te quieren conocer.

- OK – Le respondió ella sonriéndole.

De esa forma, Andrés le puso la mano en la espalda y se dirigieron a la barra. En el camino, Viviana giró la cabeza y miró por encima el hombro al joven en el tacho de basura. Llegando a la barra, los dos jóvenes que habían hablado con Andrés, se levantaron y saludaron a Viviana. Acto seguido, los cuatro se sentaron. Uno de los jóvenes empezó diciendo:

- Waw, eso de recién llamó la atención.

- Nos hizo terminar de decidir. – Agregó el otro – Miren... yo me uní a la logia hace tres meses, él ya estaba hacía más tiempo, y desde entonces nos hicimos cargo.

Realmente estamos buscando a alguien que pueda liderar esta logia para hacerla crecer y para que llegue a ser tan grande como las otras que hay en provincia de Buenos Aires. Y la verdad que el trabajo que hiciste para luchar contra la reforma, nos hizo ver que sos esa persona.

- Bueno, la verdad que les agradezco muchísimo, -  
Respondió Andrés – con gusto me voy a hacer cargo y voy a tratar de hacerla crecer todo lo que se pueda. Desde ya que sigo siendo miembro de la logia de Capital y no puedo descuidarla.

- No, por supuesto.

- Pero voy a hacer todo lo que esté a mi alcance.

Tras esto, todos se saludaron estrechándose las manos a modo de hacer oficial el acuerdo. En el sector opuesto de la terraza, se encontraba sentado en otra mesa, Norberto. Era la única persona del lugar que estaba sentada sola. Se lo veía como analizando algo. Algunos segundos después, se levantó con su vaso y se dirigió a la mesa donde estaban sentados los tres jóvenes que estaban con él y con Andrés en el principio del relato. Finalmente se sentó con ellos y se sumó a la charla con risas de por medio.



## **Adaptación a narrativa de “Cortometraje garboso”**

**E**n 1931, un grupo de laicos fundó la Acción Católica Argentina. Con el tiempo, la institución fue sufriendo fuertes divisiones ideológicas, y durante la última dictadura militar, el sector más modernista se independizó, teniendo que manejarse en la clandestinidad y siendo perseguidos por el sector conservador. Tras esto, tomaron represalia con una serie de asesinatos. Este relato cuenta la historia del que resultó ser el más sospechoso de todos.

La situación siguiente tuvo lugar en el interior de una amplia oficina. De un lado del escritorio, estaban sentados Hugo, un hombre de poco más de cuarenta años, y Roberto, un hombre de algún año más. Ambos vestían de traje y corbata. Del otro lado del escritorio, estaban sentados Melina, una joven de poco menos de treinta años, y Oscar, un joven de algún año más. Ambos vestían informalmente. La charla se llevaba a cabo entre Melina y Hugo. En un determinado momento, ella le dijo:

- Yo le pido por favor, como miembro de esta institución. Esta persecución se tiene que terminar. Ya hubo muchos casos de compañeros que fueron arrestados en las calles y que se llevaron detenidos sin haber hecho

absolutamente nada. Yo sé que tenemos nuestras diferencias, pero todos somos miembros de esta institución y todos tenemos derecho a reunirnos sin ser perseguidos. Y cuando nuestros compañeros decidieron tomar represalia, hubo muchos que nos fuimos porque creemos que esa no es la manera de solucionarlo, sino hablándolo, por eso le pido por favor que la persecución se tiene que terminar.

- En primer lugar, vos no sos miembro de esta institución, - Respondió firmemente Hugo – ni vos ni tus compañeros. Dejaron de serlo el día que vinieron a plantearme que querían independizarse. En segundo lugar, no les bastó haber hecho eso sino que decidieron reunirse clandestinamente usando el nombre de nuestra institución. Ni siquiera tuvieron la decencia de crear una institución propia para promover los pseudo-valores que dicen que tienen. Lo siguieron haciendo en nombre de la institución y en nombre de los valores de la Iglesia. Eso es algo imperdonable. Y han salido a decir barbaridades de mí. No les importó el nombre que tengo en esta institución, ni el hecho de ser un hombre con una trayectoria intachable. En ese momento nunca te vi preocupada por la institución y por lo que se podía llegar a generar con la división que ustedes propusieron.

- Nosotros nunca propusimos ninguna división, fue usted cuando se hizo cargo del Consejo Nacional. Usted nos excluyó y generó una división que terminó siendo irremontable.

- Es mentira. – Saltó Hugo subiendo el tono y apuntándole con el dedo índice – Yo llevé a la institución a tener los valores que había tenido siempre y que personas como ustedes se habían encargado de hacerle perder. Y te vuelvo a repetir, en ese momento no te vi preocupada por la institución. Ahora como ven que la cosa se les hace insostenible me venís a decir: “Yo sé que tenemos nuestras diferencias” y a pedir armonía. Hubieran pensado en eso

antes de hacer lo que hicieron. Ahora los que no queremos armonía somos nosotros porque nuestro nombre y nuestro escudo están siendo utilizados para promover valores que son radicalmente opuestos. Y la persecución se va a terminar cuando yo lo diga.

- Se lo pido por favor.

- Se va a terminar cuando yo lo diga, ¿me entendiste? No voy a parar absolutamente nada. Así que no se molesten en volver a intentar convencerme, porque no va a parar absolutamente nada hasta que yo lo decida. ¿Les quedó claro?

Melina asintió y se levantó de la silla, Oscar se levantó también viendo seriamente a Hugo y a Roberto. Finalmente se retiraron.

Algunos meses después, en el interior de lo que parecía ser la sala de espera de algún consultorio, se encontraba Hugo, vestido de traje y corbata, sentado en una de las sillas, cruzado de piernas y pensativo. La puerta se hallaba abierta, por allí ingresó un hombre de más edad y vestido más informalmente, que mientras se dirigía a la puerta ubicada en la pared opuesta a la entrada, saludó al único residente del lugar, diciéndole:

- Buenas tardes, Rivoldi.

A lo que Hugo respondió:

- Buenas tardes, Doctor.

Aproximadamente dos horas después, en el interior del hall de un edificio se encontraba Maricel, una mujer de treinta y pico de años, y Carlos, un hombre de aproximadamente la misma edad, vestidos formalmente. Ambos dialogaban con Melina. Esta última les decía:

- Me acuerdo de todo perfectamente. La división que se había marcado en el final era algo... irremontable. Siempre hubo dos grupos marcados en la institución, pero se profundizó de una manera increíble cuando Rivoldi se hizo cargo del Consejo. Era increíble las cosas que empezó a

decir. En ese momento el sector conservador se volvió ultraconservador y nuestro sector quedó excluido totalmente. Llegó un momento en que fue imposible toda convivencia.

- ¿Qué fue lo que produjo la ruptura? – Preguntó Maricel.

- Bueno, un día pasó algo que fue la gota que rebalsó el vaso. Se me ocurrió venir con una pollera más corta de lo habitual a la reunión. Bueno... me dijo que las personas que hacían eso eran desvergonzadas que no tenían respeto de sí mismas, que una persona que no tenía respeto por sí misma no podía ser parte de la institución y no sé qué otras cosas. Al otro día nuestro sector decidió reunirse para ver qué hacíamos. Decidimos que lo mejor era cortar relaciones e independizarnos. La reunión siguiente del Consejo, les hicimos saber la noticia, y fue el momento más tenso de mi vida. Rivoldi se enojó mal, pero mal. Dijo que iba a hablar con las autoridades nacionales de la Iglesia para que ninguna nos diera un espacio para reunirnos. Efectivamente pasó eso, ninguna Iglesia nos quiso recibir. Fue ahí cuando nuestro sector se volvió a reunir y de ahí se tomó la decisión de hacer reuniones en otros lugares, de forma clandestina.

- ¿Cuánto tiempo pudieron manejarse así? – Preguntó Carlos.

- Algunos meses. No sé cómo fue que se enteraron, pero se enteraron y no les bastó con habernos sacado de la Iglesia sino que muchos de nuestros compañeros empezaron a ser arrestados. Los paraban en las calles y aunque tenían todo en regla, se los llevaban detenidos. Cuando se supo que detrás de todo estaban ellos, muchos compañeros tomaron la decisión de tomar represalia de forma violenta. Ahí hubo un grupo que no estuvimos de acuerdo y nos terminamos alejando.

- ¿Y cómo siguieron? – Volvió a preguntar Maricel.

- Fue difícil... porque nos habíamos tenido que alejar del

grupo y fue como estar en el exilio. Cuando nos enteramos que habían aparecido muertos algunos miembros del Consejo, fui con Oscar, un compañero, a hablar con Rivoldi. No sirvió de nada. Estaba más enojado que antes. Y bueno... todo siguió igual unos meses hasta que hace unas semanas nos enteramos de que había recapacitado y que el Consejo había decidido mandarnos un comunicado donde la persecución terminaba. Fue la noticia más feliz que habíamos recibido. Estábamos todos esperando el comunicado ansiosamente... y ahora nos terminamos encontrando con esta noticia.

Posteriormente a la charla con Melina, en el mismo hall, Maricel y Carlos dialogaban con Roberto. Esto les decía:

- Nos siguen mandando cartas, modifican el contenido pero el mensaje es siempre el mismo, que dejemos en paz a sus grupos o van a seguir atacándonos.

- ¿Cómo modifican el contenido? – Preguntó Maricel

- Cada vez son más fuertes, parecería que trataran de asustarnos.

- Sin embargo, nos informaron que Rivoldi había redactado un comunicado para enviarle a estos grupos informando que la persecución terminaba.

- Es cierto. Yo le hice saber todo el tiempo que estaba de acuerdo con la decisión que había tomado y que lo apoyaba.

- ¿Hace cuánto conocía a la víctima?

- Ya iban a ser dos años, fue cuando entré al Consejo Nacional, él ya estaba hacía un tiempo.

- ¿Lo estaban acompañando otros miembros ahora?

- No, todavía no.

- ¿Con quién hablaba cuando llegamos? – Preguntó Carlos.

- Con el doctor Raiker, el podólogo. En el primer piso está el consultorio.

Carlos miró a Maricel y ésta lo miró a él, por lo que le preguntó:



- ¿Subimos?

- Dale.

Ambos subieron por las escaleras y Roberto se quedó esperándolos en el hall. Cuando llegaron al primer piso, caminaron por el pasillo hasta el departamento que tenía la puerta entreabierta. Ella que iba adelante, la empujó y ambos ingresaron. Se encontraron con la sala de espera, continuaron caminando hasta la puerta del otro extremo, que también estaba entreabierta, ella la empujó e ingresaron. Se encontraron con el consultorio, allí se detuvieron enseguida al ver la imagen que éste presentaba: Un sillón de espaldas a ellos, con alguien sentado sobre el mismo, vestido de traje y corbata pero descalzo y con los pies sobre el respaldo de una silla ubicada frente al sillón. Los dos se miraron sorprendidos y se acercaron. Se trataba de Hugo sin vida. Ambos analizaron la escena y Carlos comentó:

- No hay ningún rastro de sangre.

- No, no parece tener heridas de ningún tipo de armas –  
Agregó Maricel.

- ¿No?

- No, el asesino lo debe haber seguido y cuando encontró el momento actuó con eficacia.

Carlos se puso a observar detalladamente las paredes y luego dijo:

- No creas que este sea otro crimen de esos grupos.

- ¿Por qué lo decís?

- Porque en los crímenes anteriores dejaron pegado el escudo de la institución en alguna pared, y acá no veo ninguno.

Tras esto, Maricel se puso también a observar detalladamente las paredes, y luego dijo:

- Tenés razón.

Hubo un silencio de unos segundos hasta que Maricel dijo señalando el cuello de la víctima:

- Mirá, tiene una marca en el cuello, parece que lo

hubieran estrangulado con una especie de tanza.

- Fue algo que duró segundos.

Un hombre de aproximadamente la misma edad, también vestido formalmente, y sosteniendo una hoja de papel, se ubicó bajo el marco de la entrada del consultorio, dándole unos golpes a la puerta abierta. Los dos lo vieron y se le acercaron. Maricel le preguntó:

- ¿Alguna novedad?

- Tengo el informe de la víctima. Hugo Rivoldi, cuarenta y dos años, era miembro del Consejo Nacional de Acción Católica. Ya llegaron otros miembros.

- Bueno.

Los tres se retiraron del lugar. Unos segundos después, ingresó Roberto. Observó que no hubiera nadie, sacó del bolsillo interno de su saco un pedazo de papel con el escudo de la institución y lo pegó en una de las paredes. Volvió a mirar a su alrededor con una sonrisa macabra y se retiró también.



## Adaptación a narrativa de “Grand finale (Versión alternativa)”

**N**os ubicamos en el depósito de una imprenta. Si bien el lugar era amplio, su superficie estaba bastante reducida por el almacenamiento de trabajos de impresión. Algunos estaban apoyados contra las paredes, otros estaban desparramados por el suelo. Gustavo, un joven de veinticinco años, se encontraba allí terminando de enrollar, empaquetar y acomodar los trabajos. Estaba con una remera, un jean arremangado y descalzo, pasando con cautela de un lado al otro del salón evitando pisar los trabajos desparramados por el suelo. En determinado momento, salió del depósito, caminó por un ancho pasillo en forma de ele, el cual tenía una gran arcada sobre un costado que daba a la recepción, y subió unas escaleras por donde llegó a un salón que contenía algunos trabajos más. Mientras estaba agarrando algunos, Federico, un joven de su edad, también ingresó. Éste lo miró disimuladamente y comentó con tono irónico:

- Qué coincidencia, vengo a la empresa donde trabajaba hasta hace quince días y me encuentro con el tipo por el que me echaron.

Gustavo se dio vuelta, al ver de quien se trataba, dejó los trabajos que había agarrado y le contestó:

- Estás equivocado, no te echaron por mi culpa, a mí me pusieron porque el puesto ya estaba libre.

Federico realizó una sonrisa irónica y Gustavo continuó con lo que hacía. Poco después el primero continuó diciendo:

- Seguro, vengo trabajando hace casi un año acá, de repente tu amigo, el de los contactos, le hace una visita al dueño pidiéndole trabajo para un amigo, y al otro día me echan sin motivo aparente.

- Si realmente te echaron sin motivo aparente, ¿qué esperarás para hacerles la denuncia?

- Uf, todo es una pérdida de tiempo y de plata. No se les puede ganar.

- Y bueno... ¿necesitás decirme otra cosa? Porque tengo que terminar con esto.

Federico volvió a hacer una sonrisa irónica y le dijo:

- Hay alguien en la recepción preguntando por vos.

- ¿Quién es?

- Un tal Hernán.

Gustavo no pudo evitar una expresión de susto, volvió a dejar los trabajos que había agarrado y le preguntó:

- ¿Hernán?

- Sí. Hernán.

- ¿Qué le dijiste?

- Que esperara, que te iba a llamar.

- No, decile que no estoy.

- No, ya le dije que estabas, no le puedo decir ahora que no estás.

Gustavo intentó pensar rápidamente en algo sin poder disimular el miedo. Federico no dejaba de observarlo y finalmente le preguntó:

- ¿Está todo bien? ¿Pasó algo con el tipo?

- No es asunto tuyo.

- OK, bueno,... lo voy a seguir esperando al dueño. Tengo una reunión con él. Nos vemos.

Tras decir esto, bajó la escalera.

Aproximadamente una hora y media después, llegaron a la imprenta Maricel, una mujer de treinta y pico de años, y Carlos, un hombre de un par de años más, ambos vestidos formalmente. Ingresaron a la recepción, allí se encontraron con un hombre de aproximadamente su edad, también vestido formalmente, dialogando con una joven de veintipico de años. El hombre, al verlos, se disculpó con la joven y acudió a su encuentro, diciéndoles:

- Todavía lo están esperando al dueño.

- ¿Qué datos tienen hasta ahora? – Preguntó Maricel.

- Gustavo Paredes, veinticinco años. Hacía quince días que había empezado a trabajar en esta imprenta. Venía de trabajar en otra donde había estado un par de años.

Maricel y Carlos salieron de la recepción e ingresaron en el pasillo donde, antes de llegar al depósito, yacía sin vida Gustavo con la ropa que había sido visto, la remera, el jean arremangado y descalzo. Estaba sentado sobre varios trabajos de impresión con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas. Su rostro estaba lleno de hematomas y sangre aunque llegaba a verse que tenía los ojos abiertos. La pareja entrante analizó la escena y ella comentó:

- Definitivamente se trató de una pelea.

- Sí, no muy pareja te diría. Lo molieron a golpes – Agregó Carlos.

- Y todo indica que pareció tratarse de una sorpresa. Algo que no preveía en absoluto.

- Totalmente.

- Hasta podría creer que el asesino simplemente se excedió en lo que realmente vino a hacer.

En ese momento, el hombre se acercó con la joven, diciendo:

- Disculpen, ella es Noelia, la empleada de este turno, fue la que encontró el cuerpo.

- Noelia, somos del departamento de policía. – Le explicó Maricel - ¿Qué nos podés decir?

Noelia respiró hondo y dijo:

- Todavía no lo puedo creer, es todo muy extraño. Yo, cuando llegué, me lo encontré a Federico y nos pusimos a charlar.

Mientras decía esto, los tres iban caminando hacia un costado. Maricel le preguntó:

- ¿Es empleado de acá?

- En realidad él dejó de trabajar hace unos días en la imprenta y vino porque tenía una reunión con el dueño. Estuvimos un rato y calculo que estaba intentando comunicarse con él porque en un momento intentó hacer una llamada con su celular, pero cortó enseguida. Y bueno... después él fue para el taller y yo fui para el lado de la recepción, y ahí me encontré con esta situación. Le fui a avisar corriendo y me dijo que lo ayudara a buscar a un tipo de su edad que había preguntado por Gustavo, y que cuando él le se lo comentó, Gustavo puso cara de pánico.

- OK. – Concluyó Maricel, luego le dijo al hombre: – Necesitamos hablar con Federico.

El hombre guió a Maricel y a Carlos hasta el taller, allí lo encontraron y Maricel le preguntó:

- ¿Federico?

- Sí.

- Somos del departamento de policía. Queríamos hacerte unas preguntas.

- Sí. Tienen que buscar a un tipo de mi edad, Hernán se llama. Al poco tiempo que llegué, entré a la recepción y me preguntó si estaba Gustavo, le dije que sí y le fui a avisar. Cuando lo hice, Gustavo puso cara de pánico, me pidió que le dijera que no estaba. Yo le contesté que ya le había dicho que estaba y que no iba a bajar a decirle lo contrario. Me dijo: “bueno, ahora voy” y yo me fui para el taller. Diez minutos después, volví para ver si todo estaba bien y la veo

llegar a Noelia, como no escuché ruidos raros nos quedamos hablando,... me volví para el taller,... y bueno... al minuto vino desesperada a contarme.

- Federico, Noelia nos dijo que habías dejado de trabajar acá hacía unos días. ¿Por qué fue eso?

Federico respiró hondo resignado a contestar.

- Me echaron.

Maricel abrió los ojos cómo habiendo hecho un hallazgo interesante.

- ¿Y por qué te echaron?

- Por ningún motivo.

- ¿Y Gustavo fue el que te reemplazó? – Intervino Carlos.

- Sí.

- Ajá. – Exclamó Maricel – Y de la nada volvés un día a la empresa y el tipo que te reemplazó aparece muerto.

- No fue de la nada. Tenía una reunión con el dueño por el tema de la indemnización.

- Pero al dueño todavía lo están esperando. Por lo visto viniste mucho más temprano del horario que debieron haber arreglado.

Federico volvió a respirar hondo resignado a contestar.

- Es cierto, vine más temprano... porque quería tener una charla con Gustavo. Me la debía, porque sabía que me habían echado para darle mi puesto a él. El dueño de esta imprenta tiene un amigo que a veces anda por acá. Viven haciéndose favores, y cuando el otro pasa para pedirle que le de trabajo a un amigo, se lo da siempre. Justo hace un mes el tipo anduvo de vuelta por acá para pedirle que le diera trabajo a un amigo de él,... y a los quince días me reemplazaron. Sé que suena como un móvil para haberlo matado pero les juro que yo no lo maté, vine porque quería ver cómo trabajaba, cómo hacía el trabajo que hacía yo de forma impecable hasta hace quince días, y ahí pasó que vino este tipo Hernán a preguntar por él.



Se produjo un silencio de unos segundos. Luego continuó:

- Yo no quiero sugerir nada pero la cara que puso Gustavo cuando le dije de Hernán fue de pánico. Es muy probable que el tipo trabaje en la imprenta de donde viene Gustavo y que él fuera la causa por la que se fue de ahí.

La pareja de policías se mostró satisfecha por la información recibida.

Estimados lectores, a continuación vamos a hacer un pequeño paréntesis para remontar la historia a tres meses atrás, más precisamente en el pequeño depósito de otra imprenta, hecho aún más pequeño por trabajos terminados de impresión que abarcaban tres de las cuatro paredes. Allí se encontraba hablando Gustavo con Marisa, una joven de aproximadamente su edad. En la pared libre podían verse dos pequeñas arcadas a distintos sectores de la imprenta. En el de la derecha del salón había una mujer de treinta y pico de años, y un hombre, de algunos años más, trabajando en la computadora. Gustavo le contaba a Marisa:

- Me mira y me dice: “Vos también salí con ellos”. Ahí me quedo mirándolo y le digo: “No, flaco, me parece que te estás equivocando. Primero no te hagás el loco, y segundo yo no tengo por qué ir con ellos, ellos se mandaron la cagada, los que tienen que ir son ellos”, y ahí tiró el caballo para atrás. “Bueno” me dice “pero vos también sos conocido de ellos...” “¿Y a mí qué carajo me importa que soy conocido de ellos? Yo no estuve y nadie me va a venir a obligar a hacer algo que no quiero” Y ahí se quedó ¿viste?, no me dijo nada más, salió con el resto y se las tomó sin decir ni ay.

En ese momento, por la arcada de la izquierda del salón, ingresó Hernán, un joven de la edad de Gustavo, caminó lentamente concentrado en unos papeles que tenía, pareciendo enfilarse hacia la otra arcada. Sin embargo, al

levantar la mirada por un segundo, vio quiénes eran los que estaban, por lo que se detuvo mirando a Gustavo y diciéndole:

- Flaco, la próxima vez que te vengan a encargar un trabajo, prestá atención a lo que te dicen, porque después por tus boludeces terminamos pagando todos.

Tras decir esto, continuó su camino. Gustavo se le quedó viendo unos segundos y le preguntó:

- ¿Qué me querés decir?

- Vos sabés muy bien lo que te quiero decir – Le contestó sin dejar de caminar.

Gustavo fue caminando bruscamente hacia él, mientras le volvió a preguntar con gran furia:

- No, ¿qué me querés decir? La concha de tu madre.

Cuando se acercó lo suficiente, empujó a Hernán desde atrás, éste se dio vuelta, agarró a Gustavo por detrás de la cabeza y se la estrelló contra la pared, alejándolo luego con un empujón en el que Gustavo terminó chocando contra el otro extremo del salón y algunos de los trabajos terminados. Marisa se tapó la boca del asombro. Gustavo se mantuvo en pie y consciente aunque hacía gestos de no querer seguir peleando, por lo que Hernán siguió caminando. El hombre y la mujer que trabajaban en la computadora se levantaron para ayudar a Gustavo, y una chica, de aproximadamente la edad de él y de Hernán, que también estaba trabajando se asomó por la arcada del costado izquierdo para ver lo que estaba pasando.

Al día siguiente, en una amplia oficina perteneciente a la imprenta, había un hombre de treinta y pico de años, cerca de los cuarenta, de un lado del escritorio; del otro estaban sentados Hernán y Gustavo, este último con la frente un poco hinchada, y detrás de ambos, estaba sentada la mujer de treinta y pico de años. Hernán estaba con una sutil expresión de arrogancia. La mujer, al verlo, no pudo evitar

sonreír aunque trató de disimularlo enseguida. El hombre dijo lo siguiente:

- A ver..., se entiende que estén acelerados porque son momentos de mucho trabajo y de mucha tensión, pero los dos van a tener que bajar un cambio. Primero porque, aunque ustedes piensen que es imposible, algunos clientes que conozco de otros lados y con los que tengo cierta amistad, me han comentado del malestar que sienten cuando vienen, producto del maltrato que tienen entre ustedes. Sí, exactamente, se van desconformes de ver que hay maltrato entre ustedes. El cliente lo siente y no le da una sensación de comodidad, sino de querer apurarse e irse lo antes posible de acá. Bueh... esto se tiene que terminar, acá lo importante es que la imprenta funcione bien. Y los dos son importantes para la imprenta, los dos hacen un muy buen laburo, así que quiero que sigan estando los dos y haciendo los laburos como los saben hacer.

Los días siguientes en la imprenta se mantuvo una movilización que pareció productiva. Podía vérselo a Hernán trayendo del depósito un trabajo que le terminó entregando a un cliente. Podía verse a Marisa que, mientras tanto, atendía a otro que acababa de llegar. Gustavo ingresó al depósito con un trabajo y lo dejó con otros acomodando todo a continuación, tenía una expresión de mucha seriedad. En ese momento ingresó la chica que se había asomado por la arcada en el momento del incidente, cuando Gustavo terminó de acomodar todo y se retiró, ella sin dejar de hacer sus cosas, lo miró disimuladamente. En el pasillo se cruzó con Hernán que le dijo:

- El banner de la semana pasada se lo acaban de llevar.
- Listo – Respondió con buena predisposición Gustavo - ¿Te dijo por qué tardó tanto en pasar?
- Se le complicó no sé por qué quilombo.
- OK.

Tras esto, ambos siguieron su camino.

Algunas semanas después, al término de otra normal jornada de trabajo, Gustavo estaba sentado en el sofá de su casa mirando televisión, en su rostro aún se mantenía la seriedad. Junto a él tenía una agenda, la tomó y la abrió en la letra H. Allí, entre números, figuraba el de línea de Hernán, su celular y un teléfono alternativo. Se quedó mirando este número bastante tiempo, su respiración empezó a exaltarse, intentó seguir mirando la televisión, pero no podía dejar de mirar el número en la agenda. Se mantuvo así unos segundos hasta que finalmente respiró hondo, tomó el control remoto, puso el televisor en silencio y se dirigió al teléfono ubicado a algunos metros, levantó el tubo y marcó el número alternativo. Lo atendió una mujer mayor. Gustavo dijo:

- Hola, ¿está Hernán?  
- ¿Hernán?, no, acá no vive Hernán.  
- Ehh...  
- Yo soy la madre.  
- ¿Ahí no vive?  
- No, no, él vive en otro lado...  
- No se haga la boluda y pásame con Hernán ahora.  
- ¿Cómo? – Preguntó la mujer descolocada.  
- ¿Usted se piensa que su hijo puede hacer lo que quiera con la gente y que no le pase nada? – Le preguntó agresivamente Gustavo.

- ¿Qué está diciendo? ¿Quién habla?  
- Gustavo Paredes soy, dígame al hijo de puta de su hijo que arregle lo que tiene que arreglar conmigo porque lo voy a hacer mierda a él y a toda la familia. ¿Entendió?  
- ¿Pero qué está diciendo?

Tras decir esto, Gustavo colgó el teléfono. La mujer pareció descomponerse y empezó a apoyarse en el suelo con mucha dificultad para respirar.

Luego de este paréntesis, retomaremos la historia donde había sido dejada. Días después del interrogatorio a

Federico, se los vio ingresar a Maricel y a Carlos en la recepción de aquella imprenta donde sucedió lo recién contado. Allí estaba la mujer de treinta y pico de años que los atendió diciendo:

- Hola, ¿en qué los puedo ayudar?

- Somos del departamento de policía, lo estamos buscando a Hernán – Explicó Maricel.

La mujer realizó un gesto de sorpresa y preguntó:

- ¿Pasó algo?

- Necesitamos hacerle unas preguntas por el crimen de Gustavo Paredes – Explicó Carlos.

La mujer acabó por sorprenderse aún más.

- ¿Mataron a Gustavo Paredes?

Luego de preguntar, la mujer hizo un gesto de no estar tan sorprendida, y les dijo:

- Pasen por acá.

Los tres fueron por un pasillo. Al estar a unos metros de la entrada de un salón, ella les dijo señalándosela:

- Está allá en el taller.

- Muchas gracias – Finalizó la charla Maricel, ingresando con Carlos.

Allí encontraron a Hernán que acomodaba unos trabajos y que al verlos se detuvo. Tenía el costado de un ojo algo morado y un rasguño debajo del pómulo. Maricel preguntó:

- ¿Hernán?

- Sí.

- Somos del departamento de policía.

Hernán asintió con la cabeza, resignado, y les dijo:

- Siéntense.

Los dos tomaron sillas desparramadas por el lugar, las acercaron al centro y se sentaron, Hernán hizo lo mismo sentándose frente a ellos. Allí comenzó a decir:

- Creí que estaba vivo cuando me fui.

- ¿Por qué no nos contás cómo empezó el conflicto?

Hernán respiró hondo y le contó toda la historia, no quiso omitir ningún detalle, ni modificar ningún dato. No hizo falta ninguna insistencia por parte de la pareja de policías. Cuando acabó, tanto Maricel como Carlos, tuvieron la sensación de que todo cerraba, excepto el final, por lo que la primera le preguntó:

- ¿Y cómo fue? ¿Él te fue a buscar a la recepción?

- No, él no me fue a buscar. Me quiso evitar, eso fue lo que me dio más bronca.

Maricel y Carlos se sorprendieron y ahora el segundo preguntó:

- ¿Cómo te quiso evitar?

- Yo estaba en la recepción sentado, y en un momento suena de golpe un celular un metro detrás de mí. Me doy vuelta y veo a través de la arcada que era Gustavo que estaba pasando por el pasillo de afuera tratando de no hacer ningún ruido para evitarme. Eso me dio más bronca y lo fui a buscar. Después de lo que había hecho, lo único que tenía que hacer era enfrentarme como un hombre.

- ¿Cuándo supiste que lo habías matado? – Preguntó Maricel.

- Hace unos días, cuando volví en el mismo horario. Gustavo no estaba, solamente vi trabajando al tipo que me atendió aquella vez.



## Sumario

El factótum de la compañía	9
Guión de réquiem (Nuevo final alternativo)	21
Después del yoga	25
Belle de nuit	41
Prólogo completo de “El estado de disipación”	49
Último paso	59
Fuerza de choque (Un caso de violencia de género)	63
El hada perspicaz	75
Si así no lo hiciera (que Dios y la Patria me lo demanden) (o El festín de la gente común)	83
Extra:	
Adaptación a narrativa de “Arquitectura”	109
Adaptación a narrativa de “Arquitectura 2”	121
Adaptación a narrativa de “Cortometraje garboso”	131
Adaptación a narrativa de “Grand finale (Versión alternativa)”	139

Para más información:

[www.maximilianoorioli.wordpress.com](http://www.maximilianoorioli.wordpress.com)

[www.maximilianoorioli.wix.com/sade](http://www.maximilianoorioli.wix.com/sade)



Este segundo listado, en formato electrónico, se terminó de hacer en febrero de 2022, en Buenos Aires, Argentina

Maximiliano Orioli

(15 de septiembre de 1982, Buenos Aires)

Escritor y dramaturgo. Para muchos, el más anormal de su generación. Es el autor de numerosos relatos, cuentos, crónicas y guiones para cine.

En los últimos años se publicaron las recopilaciones de sus trabajos:

Restos de dictadura (guiones para cine), Inanedrama (relatos y cuentos), Defiendan la ley de la dictadura como sea (y otros relatos) (relatos y cuentos), El día que la vida me ponga de rodillas (guiones para cine), La lista negra de San La Muerte (novela compuesta por crónicas, antes conocida como Escándalo nacional) y Los participantes. Un reality show no televisado (y otras historias) (obras más contemporáneas, en todos los formatos)

Este nuevo libro continúa con sus obras más contemporáneas, en todos los formatos.

